

BLAKE PIERCE

LA CHICA

ABANDONADA

UN THRILLER DE SUSPENSE FBI DE ELLA DARK – LIBRO 7

Un asesino en serie está dejando pistas por la ciudad, utilizando los conocimientos de Ella sobre los asesinatos históricos para atormentarla. ¿Ella será capaz de hurgar en su mente enciclopédica y resolver el caso? ¿O acaso el asesino será más listo que ella? Ella está convencida de que podrá resolver el retorcido rompecabezas del asesino, pero él parece estar siempre un paso adelante de ella. ¿Podrá ganar este peligroso juego del gato y el ratón? ¿O ella misma se convertirá en el objetivo?

Blake Pierce

La chica abandonada

Ella Dark - 7

La CHICA ABANDONADA

Blake Pierce

Ella Dark-07

PRÓLOGO

En otras circunstancias, habría sido un paseo agradable, pero Sandy Moore sabía que al final del paseo le esperaba un turno de doce horas. Eso era suficiente para amargar la fantástica vista de aquellas calles vacías, aunque la oscuridad de la madrugada incluso aumentaba su belleza. Nunca se detenía a contemplar el paisaje que ofrecía Washington, D.C., normalmente porque estaba demasiado ocupada yendo de un sitio a otro.

Pero ahora que su coche estaba en reparación y tenía que utilizar el autobús para ir al trabajo, por fin podía dedicarle un momento a admirar los alrededores de camino a la parada del autobús. Las calles estaban desiertas y cada paso resonaba entre los edificios de un kilómetro de altura. Había un leve pero perceptible olor a gasolina procedente de algún lugar, pero Sandy no se detuvo a comprobar la fuente. Era agradable poder caminar sin tener que esquivar a los peatones, a excepción de algunos paseadores de perros. Siempre se había preguntado cómo la gente encontraba la motivación para salir de la cama tan temprano para pasear a sus mascotas, pero ahora que ella misma se encontraba inmersa en la soledad de las cinco de la mañana, tenía su respuesta.

Era lo que se llamaba de un espacio liminal, se dijo Sandy mientras caminaba por la calle Swann. Una transición entre dos lugares, o estados de ánimo. Lugares por los que se debe pasar, pero en los que no se debe existir. Como estar en la escuela durante las horas nocturnas, o ser la única persona en una discoteca. Era una sensación extraña, pero podría acostumbrarse a ella.

Sandy cruzó la calle y vio a un anciano que caminaba requeando con su bastón. Al señor se le cayó algo del bolsillo, así que Sandy le gritó.

—¿Está usted bien? ¿Necesita que se lo alcance? —le preguntó.

El hombre agitó las manos de forma caótica y levantó el bastón al hacerlo. Se agachó y recogió lo que Sandy vio que era su billetera, la ocultó y de repente aceleró el paso. Desapareció detrás del edificio de Brunei Darussalam.

Qué extraño, se dijo Sandy, pero en muchos sentidos era previsible. El anciano podía haberse preocupado de que ella fuera a robarle sus posesiones. Ella era joven y merodeaba por las calles a las cinco de la mañana y, además, no ayudaba el hecho de que fuera una chica afroamericana. Si le dieran un centavo por cada vez que alguien la rechazaba por su color de piel, no tendría que trabajar turnos de doce horas en la oficina.

Sandy dobló por una calle lateral que bordeaba las coloridas casas adosadas de Swann Street. Era un camino estrecho, de apenas unos metros de ancho, y de repente, Sandy sintió un poco de claustrofobia. Aceleró el paso, pero antes de salir al exterior, apareció una furgoneta por delante de la salida. El conductor frenó el vehículo, sin dejar espacio para que Sandy pudiera rodearlo.

Ella esperó a que la furgoneta siguiera avanzando, pero no lo hizo. Era una cosa grande y azul, que tenía los restos de una calcomanía deteriorada en el lateral. Por lo que podía ver, era una furgoneta de fontanero. «Bombas y flotantes».

Sandy avanzó hasta acercarse y trató de rodear la parte trasera, pero el conductor había parado tan cerca que la furgoneta prácticamente tocaba los edificios a ambos lados del callejón.

—¿Perdón? —gritó Sandy.

El edificio situado a su izquierda tapaba la ventanilla del conductor, así que Sandy se acercó y golpeó con los nudillos el lateral del vehículo. No había podido verle la cara al conductor, solo una silueta en la oscuridad de la madrugada.

Entonces el motor se apagó.

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Un vecino que aparcaba junto a su casa? ¿Un trabajador ignorante?

Entonces comenzó a pensar en posibilidades más siniestras.

No todo el mundo en esta ciudad quería ser su amigo. Por cada viajero y expatriado que había por aquí, había otros tantos malhechores. Recordó haber ojeado algo en el periódico precisamente el día anterior, algo sobre un asesino fugado que posiblemente se dirigía a Washington D.C. Lo descartó como sensacionalismo, pero ¿y si se había equivocado?

Una avalancha de noticias invadió sus pensamientos, incidentes que no sabía que estaban almacenados en su banco de memoria. Mujeres desaparecidas, cadáveres que aparecen en las esquinas. ¿Qué le impedía convertirse en una de ellas?

Sandy se dio la vuelta a toda prisa y se apresuró a regresar por el callejón. Era una distancia corta, pero el trayecto de vuelta parecía mucho más largo.

Cuando Sandy llegó al final, volvió a mirar hacia la salida bloqueada y anotó mentalmente los detalles escritos en el lateral del vehículo.

Entonces se volvió a dar la vuelta, encontrándose de repente cara a cara con una figura encapuchada.

El miedo se apoderó de ella, y Sandy no pudo evitar pronunciar lo primero que el terror despertó en su cerebro.

—Ese camino está bloqueado —dijo.

El hombre se quedó quieto y siguió con la cabeza gacha. Sandy trató de abrirse paso a través del hueco entre el desconocido y la pared, pero el hombre se puso delante de ella y bloqueó su intento de escapar.

Sandy dio un paso atrás, apretó los puños y se dio cuenta de que este hombre no iba a ser su nuevo mejor amigo. Ella mantuvo la calma. Era algo normal para una joven afrodescendiente que vivía en la ciudad. No era su primer enfrentamiento y probablemente no sería el último.

—¿Tienes algún problema? —gritó Sandy, con la esperanza de que adoptar una actitud dominante pudiera ahuyentar al hombre—. ¿Quieres pelear?

El desconocido se acercó, lentamente al principio, y luego se precipitó. El hombre se le echó encima, le rodeó el cuello con las manos y la estampó contra la pared. El repentino impacto que sufrió en la columna vertebral la dejó inmóvil e incapaz de pensar; luego, antes de que pudiera comprender lo que estaba sucediendo, terminó contra el frío suelo.

Sandy gritó y trató de hundir los talones en la entrepierna del hombre, pero él era demasiado rápido. No parecía un hombre grande, pero tenía la fuerza de uno. La salida del callejón parecía cada vez más lejana mientras ella sentía cómo el hormigón le raspaba la columna vertebral. El hombre la arrastró por los brazos, y sintió como si estuvieran a punto de separársele de los hombros.

Y entonces, estaba de vuelta junto a la furgoneta. El hombre le aplastó el cuello con el pie y Sandy oyó cómo se abría la puerta de la furgoneta. Intentó ponerse en pie con todas sus fuerzas, pero tenía las articulaciones entumecidas por los ataques del hombre.

Poco después, se vio dentro de la furgoneta y la puerta se cerró de golpe.

Entonces todo se oscureció, pero ella seguía teniendo una pequeña conciencia del mundo exterior, como si estuviera en un mundo casi de ensueño.

El motor de la furgoneta se puso en marcha.

Sandy se había equivocado.

No era su primer enfrentamiento, pero incluso en su estado de semiconsciencia, se dio cuenta de que podría ser el último.

CAPÍTULO UNO

Ella retrocedió contra la encimera de la cocina. Se estabilizó y pasó la mano sobre un palo de amasar. El mismo rodillo que, hacía tan solo dos días, iba a lanzar a la cara de su exnovio. Pero en ese momento, esa acción sería inútil, porque su exnovio, Mark Balzano, estaba tendido en un charco de sangre en su sofá.

Se encorvó sobre el fregadero, escupiendo los últimos restos de vómito. No porque el espectáculo del cadáver mutilado o la visión de los huesos astillados que sobresalían de la caja torácica de Mark la hicieran sentir náuseas, sino porque se trataba de un acto de violación. Mark era un monstruo, un hombre con problemas e inseguridades, pero nadie merecía la brutalidad de la que fue objeto. De repente, Ella deseó poder pasar un último minuto con él, tal vez hacer todo lo posible para cambiar su forma de ser. ¿Habría servido de algo? ¿O igualmente habría acabado sin vida en su sala de estar?

Ella se sentía como si le hubieran clavado los pies en el suelo. Apenas podía moverse un centímetro, y lo reservaba para impulsarse violentamente sobre el fregadero de la cocina para vomitar la poca bilis que le quedaba dentro.

—¿Señorita Dark? —dijo una voz a su lado—. ¿Señorita Dark? ¿Está usted bien?

El sonido la sacó de su confusión. De repente, estaba de vuelta en la habitación, solo que recién en ese momento se dio cuenta de que no estaba sola. De hecho, ya había unas diez personas en su apartamento. Oficiales de policía uniformados, técnicos forenses, todas personas que ella no reconocía. La conmoción no solo la había

aturdido, sino que también la había alejado de la realidad. Ni siquiera recordaba haber llamado al 911.

—Sí —dijo Ella.

—Debería salir de aquí, señorita. ¿Quiere que alguien la acompañe fuera?

¿Cuándo habían llegado? ¿Ella estaba allí cuando vinieron? ¿O estaba tan inmersa en la angustia que habían llegado delante de ella?

—No —dijo Ella. El policía asintió y desapareció.

Ella volvió sobre sus pasos, tratando de encontrarle sentido a aquella situación sin sentido. La noche anterior, Ella había regresado del último caso en Nueva Jersey. Cuando llegó a su apartamento, encontró a Mark esperándola. Él la había acusado de ignorarlo, de engañarlo, a pesar de que su relación ya había terminado. Se habían peleado en el aparcamiento y Ella lo había tumbado de un golpe y lo dejó sangrando.

Luego ella huyó y pasó la noche en un hotel. Para mantenerse a salvo, no solo de Mark, sino también de Tobias.

En algún momento de la mañana, Ella no recordaba exactamente cuándo, volvió a su casa y encontró a Mark asesinado a puñaladas. Él yacía de espaldas en su sofá marrón y tenía heridas en cada centímetro del torso. Ella solo había mirado a Mark con los ojos de una desprevenida descubridora, no con los ojos de una perfiladora del FBI. Ni siquiera estaba segura de poder verlo así. Lo único que vio fue una muerte, no una escena para analizar.

Pero había una verdad aún más triste en todo esto. La verdad era que ya sabía exactamente quién era el responsable de esa matanza despiadada, pero no quería admitirlo, ni siquiera para sí misma. Desde que se enteró de la fuga de Tobias Campbell de la prisión, el optimismo había logrado alejar de su mente realidades tan crueles como esta.

Tobias Campbell era uno de los asesinos en serie más conocidos del país. En 2005, Mia Ripley finalmente lo detuvo tras un reinado de terror que se cobró la vida de al menos cinco mujeres y, desde

entonces, él consideraba a Mia como su némesis. Hacía dos meses, Tobias se había puesto en contacto con Ella por correspondencia, solicitando su presencia en su celda subterránea de la prisión estatal de Maine. Acceder a su petición había sido el peor error que Ella había cometido, ya que había aceptado al demonio en su vida con los brazos abiertos.

Luego, dos días atrás, Tobias Campbell se había fugado de la prisión con la ayuda de sus cómplices invisibles. El primer lugar al que quiso acudir, aparentemente, fue a la casa de Ella.

En el momento en que se enteró de su fuga, ella se preparó para la guerra con el hombre llamado Tobias, pero una parte de sí misma esperaba que nunca llegara a ese extremo. Pensó que tal vez él desaparecería para siempre; tal vez alguien podría reconocerlo y matarlo a sangre fría.

Pero no tuvo suerte. Tobias había estado allí y había dejado su huella.

Pero ¿por qué Tobias haría eso? ¿Qué le había hecho Mark? ¿El crimen de Mark fue estar en el lugar equivocado en el momento equivocado?

Ella no quería reconocerlo. Ya sabía que Tobias tenía su dirección, una de las razones por las que había decidido mantenerse alejada. Solo había regresado para recoger algunas cosas, pero había entrado directamente en la boca del infierno.

—Hola, ¿es usted la propietaria del apartamento? —le dijo una voz de mujer al oído, casi en un susurro.

Ella se dio la vuelta y vio a una mujer vestida con ropa formal de oficina, con una cámara colgada del cuello.

—¡Largo de aquí! —gritó otra persona. La mujer que estaba a su lado quedó como un ciervo frente a los focos, pero eso no le impidió tomar algunas fotos rápidas de la escena antes de salir corriendo. Uno de los oficiales la sacó a empujones fuera de la habitación.

Ella no sabía qué estaba pasando.

—¿Qué...? ¿Qué ha sido eso? —consiguió decir.

—Una periodista. Afuera está lleno de ellos —dijo el oficial.

¿Periodistas? ¿Quién les avisó?

—¿Cómo han llegado hasta aquí? ¿Cómo lo saben? —dijo Ella, todavía sujetándose contra los muebles de la cocina.

—Llamadas anónimas, señora —dijo el oficial—. Mire afuera.

Ella salió tambaleándose de la cocina, atravesó la sala de estar y pasó junto a los técnicos que estaban inspeccionando el cadáver de Mark. Él tenía todo el pecho y el abdomen rotos por las cuchilladas, varias partes de las manos mutiladas y la sangre le manchaba cada centímetro de la cara. Incluso tenía muñones donde solía tener los dedos. Ella luchó por contener el vómito. Se recompuso y echó un vistazo entre las cortinas.

El aparcamiento de abajo estaba repleto de furgonetas, coches de policía y dos ambulancias. Un mar de extraños comenzó a tomar fotos de su apartamento, mientras una fila de policías hacía todo lo posible por bloquearlos.

Ella sintió que el mundo estaba a punto de devorarla. El abismo se abría bajo ella. Se desplomó contra el televisor y lo derribó. No le importó.

Se le llenaron los sentidos de voces, pasos, el sonido de la unidad de la escena del crimen haciendo su poco envidiable trabajo. A través de una visión borrosa, vio a un técnico darle a uno de los policías unas cuantas pruebas embolsadas. Una muestra de ropa, un frasco de sangre y algo más que parecía café molido.

La visión del cuerpo sin vida de Mark la llevó de vuelta a lo más profundo de sus pensamientos. Aquello significaba que Tobias había llegado de alguna manera desde Maine a Washington, D. C. en pocos días. Significaba que estaba allí, respirando el mismo aire que ella, y que esta vez no había barras de hierro entre ellos. Ella se levantó de golpe y salió corriendo por la puerta de su apartamento, donde le esperaba otro circo. Un centenar de desconocidos la llamaban mientras oía el clic de las cámaras al unísono. Los dos lados del pasillo estaban repletos de gente, cámaras y micrófonos. Solo la endeble cinta de la escena del crimen les impedía llegar hasta ella.

Percibió varias palabras entre los gritos.

«¿Quién ha hecho esto?».
«¿Has asesinado a tu novio?».
«Agente del FBI desprestigiada».
«Nunca te saldrás con la tuya».

Entonces una mano la agarró violentamente del brazo.

—Dark —gritó la persona—. Tenemos que sacarte de aquí.

Una cara conocida, por fin. Solo Dios sabía de dónde ha salido, se dijo Ella. Seguía llevando el mismo vestido y las mismas botas que cuando se separaron unas horas antes.

—Mia, ¿qué demonios está pasando? —gritó Ella.

—Ya lo descubriremos. Vamos, tenemos que irnos. —Mia buscó una vía de escape segura, pero no había ningún camino que no albergara buitres con micrófonos y cámaras—. Vas a tener que abrirte paso a través de algunos de estos imbéciles, ¿de acuerdo?

Mia arrastró a Ella del brazo mientras se abrían paso entre la multitud, pero Ella se detuvo justo en medio de ellos.

—Espera —gritó Ella—. Tengo que ver algo.

—No hay tiempo. Investigaremos más tarde. Ahora tenemos...

—No —dijo Ella. Al encontrarse lejos de la escena del crimen, veía las cosas de manera diferente. Necesitaba pruebas. Algo que le dijera al mundo que no había sido ella la que lo hizo. Repasó los últimos minutos en su mente con el mayor detalle posible, y se dio cuenta de que había algo delante de sus narices. Algo que demostraba su inocencia.

Ella corrió de nuevo a través de la muchedumbre, volvió a pasar por debajo de la cinta y entró en su apartamento. Encontró al técnico que había tenido las bolsas de pruebas.

—Esas bolsas —dijo Ella—. ¿Dónde están? —preguntó.

Mia apareció junto a ella.

—Dark, podemos ver las pruebas más tarde. Este lugar no es seguro.

El técnico levantó una caja de acero que había en el suelo. Había un montón de bolsas de pruebas dentro. El hisopo de la camisa. El

frasco de sangre. El café grisáceo.

Ella cogió esto último.

—Señorita, no puede llevarse eso, es...

Pero Ella se fue, con Mia detrás. Se deslizaron entre la multitud, empujando con los hombros a la audiencia expectante. Un hombre puso la mano en el hombro de Ella, pero Mia le dio un codazo tan fuerte que el hombre rebotó contra la pared del pasillo.

Bajaron corriendo por la escalera.

—Puerta trasera —dijo Mia—. Lo anticipé.

En cuestión de segundos estaban fuera, en el coche de Mia y en la carretera, dejando atrás el circo.



Condujeron durante 20 minutos en silencio. Mia parecía dirigirse hacia las montañas, y a Ella le parecía bien. En ese momento, lo que quería era estar lo más lejos posible de la civilización.

Salieron de la autopista y llegaron al campo. Mia detuvo el coche en un carril aislado con vistas al lago Ozette.

—Dark, antes de seguir adelante, necesito preguntarte algunas cosas.

Ella se llevó los dedos a los ojos para contener las lágrimas. El silencio había aplacado su desamparo, pero ahora que era el momento de hablar de las cosas, la angustia volvió a aparecer.

—Lo que sea —dijo Ella. Tenían que hablar, por más difícil que fuera.

—Vas a venir a quedarte conmigo por un tiempo, ¿de acuerdo? Nadie sabe dónde vivo, aparte de ti. Allí estarás segura.

Ella agradeció la oferta, pero no estaba tan segura.

—Gracias. Te lo agradezco —dijo Ella—. Pero ¿realmente crees que estamos a salvo en algún sitio?

—No, pero es el lugar más seguro que se me ocurre. No iré a una casa segura.

—Sí, yo tampoco.

—Tengo cámaras, alarmas, cerraduras electrónicas, dos perros que intentan arrancarle las pelotas al cartero. Estamos a salvo.

—De acuerdo —asintió Ella—, gracias.

Mia apagó el motor.

—Pero primero, necesito saber la verdad.

Ella levantó las cejas.

—¿La verdad? Ni siquiera yo sé la verdad.

Mia se inclinó más hacia ella.

—¿Tú hiciste esto? Tienes que decírmelo.

Ella se quedó atónita en silencio.

—¿Hablas en serio? ¿Crees que he matado a Mark?

—No, no lo creo y solo quiero que me lo confirmes.

—Yo no maté a Mark. Anoche tuve una pelea con él y lo tumbé de un golpe. Cuando llegué a casa esta mañana, estaba en mi sofá, muerto. No tengo nada que ver con esto.

Mia asintió y se volvió para mirar por la ventana.

—¿Estás segura? —preguntó.

Ella levantó las manos con frustración.

—¿Si estoy segura? ¿No crees que recordaría haber matado a mi exnovio?

—No estoy diciendo eso. Solo me pregunto si perdiste el conocimiento, si sufriste uno de esos estados de fuga. Tal vez las emociones te dominaron. No lo sé.

—Ripley, no puedes preguntarme esto en serio. Tú me conoces. Sí, tuve problemas con Mark, pero no lo quería muerto.

Ella estaba segura de que Mia sabía la verdad, pero al igual que ella, no quería admitirlo.

—Bien. Eso es todo lo que quería oír. Pero hasta yo tengo que admitir que las cosas se ven mal para ti en esta situación.

—¿Mal para mí? Ni siquiera estaba cerca cuando sucedió. Estuve en un hotel toda la noche.

—Algunas personas en tu edificio vieron tu pelea con Mark. Fuiste la última persona en ver a este tipo con vida y lo dejaste

sangrando. ¿Cómo crees que se ve eso?

Ella no podía negar que parecía sospechosa, sobre todo para las personas que eran ajenas a su entorno. La habían visto atacando a Mark y luego lo encontraron milagrosamente muerto en su apartamento. Si ella estuviera del otro lado, entendería por qué podría ser considerada sospechosa.

—Lo entiendo —dijo Ella—. ¿Pero qué se supone que debo hacer?

—No lo sé, pero sabes que a la prensa le va a encantar esto. Es una historia perfecta para ellos. Dos jóvenes agentes del FBI, una relación tóxica, un brutal asesinato. Añade al Papa y tienen el material perfecto para los tabloides.

Aunque Ella fuera inocente, la percepción era la realidad. Si el mundo pensaba que ella había hecho esto, mancharía su nombre para siempre. Podría despedirse de todo lo que consideraba importante. Ella abrió la puerta del coche y sacó la cabeza para tomar aire.

—¿Qué crees que pasará? —preguntó Ella después de dos intensas inhalaciones.

—Vaya uno a saber. Lo que me pregunto es cómo fue que tu apartamento se convirtió en un circo mediático.

—Creo que ambas sabemos la respuesta a eso.

—Yo realmente no la sé. ¿Llamaste a la policía?

Ella trató de reconstruir la mañana mentalmente, pero todo le resultaba borroso.

—No lo sé. No recuerdo haberlo hecho. —Ella sacó su teléfono y miró su lista de llamadas recientes—. No. No hay ninguna llamada al 911 en mi historial.

Parecía que a Mia le estaba costando darle sentido a todo.

—Entonces, ¿qué pasó? ¿Llegaste y la policía ya estaba allí?

—No, si no los habría visto antes de entrar. Recuerdo claramente que estaba sola con el cuerpo de Mark. Luego entré en *shock*. Lo siguiente que recuerdo es que mi apartamento era la hora pico de Tokio.

—Entonces, si tú no llamaste a la policía, ¿quién lo hizo?

—El oficial dijo que fue una llamada anónima. Pero Ripley, vamos. Las dos sabemos quién lo hizo. —Ella cerró la puerta del coche.

—Creo que sí —Mia se frotó la frente—. Él está aquí. En Washington. No podemos decir que no lo esperábamos.

—Viene a por nosotras, pero si está en nuestro terreno; eso nos da ventaja.

Mia negó con la cabeza.

—¿Una ventaja, Dark? Entró en tu apartamento y mató a un agente del FBI. Ya nos lleva ventaja. Ese maldito hijo de perra. ¿Cómo llegó aquí tan rápido? ¿Cómo llegó a entrar en tu casa? ¿Y cómo podemos probar que fue él y no...? —Mia se interrumpió—. Oh, por supuesto.

—¿Qué? —preguntó Ella.

—Lo que me hizo a mí hace dieciséis años. Te lo está haciendo a ti.

Ella apretó los labios mientras esperaba que Mia continuara. Pero no lo hizo.

—¿Qué crees que está haciendo?

Mia se rio y luego suspiró.

—Te está destruyendo. Un castigo peor que la muerte. El clásico de Tobias. A mí me hizo creer que me estaba volviendo loca y ahora está haciendo lo mismo contigo. Está tratando de inculparte por la muerte de Mark. Está tratando de hacerte creer que tú lo mataste. Tobias está haciendo que pierdas el control de la realidad, y ya está funcionando.

Ella empujó con fuerza los pies contra el suelo, un mecanismo que la mantenía anclada en el presente, algo que había estado utilizando desde que era una niña.

—Pero podemos demostrar que fue él —dijo.

—¿Cómo? Las escenas del crimen de Tobias estaban completamente limpias cuando él asesinaba. Yo lo atrapé por pura suerte.

Ella metió la mano en su chaqueta y sacó la bolsa de pruebas que había robado. Era un pequeño estuche de plástico que contenía lo que parecía ser tierra gris.

—Esto.

Mia lo miró fijamente y luego se lo quitó.

—¿Qué demonios es esto?

—Piensa en las viejas escenas del crimen de Tobias. En el pasado.

—He tratado de olvidarlas. ¿Qué es esto?

Ella no dudaba de que Mia había bloqueado algunos de los pequeños detalles de los crímenes de Tobias.

—Esta es la madre de Tobias —dijo Ella.

La cara de Mia pasó de la confusión a la comprensión. Volvió a reírse, como si hubiera recuperado la memoria.

—Dios mío, me había olvidado de eso.

—Tobias siempre dejaba algo de las cenizas de su madre en cada escena. No puede matar sin eso. Es el último componente de su ritual.

—La compulsión es algo poderoso —dijo Mia—. Sigue teniendo el mismo ritual incluso después de todos estos años. Pero ¿por qué tomaste esto? Tienes que devolverlo.

—Lo haré, pero pensé que podríamos usarlo.

—¿Cómo?

—Si realmente estas son las cenizas de la madre de Tobias, ¿cómo podría tener acceso a ellas después de todos estos años?

—Las guardó en algún lugar —dijo Mia.

—¿Y alguien se las guardaría durante 16 años? ¿No es más probable que estén en un columbario en algún lugar y que Tobias haya vuelto a buscarlas?

—Posiblemente —dijo Mia encogiéndose de hombros—. Es imposible saberlo con él.

—Si fue a un columbario, debe haber habido cámaras o debe haber hablado con algunas personas.

El sonido de un teléfono los interrumpió. Mia buscó en su bolsillo.

—El departamento de policía. —Mia contestó. Sin decir una palabra, se volvió hacia Ella y su expresión le cambió. Mia murmuró unas palabras de aprobación y colgó. Ella ya podía intuir lo que se avecinaba.

—Lo siento, Dark.

—No lo sientas —dijo Ella.

—No. Tengo que llevarte a un sitio. Ahora mismo.

—¿Adónde? —preguntó Ella. Cada vez más, todo aquello empezaba a parecerle un sueño del que despertaría en cualquier momento.

Mia encendió el motor y dio la vuelta con el coche.

—Órdenes del director, pero tengo que llevarte para que te interroguen.

Esto era todo, se dijo. Aquí era donde comenzaba su ruina.

CAPÍTULO DOS

Tres oficiales de la policía de Washington llevaron a Ella a la sala de interrogatorios B, en la planta baja de la comisaría. Por lo visto, no solo su apartamento estaba abarrotado de prensa; el aparcamiento de allí también lo estaba. Sus interrogadores ya la estaban esperando, y eran numerosos. El director William Edis estaba de pie en un rincón de la sala con los brazos cruzados, su traje ajustado dejaba en evidencia su aumento de peso propio de la mediana edad. Ella nunca había visto a Edis fuera de su despacho, y de alguna manera, aquí era aún más intimidante.

Junto a Edis había dos hombres con traje que Ella nunca había visto antes. De pie contra el vidrio reflectivo había dos oficiales de la policía de Washington. Eran un total de cinco, todos ellos observando a Ella como si estuviera entrando voluntariamente en la boca del lobo.

—Señorita Dark, por favor, siéntese. —El director Edis tomó el mando. Señaló a los dos hombres que estaban a su lado—. Este es Robert Cowell, director de asuntos públicos. Este es Mike Lear, en calidad de su abogado designado.

Ella ya había oído los nombres de ambos, pero nunca los había visto en persona. Recordó una historia que Mia le había contado sobre Mike Lear durante su último caso en Nueva Jersey. Algo sobre una explosión en una gasolinera, y mil doscientos dólares por hora para absolverla de un cargo criminal.

—¿Mi abogado? —preguntó Ella.

—Sí. Como ya sabe, esto es muy serio y queremos protegerla. — Edis señaló con la cabeza a los otros dos hombres de la sala—. También están presentes el oficial Denton y el comisario Dutton, de la policía de Washington. Ahora, por favor, siéntense, porque tenemos mucho que hablar.

Ella se sintió vulnerable. La miraban cinco pares de ojos, y probablemente habría más personas detrás del vidrio. Sabía que Mia también estaba ahí fuera, y antes de entrar, ella le había dado un pequeño consejo.

«No les digas que golpeaste a Mark».

Aparentemente, sería motivo de cargos criminales, sin mencionar que la implicaba en el asesinato de Mark. Sabía que los testigos oculares habían visto su pelea, pero Mia le dijo que no importaban. Los relatos de los testigos oculares no resistían demasiado en la corte.

Los interrogadores permanecieron de pie mientras Ella se acomodaba lentamente en la silla. Puso las manos sobre la mesa, como si dijera «no tengo nada que ocultar».

—Señorita Dark, estoy seguro de que ya conoce la situación. El agente Mark Balzano fue descubierto muerto en su apartamento alrededor de las nueve de la mañana. Claramente fue un homicidio. Su atacante utilizó un cuchillo que coincidía con un juego de cuchillos que usted posee. ¿Tuvo usted alguna participación en esto?

—En absoluto —dijo Ella—. Nunca haría algo así.

—Creemos firmemente que no lo haría, pero usted fue la última persona que vio al agente Balzano con vida, ¿es correcto? —preguntó Edis.

—Eso es correcto.

—Háblenos de su último encuentro con él, por favor.

Ella respiró profundamente. Quería contarle todo, pero recordó lo que le dijo Mia. Realmente no quería mentir.

—Mark y yo habíamos empezado a salir juntos —dijo Ella—. Pero... no estaba funcionando. Teníamos problemas. —Ella fue

breve. Solo dio los detalles más vagos. No había necesidad de hablar de los abusos de él.

—De acuerdo —dijo Edis, frotándose los ojos, como si esta nueva información supusiera una nueva fuente de malestar—. ¿Y qué pasó la última vez que se vieron?

—Llegué a casa anoche después de estar tres días en Nueva Jersey. Cuando volví a mi apartamento sobre las cinco de la tarde, Mark me estaba esperando fuera. Habíamos terminado, pero Mark quería que volviéramos a estar juntos. Yo no estaba de acuerdo. Tuvimos una pequeña discusión y me fui.

Hubo un momento de silencio, como si Edis esperara más.

—¿Eso es todo? —preguntó.

A Ella le temblaron los labios, como si la verdad intentara salir a la fuerza.

—Sí, lo es.

—Tenemos que entender cómo Mark pasó de discutir con usted fuera de su edificio a estar muerto dentro de su casa. ¿Hay algo más que precise decirnos?

Ella se dio cuenta de que su declaración era poco convincente. Si estuviera del otro lado de la mesa, tampoco se lo creería.

—No. Realmente no tengo nada que ver con esto director, el culpable fue Tobias Campbell. Y viene a por mí.

El director no parecía convencido.

—Señorita Dark, Campbell solo se ha fugado de la cárcel hace unos días. Me cuesta creer que un prófugo requerido pueda llegar desde Maine a Washington, D.C. con tanta facilidad. Están a unos mil kilómetros de distancia.

—Will... —Casi pronunció el nombre de pila del director. Eso era algo muy mal visto, incluso entre los agentes especiales. Solo Ripley y algunos otros podían permitirse el lujo de hacerlo—. Sr. Edis, Tobias incluso dejó su firma en la escena del crimen. Las cenizas de su madre. ¿Eso no lo hace obvio?

El director juntó las manos y miró fijamente al vidrio reflectivo.

—No, eso significa que quien hizo esto estaba familiarizado con los crímenes de Campbell. Eso es todo lo que sugiere. Y Srta. Dark, ese detalle por sí solo es sospechoso.

—¿Sospechoso? ¿Que un asesino en serie utilice el mismo ritual que siempre ha utilizado?

—Los detalles sobre las cenizas de la madre de Tobias nunca se hicieron públicos. Solo aquellos más relacionados con su caso lo saben. Y somos Ripley, yo y, por supuesto, usted.

Ella no podía creer lo que estaba escuchando. Sus jefes sospechaban de ella por el asesinato de un agente y en lugar de sospechar de un famoso asesino en serie. No tuvo más remedio que expresar su preocupación.

—¿Sospechan más de mí que de un notable criminal que acaba de escapar de la cárcel? ¿Uno que quiere vengarse de mí y de Ripley?

Edis negó con la cabeza.

—No, queremos creerle. Pero hay ciertas cosas que no cuadran. Usted tiene un motivo; Campbell no. ¿Acaso usted le mencionó su relación con el agente Balzano?

Ella pensó en sus conversaciones con el monstruo.

—No.

—Entonces, aunque Campbell tuviera como objetivo a personas cercanas a usted, ¿cómo iba a saber de su relación con el agente Balzano?

—¡Porque Mark estaba en mi apartamento! —dijo Ella, casi como un grito. Se estaba frustrando cada vez más—. De todas formas, ¿cómo podría conseguir las cenizas de la madre de Tobias? Probablemente él las ha tenido guardadas durante años.

—Podrían ser las cenizas de cualquiera, señorita Dark. ¿Usted no estuvo sola en un hotel anoche? No tenemos forma de confirmar su paradero.

Mike Lear, el abogado, intervino.

—Los restos humanos no contienen pruebas de ADN —dijo—. No hay forma de determinar a quién pertenecen.

—Estamos investigando todo, y en cuanto descubramos alguna prueba que la exima de cualquier implicación, será la primera en saberlo. Pero hay algo más que debemos mencionar.

El hombre que Edis presentó como Robert Cowell, el director de asuntos públicos, se acercó a la mesa de Ella.

—Señorita Dark, ¿ha dicho que llegó a su casa alrededor de las nueve de la mañana?

Ella tuvo que volver a recordar sus movimientos.

—Sí, alrededor de esa hora. No recuerdo la hora exacta.

Robert miró a uno de los oficiales del otro lado de la habitación. El oficial habló.

—Recibimos una llamada esta mañana. Les dijimos al resto que era anónima, pero no lo era.

—¿Quién era? —preguntó Ella. El oficial le hizo un gesto con la cabeza al colega que estaba junto a él. El colega se sacó una computadora portátil de debajo del brazo, la abrió y la colocó frente a Ella.

—Recibimos esta llamada justo antes de las nueve de la mañana —dijo el agente. Pulsó unos cuantos botones y se apartó. El agente había reproducido un archivo de audio.

Una respiración entrecortada brotó de la computadora portátil. Le siguió una voz apagada y luego un grito ensordecedor.

«AYUDA, ME VA A MATAR. 912 CASA APOLLO. ELLA ESTÁ...».

La llamada se interrumpió de repente.

Ella se quedó sentada en su silla, paralizada. Miraba fijamente la computadora portátil, mientras su mente funcionaba a toda máquina. Los verdaderos juegos de Tobias Campbell habían comenzado.

—El 912 de Casa Apollo es su apartamento, ¿correcto? —preguntó uno de los oficiales.

Ella asintió con la cabeza. La situación era evidente para ella, pero sabía que, si decía las palabras en voz alta, todo sonaría completamente falso. Tobias estaba jugando, haciéndola dudar de su

cordura, inculpándola como una asesina. La estaba empujando hacia su mundo.

—¿Tiene alguna idea sobre esto, señorita Dark? —preguntó el agente.

Ella respiró profundamente.

—Sí. Tobias Campbell está jugando conmigo. Me dijo que haría esto. Esto es una trampa. —Se volvió hacia Edis—. Usted me conoce, director, y sabe exactamente de lo que es capaz Tobias. Escuche la grabación. ¿Le parece que es la voz de Mark? No se parece en nada.

La persona que llamaba habló muy alto, lo que distorsionaba la voz entre la estática. Aun así, podía darse cuenta de que no era Mark el que estaba al otro lado de la línea. Con suerte, sus interrogadores también podían verlo.

Edis se cruzó de brazos. El oficial del otro lado de la habitación siguió hablando.

—Hay más. Como he dicho, la llamada no era anónima.

Robert Cowell intervino.

—Nos gustaría que esta información permaneciera confidencial, por razones obvias.

—¿Quién fue? ¿Quién llamó? —preguntó Ella.

—La llamada que recibimos procedía del teléfono del agente Balzano —dijo Edis.

Ella juntó las manos y bajó la cabeza hasta la mesa. La oscuridad la consumió. Se echó a reír. Tenía que admitir que Tobias lo había hecho bien. Él sabía muy bien lo que hacía. Todas las discusiones de Ella con Mark estaban en ese teléfono, así que Tobias sabía que habían estado peleando.

Entonces se le ocurrió algo.

—Desde luego —dijo ella—. Los dedos de Mark. Por eso fueron cortados.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el oficial.

—Tobias quiere que pensemos que fueron heridas defensivas, pero le cortó el dedo a Mark para desbloquear su teléfono. Solo

cortó los otros como convencedores. —Se dio cuenta de que estaba utilizando la extraña terminología de magia de Tobias.

Hubo un largo silencio mientras los hombres de la sala cruzaban miradas. Edis rompió el silencio.

—Señorita Dark, vamos a concederle el beneficio de la duda, y teniendo en cuenta las circunstancias es un favor enorme.

Se sintió instantáneamente agradecida, aunque no estaba segura de por qué. Ella no había hecho nada malo.

—Pero ahora mismo, no podemos tenerla trabajando activa como agente de campo.

—¿Así que vuelvo a inteligencia? —preguntó Ella. No extrañaba el trabajo de oficina, pero era mejor que nada.

—No. No podrá acercarse a las oficinas del FBI. Estará de baja a partir de ahora. ¿Lo entiende?

Ella quería vomitar de nuevo. Un asesino la perseguía, su exnovio había sido asesinado y ahora estaba suspendida.

—¿Una licencia temporal? ¿Por cuánto tiempo?

—Hasta que esto se resuelva —dijo Edis—. Obviamente no lo sabemos todavía, pero no debe salir de la ciudad, ¿de acuerdo? Su límite son cincuenta kilómetros, y si piensa hacer algún viaje más largo que unos pocos kilómetros, tiene que informarnos de antemano.

Como si no fuera posible sentirse más como una criminal.

—Así que, básicamente, estoy en libertad provisional —dijo Ella.

—Si así lo quiere ver, sí.

Ella expulsó aire por la nariz y sacudió la cabeza. Quería decir mucho más, pero no era el momento. No había necesidad de complicarse más las cosas.

—¿Podemos terminar? —le preguntó Edis al hombre que había presentado como su abogado.

El abogado asintió. Para cobrar mil doscientos dólares la hora, no hacía mucho, se dijo Ella.

—Hay una pregunta más que necesitamos hacer —dijo el oficial—. Antes de que se vaya.

Ella ya estaba de pie. Se dio la vuelta hacia el investigador.

—Señorita Dark, ¿sabe por casualidad cómo se magulló la cara del agente Balzano?

Ella se quedó helada. Se agarró a la silla que tenía delante. Necesitó hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para mantenerse callada. Dada la conversación que acababa de tener, admitir que había golpeado a Mark solo lograría que se cavara una tumba aún más profunda. Recordó lo que le dijo Mia.

—¿Tobias podría...? —se detuvo—. ¿El atacante podría haberlo hecho? La escena era un desastre sangriento.

—Parece poco probable que el atacante lo hiciera, según nuestros primeros informes forenses —dijo el oficial, y luego esperó.

—Mark estaba trabajando en otro caso mientras yo estaba en Nueva Jersey. ¿Podría haber ocurrido entonces?

—Estaba haciendo el trabajo de oficina —dijo Edis.

—Entonces no lo sé, lo siento —dijo Ella.

Le ardían los senos nasales, como si acabara de echarse sal en los ojos. La furia la devoraba y tuvo que desviar la mirada hacia el techo, o temía revelar todo en una explosión de rabia. A pesar de su juramento de ser completamente sincera, Tobias la había hecho retroceder tres pasos. La había obligado a mentir delante del FBI y de un abogado encargado de protegerla. Odiaba a ese hombre más de lo que se odiaba a sí misma.

¿Había sido suficiente? Interpretó las reacciones de la gente en la sala y parecía que le habían creído. Una vez más, se sintió como una tonta, como si se estuviera preparando para una caída mayor. De repente, deseó no haber escuchado el consejo de Mia. Si la verdad se descubría más tarde, parecería aún más sospechosa de lo que ya parecía.

—Bien, puede irse —dijo Edis—. Le informaremos de cualquier avance que hagamos, y ¿recuerda sus restricciones?

—Cincuenta kilómetros —dijo Ella al llegar a la puerta. Salió, sintiéndose como si acabara de librarse de una condena de 30 años. Se desplomó contra la pared, fuera de la vista de todos.

Su soledad duró poco. Mia se precipitó hacia ella.

—Dark, lo has hecho muy bien ahí dentro.

Ella se tomó un segundo para recomponerse.

—Eso espero. De verdad que me gustaría haber contado...

—Calla —susurró Mia—. Baja la voz. Hablemos de esto en casa.

—¿En casa? Mi casa es la escena del crimen.

—No en la tuya. En la mía. Ahí es donde te quedarás. Vamos.

CAPÍTULO TRES

Aunque podía mentirles a los directores del FBI, no podía mentirse a sí misma. Había peores lugares donde pasar su suspensión antes de que en la casa de Mia. Ella y Mia entraron en la sala de entrada, que por sí sola era más grande que todo el apartamento de Ella. Si esto era lo que obtenías después de 30 años de arriesgar tu vida, Ella pensó que valía la pena.

—Siéntate —dijo Mia.

Ella obedeció. Se sentó en el sofá de Mia, situado frente a un enorme televisor que parecía no haberse encendido nunca. Probablemente fuera así. Mia se puso a ordenar la habitación, aunque en realidad no lo necesitaba. Estaba prácticamente inmaculada.

—Este lugar es una fortaleza —continuó—. Mi exmarido la construyó con sus propias manos, siguiendo mis especificaciones. Que Dios lo tenga en su gloria.

—Vaya, eso es increíble. Qué tipo —dijo Ella.

Mia golpeó la pared.

—Esto no es la típica porquería de pared seca. Le puse un poco de estilo británico. Ladrillo y mortero, mallas de acero en el centro, yeso sólido en el interior. A menos que aparezca una excavadora, esta mierda es indestructible. La hice construir cuando estaba cazando a Tobias por primera vez. Supongo que siempre supe que este día llegaría.

Ella sabía que se sentiría mucho más segura allí que en cualquier otro lugar, incluso en una casa protegida. Solo para entrar había

necesitado una llave y dos contraseñas electrónicas.

—Esto es perfecto. Gracias por permitirme quedarme aquí. Te lo agradezco mucho.

—Hay cámaras de seguridad en cada lado de la casa. Siete en total, y puedes verlas todas en la televisión. —Mia arrojó un mando a distancia al regazo de Ella. Ella lo manipuló. Siempre supuso que los inmuebles solo podían tener un máximo de cuatro lados, pero la paranoia de Mia parecía trascender la geometría regular.

—Impresionante. Tendrás que enseñarme cómo se manejan porque no sé lo que estoy viendo.

—Todas las puertas de la casa tienen cerradura, incluso las interiores. Los marcos de las puertas son de acero macizo, y hay bandas magnéticas en los bordes de las puertas para mantenerlas pegadas en su sitio. De hecho, estas puertas se utilizan en las prisiones noruegas. Cada habitación tiene múltiples ventanas para salir también.

—Vaya. —Ella nunca se dio cuenta de lo lejos que había llegado Mia para asegurar su casa—. Realmente te esforzaste mucho.

—Tienes toda la razón. También hay cerraduras electrónicas en las puertas de salida, y si todo eso falla, solamente llama a los perros.

—¿Los perros? —preguntó ella. Ella ya había estado aquí dos veces y no había visto ningún rastro de perros.

—Loki y Luca. Se quedan en la granja que hay al final de la carretera cuando yo no estoy, pero el tipo los va a traer hoy. Pueden parecer inofensivos, pero te arrancarían las piernas con solo mirarte. Tan solo pregúntale al tipo que trató de irrumpir el año pasado. En realidad, esto es muy oportuno, porque necesito a alguien que los alimente.

Ella no estaba segura de haber escuchado bien a Mia.

—¿Alimentarlos? ¿Acaso tú no vas a estar aquí?

—No, yo tengo que atrapar a un asesino. Ya sabes a cuál.

—¿Vas a ir tras él? ¿Sola? —preguntó Ella. No tenía ningún problema en cuidar a los perros, pero le preocupaba que Mia se

pusiera directamente en el punto de mira de Tobias. Sin mencionar que estar allí sola también parecía arriesgado. Incluso con toda aquella seguridad, Tobias era muy creativo.

—¿Quieres que me quede de brazos cruzados? ¿Mientras él está persiguiéndonos? Se supone que tú no puedes salir de la casa, así que tengo que hacerlo sola.

—Puedo ir a cincuenta kilómetros.

—Tu apartamento está a sesenta kilómetros, así que eso está descartado. Además, no debes arriesgarte a enfadar a los directores. Quédate tranquila hasta que puedan excluirte de esto con toda seguridad. Todavía te están pagando, ¿no?

Ripley tenía razón. Si Ella empujaba las reglas hasta el límite, no estaría violándolas exactamente, pero no sería visto con buenos ojos. Era mejor mantenerse al margen.

—Supongo que me están pagando. No me lo han dicho.

—Bueno, que te paguen el sueldo de una agente especial por no hacer nada no está nada mal.

Ella se rio.

—¿Salario de agente especial? Eso quisiera. Todavía tengo mi antiguo sueldo, pero tienes razón.

—Prométeme que te quedarás aquí. No hagas ninguna tontería.

Ella admiró el entorno. Un cómodo sofá, un millón de libros, una increíble vista del lago Ozette. No había ninguna necesidad de volver a salir de esta casa.

—Lo prometo —dijo Ella—. Gracias de nuevo. Si obtienes alguna pista, ¿me lo dirás? No las investigaré, solo me gustaría saberlo.

—Por supuesto. Ahora ponte cómoda porque tienes un montón de cosas que hacer. Te enviaré por mensaje los códigos de las puertas. También hay armas repartidas por la casa. Revisa los cajones. —Mia sacó de su chaqueta las cenizas de la escena del crimen—. Es hora de averiguar de dónde vienen.

—Buena suerte, y por favor, cuídate.

—Tú también —dijo Mia—. Volveré esta noche.

Y Ella se quedó sola.



Ella se familiarizó con la casa. Mia no mintió. El lugar era una fortaleza. Ella tenía miedo de tocar algunas cosas por si disparaban rayos láser.

El lugar le permitía echarle un vistazo a la vida personal de Mia, un área con la que todavía no estaba demasiado familiarizada a pesar de su proximidad en los últimos meses. La cocina parecía sacada de un programa de cocina, tenía costosas superficies de mármol y una enorme isla en el centro de la sala. La comida era bastante normal, y solo vio una botella de *whisky* por ahí. Eso fue lo más sorprendente.

Ella volvió a la sala de estar, se sentó y empezó a manipular el mando a distancia. Eran las 10:30 de la mañana. Consiguió descifrar el sistema de cámaras y lo dejó corriendo en la cámara trasera. Mostraba una bonita vista de los campos y las montañas en la distancia. Era bastante hipnótico, como si estuviera viendo un salvapantalla.

Entonces empezó a sonar su teléfono.

Ella miró a su alrededor, tratando de recordar dónde lo había dejado. Lo encontró en la cocina. No reconoció el número en la pantalla.

Cuatro tonos.

Cinco.

Algo le dijo que no aceptara la llamada.

Lo hizo de todos modos.

—¿Hola?

Un momento de silencio.

—Hola. ¿Ella? —dijo la voz.

No pudo identificarla.

—Sí, ¿quién es?

—Es Ben. Nuevo número. Lo siento, debería haberte enviado un mensaje antes.

Ben. Mentiría si dijera que él no se aparecía en sus pensamientos de vez en cuando. Era agradable escuchar su voz de nuevo.

—Ben, vaya. Me alegro de saber de ti. ¿Cómo van las cosas?

Ella había salido con Ben durante un breve período de tiempo hacía un par de meses, pero habían terminado cuando se dieron cuenta de que sus estilos de vida no eran propicios para algo más que una amistad casual. Como ocurría a menudo, esa amistad casual se había convertido en una ausencia total en la vida del otro.

—No te preocupes por mí; estoy más preocupado por ti. Vi tu apartamento en las noticias. ¿Está todo bien?

Parecía que su historia estaba siendo vista por todo el mundo.

—Sí, estoy viva, solo un poco conmocionada. Todo ha sido un poco loco.

—Ni que lo digas. ¿Dijeron que alguien fue asesinado en tu casa? No dijeron quién, solo que fue un hombre.

Ella quería contarle todo, pero no podía arriesgarse.

—Sí, uno de mis colegas. Uno de nuestros casos resultó ser demasiado complicado. Yo no estaba allí cuando ocurrió. Todavía estoy en *shock* por todo el asunto. —No quiso decir nada más, especialmente que la víctima era su exnovio. Eso solo haría que Ben se sintiera paranoico.

—¿Necesitas un lugar para quedarte? —preguntó Ben.

—Estoy segura por el momento, pero gracias —dijo Ella, leyendo entre líneas. Por más que le gustaría volver a ver a Ben, tenía que quedarse en esta fortaleza por el momento.

—Está bien. ¿Quieres hablar de ello? ¿Tal vez podríamos ir a ese *pub* de nuevo?

—Me encantaría, pero estoy encerrada por un tiempo. Órdenes del FBI. No se me permite salir de mi casa. Bueno, de la casa de mi compañera.

—No hay problema, se me ocurrió preguntar.

—De mi compañera del FBI, quiero decir —dijo Ella—. Una vez que me liberen, me gustaría volver a verte.

—Considéralo una cita. Cuando sea eso —dijo Ben.

—¿Cómo van las cosas...? —comenzó a decir Ella, pero fue cortada.

—Hay alguien llamando a mi puerta. ¿Puedo llamarte en diez minutos? —preguntó Ben.

—Claro. Hablamos pronto —dijo Ella. Ben colgó y Ella volvió a entrar en la sala de estar y tiró el teléfono sobre la mesa. Se sentó un momento y recordó todo lo que pudo sobre el tipo. Era un caballero apuesto, casi demasiado bueno muy a su pesar. Un atleta profesional, si recordaba correctamente. Una cosa que nunca pudo olvidar fue su increíble olor: su aroma natural combinado con aquella dulce loción de vainilla para después del afeitado.

El teléfono volvió a sonar. Algo resplandeció en la pantalla. Ella saltó hacia delante y lo cogió.

—Eso fue rápido.

Hubo un momento de silencio, como si la línea estuviera muerta. Ella comprobó la pantalla. Estaba funcionando.

—¿Estás ahí? —preguntó.

—Escúchame —dijo el interlocutor. La voz era robótica, extraña—. Si cuelgas, alguien morirá.

No era Ben.

Ella miró la pantalla rápidamente. No había número ni ubicación. «NÚMERO DESCONOCIDO».

—¿Quién habla? —preguntó. Sopesó las posibilidades en su cabeza. ¿Era otro periodista tratando de asustarla para que hablara? ¿Era Tobias?

—Solo digamos que soy tu admirador, agente Dark. Ahora, ¿estás lista para jugar un pequeño juego?

CAPÍTULO CUATRO

Mia condujo de vuelta a la ciudad, pensando en su plan de acción. Tobias Campbell estaba en algún lugar de Washington, D.C. en aquel momento, y lo único que ella tenía que hacer era encontrarlo. Esta vez, el hombre había ido demasiado lejos. Si la hubiera buscando solamente a ella, Mia lo entendería, pero Tobias había arrastrado a gente inocente a este prolongado juego mortal.

¿Por dónde empezar? Aunque todos los crímenes por los que se había condenado a Tobias habían tenido lugar en Illinois, habían rastreado sus actividades en varios estados: Iowa, Wisconsin, California y Washington, D.C. Probablemente también había actuado en muchos otros lugares más, pero esas eran las únicas conexiones que el FBI podía identificar con precisión.

Pero eso significaba que ya tenía en el radar unos cuantos lugares. Si Tobias había vuelto a la ciudad, el primer lugar al que acudiría sería a su antigua guarida. Hasta donde ella sabía, Tobias no era consciente de que el FBI había identificado aquellos lugares, aunque con él nunca podía saberlo con certeza.

Se detuvo, llamó a las oficinas del FBI y dejó que su Bluetooth hiciera el resto. Continuó conduciendo por la autopista.

—Agente Ripley, ¿qué puedo hacer por ti? —dijo un hombre. Mia esperaba que Mark Balzano respondiera. Era su contacto habitual para este tipo de cosas. Balzano había sido uno de sus protegidos, y no había procesado del todo que el próximo paradero de Mark sería a dos metros bajo una lápida. Sabía de su comportamiento abusivo,

pero el hombre merecía ser llorado, al menos por todo lo que había hecho como agente. Sin embargo, el duelo tendría que esperar hasta que Mia tuviera tiempo.

—Harry, necesito que averigües unas cosas para mí. ¿Tienes un minuto?

—Para ti, tengo cinco. ¿Qué necesitas?

—Necesito que rastrees las cenizas de alguien. Necesito que compruebes los columbarios de todo el condado.

—¿Colum qué?

—Columbarios. Suelen estar en iglesias, cementerios y mausoleos. Contienen urnas y cenizas cremadas. ¿Puedes buscarlos?

Mia oyó un golpecito.

—Esto es algo nuevo, pero estoy buscando. Espera un segundo.

No estaba segura de adónde podría llevarla esto, pero si podía captar a Tobias en una cámara de seguridad, podría confirmar que estaba en la zona. La escena del crimen no era suficiente. Si ella tenía pruebas de que él estaba cerca, podría liberar a Ella de cualquier sospecha.

—Puedo buscar en los registros de defunción. Puedo decirte en qué cementerio fueron enterrados. ¿Pero las cenizas? Depende de la persona. ¿A quién buscas?

—Eva Campbell. Murió en 1993. Era de Mount Carroll, Illinois. — Mia recordaba los detalles de memoria. Ya estaban grabados en su cerebro, a pesar de haber pasado años tratando de olvidarlos.

Nuevamente se escuchó un tecleo al otro lado de la línea, y luego una inhalación.

—La he encontrado. Incinerada en un cementerio de Chicago en el 93, pero no se menciona que sus cenizas se hayan mudado.

Un callejón sin salida, pero Mia se lo esperaba. Tobias era demasiado cuidadoso para hacer las cosas según las normas.

—Pero estoy comprobando estas colum-cosas en Washington, D.C. Solo hay tres en la zona. Vale Crematorium, Royal Oak y Todas las almas.

Uno de ellos sobresalía. Un nombre que había olvidado.

—¿Todas las almas? —preguntó ella.

—Sí. ¿Te suena?

—¿Ese lugar sigue existiendo? —preguntó Mia. Pero ya sabía la respuesta.

—Estoy verificándolo. No. Parece que el cementerio no ha estado en actividad hace un buen tiempo.

Todas las almas era un lugar que llevaba mucho tiempo abandonado, y cuando las autoridades indagaron en la vida de Tobias después de que fuera a la cárcel, descubrieron que él formaba parte de una operación clandestina que tenía ese lugar como sede.

—Eso es perfecto, Harry. Te llamaré si lo necesito.

Mia cortó y tomó la siguiente salida de la autopista. Hacía muchos años que no pasaba por Todas las almas, pero esperaba que siguiera siendo exactamente como lo recordaba. Decrépito, peligroso, lleno de gente despreciable. Ese era exactamente el tipo de lugar al que Tobias iría si había vuelto aquí.

Mia seguía haciéndose muchas preguntas. ¿Mark había sido el objetivo previsto de Tobias, o era algo colateral en el camino hacia Ella? Del mismo modo. ¿Acaso Ella era su objetivo previsto? Tobias se no había contactado directamente con Mia desde hacía más de un año. La única vez que lo había hecho fue con la carta que le envió delatando a Ella, pero esa acción tenía más a Ella como objetivo que a Mia. Normalmente, Tobias le enviaba zapatos a Mia en su cumpleaños, pero este año se los había enviado a Ella. ¿Quizás Tobias ya no la había superado y tenía un nuevo objetivo en la mira?

No. Mia se maldijo por ser tan tonta. Cuando se trataba de Tobias, todas sus habilidades críticas para elaborar perfiles eran inútiles. Se esforzaba por verlo como un caso de estudio, nunca como su propio demonio personal. No había ninguna posibilidad de que Tobias hubiera pasado página de repente y hubiera encontrado otra víctima en la que centrarse. Guardaba quince años de resentimiento hirviendo en su interior, y no iba a olvidarlo tan

pronto. Mia no tenía ninguna duda. Tobias la quería a ella, no a su compañera.

Excepto que la ruta hacia Mia pasaba a través de Ella, a menos que Mia interviniera.

Los oficiales de Washington, D. C. estaban rastreando el teléfono de Mark Balzano para ver si podían localizar a la persona que había realizado la llamada. Lo habían apagado desde la llamada inicial a la policía, pero aún sería posible obtener una indicación aproximada de la procedencia de la llamada. Pero si Mia conocía a Tobias, lo más probable era que el teléfono estuviera destrozado y metido en algún desagüe desde hacía un buen tiempo ya. No se arriesgaría a llevárselo consigo.

Luego estaba la cuestión de qué hacer si Mia descubría el paradero de Tobias. Si el FBI llegaba primero, lo pondrían bajo custodia y lo meterían directamente en el interior de una celda. Sus operaciones se reanudarían con normalidad y volvería a dirigir su red criminal desde la comodidad de una habitación solitaria de alguna prisión de máxima seguridad. Tal vez podría tratar de presionar para que se le aplicara la pena de muerte, pero tardaría años en conseguirlo, y aún más en que se llevara a cabo la ejecución. Había más posibilidades de que muriera de viejo que por una inyección letal.

Por eso necesitaba encontrarlo primero, porque entonces ella misma podría acabar con quince años de tormento. Bastaría con un solo disparo en la cabeza y todo habría terminado.

Podrían suspenderla, despedirla, multarla, obligarla a hacer servicios comunitarios, incluso encarcelarla. Pero Mia se dio cuenta en ese momento de que no le importaban las consecuencias. Estaría encantada de pasar el resto de su vida en la cárcel si eso significaba que Tobias estaba a dos metros bajo tierra.

Se dirigió al cementerio de Todas las almas. Era hora de terminar este juego mortal de una vez por todas.

CAPÍTULO CINCO

Ella abrió una aplicación de voz y pulsó «GRABAR».

—¿Mi admirador? —preguntó ella.

La voz robótica se rio. La estática le invadió los canales auditivos.

—¿Has oído lo que he dicho? ¿Estás preparada para jugar a mi juego?

De repente, Ella se sintió observada. La soledad en este nuevo entorno le heló la espina dorsal. Corrió hacia la puerta principal y miró hacia el camino de entrada. No había nadie.

—¿Qué clase de juego? —preguntó.

—Más que un juego. Una prueba. De tus habilidades.

Ella tenía que mantener al hombre hablando. Cuanto más hablara, más revelaría.

—¿Qué quieres decir?

—He oído cosas sobre ti. En las noticias. En la televisión. Dicen que tus conocimientos son... incomparables.

—No sé de qué estás hablando —dijo Ella.

—Esto es lo que va a pasar, señorita Dark. Te voy a dar una pista. Un acertijo. Y si adivinas correctamente, le perdonaré la vida a la chica. ¿Qué te parece?

¿La vida a la chica? ¿Esta persona hablaba en serio? ¿Estaba siendo chantajeada por un asesino o era una broma de mal gusto?

—¿Cómo sé que estás diciendo la verdad? ¿Cómo sé que esto no es una broma?

—Cuelga si quieres, pero tendrás su sangre en las manos.

Sus pensamientos volvieron a dirigirse a Tobias. ¿Una llamada anónima pocas horas después de que Tobias hubiera matado a su exnovio? Las probabilidades de que no estuviera relacionado parecían mínimas, pero se abstuvo de juzgar hasta tener más respuestas.

—De acuerdo. Estoy lista. Juguemos —dijo mientras se paseaba por la sala de estar.

—No seas tan ansiosa, señorita Dark. Las reglas son importantes. ¿Quieres escuchar las reglas?

—Sí, quiero.

El interlocutor respiró profundamente.

—Mi acertijo te llevará a una destinación. Si llegas a tiempo, ganarás.

—¿Qué ganaré? —preguntó Ella.

—El premio de salvar una vida. Pero si te equivocas o llegas tarde, ella muere. ¿Está claro?

Ella corrió a la cocina y rebuscó en los cajones. Encontró las llaves del viejo Audi de Mia.

—Está claro. Ahora dime el acertijo.

—Otra vez demasiado ansiosa. Hay más. Cada vez que adivines correctamente, revelaré algo sobre mí. Acierta todos y te diré quién soy. Sin mentiras. Este es un juego justo. Si ganas, ganas y puedes arrestarme. Sin hacer preguntas. ¿Te parece justo?

Ella dudaba que él estuviera diciendo la verdad. Ya se estaba familiarizando con la extraña voz demoníaca. Estaba reconociéndole el tono y sus inflexiones. Incluso aunque usara un modificador de voz, siempre había algo que se podía adivinar.

—Sí, así parece. ¿Algo más?

—Una última regla, y es la más importante. —El interlocutor esperó.

—Te escucho.

—Harás esto sola. Sin la policía. Sin el FBI. Sin refuerzos. Sin compañeros. ¿Está claro?

—Si estás pensando que no voy a decirle a la gente de la que dependo que estoy siendo chantajeada, entonces estás muy equivocado.

—Entonces ella muere.

Ella lo consideró. ¿Cómo podría saber esta persona si ella pedía ayuda o no? Ella sabía que tenía que provocar a esta persona, como en un interrogatorio. Si lograba alterar a este hombre, podría revelarle cosas que no tenía intención de hacer.

—¿Y por qué debería hacer esto? —preguntó Ella—. Sé que has dicho que alguien morirá, pero cuando aparezca un cadáver, será problema de la policía, no mío. ¿Por qué debería meterme en esto?

—Porque, detective, no tienes elección.

—¿No la tengo? Dame una buena razón por la que debería importarme.

—¿Qué tal si te doy dos?

—Inténtalo.

—Porque si no lo haces, encontrarás un cadáver en tu puerta mañana por la mañana, y eso no sería bueno para ti ahora, ¿verdad? Estás en todas las noticias. Todo el mundo piensa que eres una asesina.

Ella aún no había reunido el valor para ver los noticieros.

—¿Por qué debería creerte? —preguntó.

—No tienes que creer ni una sola palabra de lo que digo. Si quieres correr ese riesgo, es cosa tuya.

—¿Y la segunda razón? —preguntó Ella, ignorando el comentario anterior.

—La segunda razón es sencilla: porque quieres. La detective famosa no puede resistirse a un buen misterio, ¿verdad? Es lo que la mantiene viva. Lo cierto es que no tiene mucho más en su vida, sobre todo ahora.

Ella dejó al interlocutor esperando mientras consideraba su respuesta. Necesitaba información, explicaciones.

—Parece que sabes mucho sobre mí —dijo.

—Lo sé todo sobre ti. Sé dónde vives, sé quiénes son tus amigos, sé de todas tus relaciones fallidas. Sé lo de tu padre. Sé cómo piensas y sé lo que te motiva. ¿Eso es suficiente?

—Me parece que crees que sabes muchísimo —dijo Ella—, pero en realidad no sabes nada. Lo único que has hecho es leer sobre mí en las noticias. Conozco a gente como tú todo el tiempo. Si estás tratando de impresionarme, no lo estás logrando.

—Srta. Dark, tienes dos horas para resolver mi acertijo. Te sugiero que lo resuelvas rápido.

—Muy bien, ¿me vas a decir este acertijo o no?

—¿Estás escuchando con atención? Porque solo voy a decir esto una vez.

Ella comprobó que la llamada seguía siendo grabada. Subió el volumen al máximo.

—Estoy escuchando.

—Hay una nota en su bolsillo, y sus zapatos están desatados. Encuéntrame donde un Otlá va hacia atrás. Noviembre de 1971.

No era el tipo de acertijo que esperaba.

—¿Qué se supone que significa eso? ¿Qué debería estar buscando? ¿Un lugar? ¿Un objeto? ¿Qué?

—Dos horas. No me decepciones.

Y la llamada se cortó.



Ella repitió el acertijo una y otra vez. Si se trataba de buscar una destinación, no sabía por dónde empezar.

«Hay una nota en su bolsillo y sus zapatos están desatados. Encuéntrame donde un Otlá va hacia atrás. Noviembre de 1971».

Dos horas. Eso significaba que ese lugar debía estar a poca distancia de su ubicación. O al menos ella esperaba que lo estuviera.

Escuchó atentamente la voz demoníaca, tratando de averiguar si el tono coincidía con el de alguien que había conocido antes. No sonaba en absoluto como Tobias, pero podría tratarse de uno de sus discípulos cumpliendo sus órdenes. ¿Esta era su manera de atraerla hacia el exterior para poder atacar? ¿Tal vez todo esto era una elaborada trampa?

Pero esto no coincidía para nada con el *modus operandi* de Tobias. Él nunca haría algo tan anónimo. Tobias siempre se aseguraba de que se supiera que era él quien moviendo los hilos. El gato muerto, los mensajes ocultos, las cartas, el asesinato de Mark. Todos tenían las huellas de Tobias.

Esto no. Tobias no usaría acertijos, y ciertamente no se comprometería a revelarse, como dijo la persona que llamó.

¿Él podría estar intensificando las cosas? ¿Jugando un último juego con ella? Él debía de saber que el FBI lo estaba persiguiendo, así que quizás podría verse obligado a cambiar el rumbo de las cosas e intentar un enfoque diferente.

Ella buscó su teléfono y encontró el nombre de Mia. Fue a pulsar el botón de llamada, pero se detuvo en el último segundo. Mia ya tenía muchas cosas en la cabeza. Estaba cazando al hombre que la había traumatizado mentalmente de por vida, así que lo último que necesitaba ahora era otro sudes al que perseguir. Conociendo a Mia, intentaría hacer ambas cosas, y eso no ayudaría a nadie.

No. Mia necesitaba concentrarse en su caso y Ella en el suyo propio.

Repitió el acertijo una y otra vez. Siempre había odiado las adivinanzas. No eran indicadores de inteligencia, sino molestas mezcolanzas de juegos de palabras. Al parecer, esta también lo era.

Se paseó por la sala de estar e intentó que su subconsciente rellenara los espacios en blanco. ¿Quién es la chica que lleva una nota en el bolsillo? ¿Por qué tiene los zapatos desatados? ¿Dónde la rapada va al revés? ¿Y qué pasó en noviembre de 1971?

No se le ocurrió nada. Eran solo palabras para ella, y nada le sugería ningún lugar que conociera.

En cambio, recordó las palabras exactas que había utilizado la persona que llamó.

«Una prueba de tus habilidades. Dicen que tus conocimientos no tienen comparación».

¿Cuáles eran sus habilidades? ¿Disparar? ¿Tiro con arco? ¿Artes marciales? ¿O se refería a sus conocimientos sobre asesinos históricos?

A menos que estuviera familiarizado con su vida personal, tendría que ser lo último. Entonces, ¿el acertijo podría estar relacionado con algo en el ámbito de los asesinos en serie?

Podría serlo. Noviembre de 1971. Los años setenta fueron la edad de oro de los asesinatos en serie, pero había innumerables asesinos operando en todo el país en el 71.

Pero si su destinación estaba cerca, eso significaba que tenía que estar relacionado con asesinos en serie cerca de Washington, D.C. y de Virginia, lugares donde hubo bastantes de ellos.

Pero el 71 tuvo un asesino en serie notable. Recordó todo lo que sabía sobre ese caso en particular y volvió a analizar el enigma.

Hay una nota en su bolsillo.

Sus zapatos están desatados.

Ella cerró los ojos y revisó todo en su mente. Era más rápido que estudiar el caso en Internet. Vio las palabras flotando frente a ella y luego imaginó una cuadrícula detrás de ellas.

Una palabra encajó en su lugar.

Zapatos.

Eran un pequeño elemento del caso que tenía en mente.

¿Cuáles eran los otros elementos? Notas. Bolsillos.

No. No encajaban. Los sacó y recorrió el caso paso a paso, víctima a víctima.

Ella se encontró de pie frente a la televisión, aún clavada en la imagen de la cámara trasera. Bosques y montañas. Lugares perfectos para deshacerse de un cuerpo, se dijo. Miró el reloj en la

esquina superior de la pantalla. Las 10:47 de la mañana. Suponiendo que la persona que llamaba dijera la verdad, cada segundo que pasaba era muy valioso.

Aunque la frustración se hizo presente, Ella mantuvo la calma. Miró la pantalla para mantener su mente en la tarea que tenía por delante, y en la esquina de la imagen vio una pequeña cabaña. La casa de invitados de Mia, tal vez un cobertizo. El letrero que tenía decía:

«ALTO. PELIGRO ELÉCTRICO».

O en la imagen inversa de la cámara,

«OCIRTCÈLE ORGILEP. OTLA».

Ahí estaba.

Una respuesta.

«Encuéntrame donde un Otlá va al revés».

Alto.

Ella sintió una ráfaga de emoción. Alto. Zapatos. Un asesino en serie de Washington, D. C., de 1971. Eso significaba algo, solo tenía que indagar un poco más profundo.

Cerró los ojos y volvió a recordar todo. Readaptó la nueva información y escudriñó la imagen que apareció frente a ella.

De repente, todo encajó, como un rompecabezas que se ensambla por arte de magia.

—Dios mío —gritó—. Conozco el lugar del que habla.

Ella se apresuró a ir a la cocina, rebuscó en los cajones y encontró una Glock de calibre 23, con dos balas cargadas. Debería ser suficiente. Se apresuró a ir a la puerta principal, golpeó la combinación numérica y salió corriendo hacia el camino de entrada. Unos segundos más tarde, salió a toda velocidad por la carretera.

CAPÍTULO SEIS

Ella no sabía exactamente cómo llegar, pero el GPS del Audi de Mia sí. Se lanzó a la autopista en dirección a Washington, a 40 kilómetros al sur. Ya había recorrido unos 13 kilómetros de carretera rural hasta llegar a la autopista, así que llegaría en menos de 20 minutos.

Repasó todo en su cabeza una última vez. Su interlocutor se refería al Fantasma de la autopista, un asesino en serie no capturado que aterrorizó a Washington D.C. en los años setenta. El Fantasma había secuestrado y asesinado al menos a seis chicas jóvenes, todas ellas situadas cerca de la zona por la que Ella conducía en ese momento.

Pero la persona que la había llamado se refería a una víctima específica. La quinta víctima del Fantasma. A todas sus víctimas les faltaban los zapatos cuando se descubrieron sus cuerpos, todas menos una. Sin embargo, los zapatos de esa chica estaban desatados, y no solo eso, sino que los investigadores descubrieron una extraña nota dejada en su bolsillo. El Fantasma no la había escrito él mismo. Había hecho que su víctima la escribiera antes de matarla.

El lugar al que Ella se dirigía era a la parada de autobús donde esta misma víctima fue secuestrada. El lugar donde un Otlá va al revés, se refería al alto de la parada. La parada de autobús propiamente dicha hacía tiempo que había sido eliminada, pero Ella conocía el nombre de la calle y eso era bastante aproximado.

A tres kilómetros de su destino, Ella se encontró con que había tráfico. Ya había pasado lo que la gente consideraba la hora punta, pero en esa ciudad, la hora punta era cada minuto del día. Se metió en una calle lateral, dejó el coche y se alejó del tráfico a pie. Todavía tenía su placa del FBI, así que eso sería suficiente para disuadir a cualquier policía de tráfico que estuviese vigilando. Puso la ubicación en el sistema GPS de su teléfono.

Ella no sabía qué era lo que le esperaba exactamente en ese lugar. ¿Sería suficiente con llegar al destino para apaciguar a ese anónimo que la llamaba, o iba a descubrir algo esperándola? Dado el constante ajetreo de la ciudad, dudaba que encontrara algo demasiado siniestro esperándola al borde de la carretera. Alguien ya lo habría visto, robado o estropeado.

Ella aceleró el paso, una carrera lenta que no parecía fuera de lugar entre los apresurados oficinistas. Prácticamente nadie la miró dos veces. Solo la esquivaban cuando la veían precipitarse hacia ellos. Mejor así, se dijo.

Su GPS le indicaba que estaba a quince metros de distancia. La geografía de la ciudad era muy diferente de lo que había sido en 1971, pero la calle que necesitaba seguía teniendo la misma configuración, pero con una parada de autobús menos. Pasó la calle Swann, con los edificios de distintos colores a sus lados, y llegó a la entrada de un callejón.

«Ha llegado a su destino», dijo la aplicación del GPS.

Era un callejón estrecho y claustrofóbico, los altos edificios a ambos lados tapaban el sol. Un fino rayo de luz brillaba en el otro extremo, pero el resto del callejón estaba a oscuras.

Ella entró corriendo, y escudriñó las paredes y el suelo en busca de algún indicio de que había acertado. No encontró mucho. Solo algo de basura y unos cuantos mensajes burdos en las paredes.

Entonces sonó su teléfono. Una llamada desconocida. Contestó al primer timbrado.

—Estoy aquí —gritó ella.

Otra vez esa extraña voz.

—Sí, si lo estás.

Ella se quedó inmóvil. Su interlocutor la estaba mirando. Lo único que ella pudo ver fueron a los transeúntes que pasaban ociosamente delante del callejón. Miró las ventanas de los edificios circundantes, pero no había ninguna figura visible allí.

—Pero aún no has terminado. Todavía tenemos una ronda de bonus.

—No, jugué siguiendo tus reglas. Tienes que cumplir tu palabra.

—Y tú siempre sigues las reglas, ¿verdad, señorita Dark? ¿Nunca has guardado un secreto o le has mentido a alguien que confiaba en ti?

Algo que diría Tobias.

—Por supuesto que sí, pero esto no se trata de mí. Se trata de salvarle la vida a alguien.

—Y es por eso que necesitas jugar a mi ronda de bonus. ¿Estás preparada?

Ella apartó el teléfono de su cara con frustración.

—Sí.

—Entonces escucha atentamente. La reina de Inglaterra no se encuentra bien. Tengo muchas camas, pero no soy un hotel.

Ella no tuvo que pensar mucho.

—Hospital.

—Cinco minutos —dijo la persona que llamaba—, y quiero que te quedes en la línea.

Ella inmediatamente atravesó el callejón y salió por el otro lado. Conocía el destino y sabía exactamente dónde estaba. Había estado allí bastantes veces.

Los curiosos la miraban mientras se precipitaba por la calle, pero ella no tuvo tiempo de captar sus miradas. Pasó entre los peatones y gritó disculpas al azar. Solo había una corta distancia hasta el recinto, pero el complejo abarcaba un área enorme.

—Estoy aquí —gritó al teléfono—. Hospital de Santa Isabel.

—Bien hecho. Ha sido fácil, ¿verdad?

Se detuvo cerca de la rampa reservada para las ambulancias y se paseó de un lado a otro.

—Suelta a la chica. Si tú no sigues las reglas, ¿por qué debería hacerlo yo?

—Sigue caminando —dijo el interlocutor.

Ella se detuvo y observó el recinto del hospital. Vio a unas cincuenta personas: trabajadores, pacientes, transeúntes. Ninguno de ellos la miraba.

—¿Puedes verme?

—Sí, pero tú no puedes verme a mí.

Ella recorrió el exterior del hospital. En la parte trasera había una colina de hierba, y fue allí donde esta víctima del Fantasma de la autopista había sido descubierta hacía más de 50 años. Ella siguió caminando, con reticencia, temiendo lo que pudiera ocurrir. Miraba a su alrededor cada pocos segundos, encontrándose cada vez más en soledad. El bullicio de los alrededores del hospital se fue apagando y lo único que oía eran los coches que pasaban a lo lejos.

—Bien. ¿La chica está a salvo? Es lo único que necesito saber.

—Baja la colina —dijo el interlocutor.

—¿Por qué? Parece ser que yo estoy poniendo mucho de mi parte y tú no pareces estar devolviéndome el favor.

—Baja la colina y verás por qué. Ahora debo irme. Nos vemos pronto.

—Espera —gritó Ella, pero era demasiado tarde. La comunicación se cortó.

No tuvo más remedio que seguir las instrucciones. Ella bajó con cuidado el pequeño terraplén y se adentró en un mar de tierra y espesos arbustos. Se abrió paso hasta que los sonidos del mundo se desvanecieron. Ella se colocó con la espalda apoyada en un árbol, lo más cerca posible de las paredes del hospital. Era el mejor ángulo de visión ante cualquier ataque sorpresa.

Pero debió de ser su subconsciente el que actuó, porque se encontró en el lugar exacto en el que el Fantasma de la autopista

había abandonado a su quinta víctima. Ella casi podía saborear ese indescriptible aroma a muerte fresca, incluso cinco décadas después.

No. No era su imaginación.

Había un cadáver en el mismo lugar.

—Dios mío —dijo.

Ella retrocedió contra un árbol, bajando el teléfono a su lado. Apretó el puño y lo golpeó contra el tronco, haciéndose más daño a sí misma que a otra cosa.

—Ese hijo de perra. Me ha mentido.

Era una joven negra, el mismo tipo de víctima que prefería el Fantasma. Estaba acurrucada, aún vestida, con los zapatos desatados. Era una copia exacta. La historia se repetía.

Este individuo no estaba jugando. No era una broma enfermiza. Era un sujeto real y perturbado que ahora había entrado en el mundo del asesinato, quizá no por primera vez.

Ella se arrodilló junto a la víctima y le echó un vistazo, teniendo mucho cuidado de no tocarla. Debía de tener como mucho unos veinte años, el pelo recogido en una larga trenza y la camiseta *beige* hecha jirones. Demasiado joven para haber muerto.

Por lo que Ella pudo ver, no había marcas de puñaladas. De hecho, no había sangre ni heridas visibles. Esta pobre mujer había sido envenenada o asfixiada, y si este asesino estaba imitando al Fantasma de la autopista, Ella sospechaba que sería lo segundo.

Ella retrocedió unos pasos y evaluó su entorno. Esta víctima no fue asesinada en ese lugar. Era simplemente un lugar de eliminación. Hasta ahora, todo coincidía con el Fantasma, desde la victimología hasta el *modus operandi*, así como la utilización de la ubicación exacta del lugar de eliminación original.

Eso significaba que había algo más esperándola.

El Fantasma de la autopista había dejado una nota en el bolsillo de su víctima.

Ella se aseguró de que ningún espectador curioso la hubiera descubierto. Luego se acercó al cuerpo y se tapó la mano con la manga de su chaqueta.

Buscó con cuidado en los bolsillos de la mujer. No había nada en el bolsillo izquierdo. Lo que significaba que tenía que darle la vuelta al cuerpo, y eso conllevaba riesgos.

Ella metió la mano por debajo del cuerpo, lo levantó suavemente y buscó en el bolsillo derecho del pantalón de la víctima.

Allí estaba.

Un pequeño papel doblado. Lo abrió, cerciorándose de que sus huellas dactilares no entraran en contacto directo con el documento.

«¿YA HAS AVERIGUADO QUIÉN SOY?».

Ella examinó el estilo de escritura. Los puntos de la «i» eran en forma de burbuja y la «n» era curvada. Era la letra de una mujer.

—Claro —dijo Ella—. Hizo que la víctima escribiera esto.

Ella volvió a meter el papel en el bolsillo de la víctima, lo que fue mucho más difícil que retirarlo. Sacó su teléfono para llamar al 911, pero en el momento en que pulsó el botón de llamada, la canceló.

Esto no se vería bien para ella. ¿Una sospechosa de asesinato desafía las órdenes del FBI de permanecer en casa y se tropieza milagrosamente con un cadáver?

Ella se apresuró a subir el terraplén hasta el camino. Se dirigió hacia el hospital, hacia la civilización. Unos cuantos peatones se acercaban en su dirección. Ella se dirigió a la última persona que pasó porque no quería que nadie la escuchara.

—¿Disculpe? —le dijo a la mujer—. Necesito ayuda.

La mujer dio un paso atrás, naturalmente.

—¿Qué pasa?

—Soy de la policía. ¿Podría llamar al 911 y reportar un 10-55 en los arbustos detrás de Santa Isabel? Ellos sabrán a qué se refiere.

Un 10-55 era un cadáver confirmado, también conocido como un caso para el forense.

La mujer accedió.

—Preguntan quién soy —dijo.

—Dícales que un oficial le pidió que llamara, y luego cuelgue.

La mujer hizo lo que le pidió, y luego Ella asintió con la cabeza para darle las gracias.

—¿Qué es un 10-55? —preguntó la mujer.

—Es mejor que no pregunte. Le agradezco su ayuda. Si la policía se pone en contacto con usted, dígales la verdad. —Y Ella se fue, hasta perderse de vista. No quería estar cerca cuando la policía llegara.

CAPÍTULO SIETE

Ella se apresuró a volver a la casa de Mia y se encerró allí. Se paseó por la sala de estar, miró el teléfono y se miró en el espejo. No tenía ni idea de qué hacer a continuación.

Una gran pregunta la atormentaba: ¿Tobias era el responsable de todo esto? Era una coincidencia sorprendente que un asesino anónimo se pusiera en contacto con ella a los pocos días de que Tobias escapara de la cárcel. Pero había discrepancias. El *modus operandi* no coincidía. ¿Por qué Tobias imitaría a otro asesino en serie? Él era muy específico en sus crímenes, y esto se alejaba muchísimo de todo lo que había hecho en el pasado. Aunque solo estuviera jugando con ella por el gusto de hacerlo, era una forma extraña de hacer las cosas.

En cualquier momento, la policía de Washington, D. C. descubriría el cuerpo junto al Hospital de Santa Isabel. Harían preguntas. Investigarían las cámaras de seguridad cercanas. A no ser que tuviera mucha suerte, verían su cara allí.

¿Cómo podría explicar eso? ¿Tal vez debería llamar al FBI y contarles toda la historia?

Pero eso conllevaría dos problemas. Número uno, haría que las sospechas sobre ella fueran aún mayores. Número dos, el asesino podría descubrirlo, y eso significaría que se acumularían más cuerpos.

Aunque este asesino no había seguido sus supuestas reglas, Ella tenía que hacerlo. Desafiar sus órdenes simplemente le daría una razón para acabar con más vidas. Tenía que hacer todo lo posible

para impedirlo. Independientemente de su posición actual, su deber era salvar a los demás.

¿Y si le dijera al FBI que se mantuviera al margen mientras ella investigaba esto? Seguramente entenderían que involucrarlos pondría en riesgo a las víctimas potenciales.

Ella apoyó la cabeza contra la pared. Tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para no golpearla, un poco de dolor físico para distraer el mental. Respiró hondo varias veces y se concentró en estar presente en el momento.

La impotencia era una sensación con la que estaba demasiado familiarizada, y hoy había vuelto como un enemigo vengativo. Su apartamento era la escena de un asesinato. La gente pensaba que era una asesina. Su compañera podría estar cayendo directamente a los brazos de su némesis, y cuando lo hiciera, Ella sería la siguiente.

No importaba lo que hiciera, no podía controlar nada de esto. La percepción era la realidad. Si el mundo pensaba que ella era una psicópata corrupta y asesina de novios, no había mucho que pudiera hacer para cambiarlo. Si pudiera, tendría que hacerlo paso a paso, latido a latido.

Lo único que podía controlar era su respuesta a este hombre anónimo que llamaba. Si podía evitar que alguien más muriera, ya era un éxito, aunque el resto del mundo pensara que era una asesina de novios. Podían creer lo que quisieran, pero ella iba a seguir salvando vidas como había prometido hacer cuando entró en la policía.

¿Pero qué podía hacer ahora? ¿Esperar otra llamada? ¿Esperar a que aparezca otro cadáver? ¿Qué medidas podría tomar para revertir este daño y tal vez recuperar algo de dominio en su vida? Ella se negaba a quedarse de brazos cruzados y dejar que el destino decidiera.

Rebuscó en su bolso, sacó la computadora portátil y la dejó sobre la mesa de café. Entró en la base de datos del FBI. En caso de que tuvieran la intención de hacerlo, aún no le habían restringido el acceso.

¿Qué podía utilizar para encontrar a esa persona, o al menos para descubrir su identidad?

Pensó en buscar en los archivos del Fantasma de la autopista, pero casi todo lo relacionado con el caso ya era de dominio público. Sin mencionar que quedaría un registro de que ella habría visitado la página, y eso podría levantar aún más sospechas.

La persona que llamó dijo que la había estado vigilando. Eso significaba que la conocía, que sabía cómo lucía, dónde se encontraba. Pero la otra pregunta era: ¿cómo consiguió esta persona su número de contacto? Ella había hecho todo lo posible para mantenerlo en secreto, pero por supuesto, Tobias tenía el teléfono de Mark en su poder. Otro punto a favor de que fuera Tobias.

El hecho de que la persona que llamaba supiera su nombre no era algo que mereciera prestarle demasiada atención. A partir de aquella mañana, aparentemente todo el mundo sabía su nombre.

Ella se dirigió a la sección de personas desaparecidas de la base de datos. Si no realizaba ninguna búsqueda, no habría registro de su actividad allí. Filtró los resultados por fecha ascendente.

130 personas desaparecidas en las últimas 24 horas.

Comprobó los lugares uno por uno. Nueva York. Massachusetts. Idaho. Colorado. Kansas. New Hampshire.

Washington, D. C.

Solo había una en el distrito.

Sandy Moore, 23 años. Chica afroamericana. No había foto, solo una descripción física.

Pero coincidía con la chica que había encontrado detrás del hospital.

Ella buscó el nombre de la chica y su dirección en Internet. Encontró 11 Sandy Moore en las redes sociales, así que escudriñó sus fotos para encontrar la que necesitaba. La tercera chica se destacaba.

No había duda de que era la misma chica. En su foto de perfil, estaba acurrucada entre un hombre y una mujer mayores, presumiblemente sus padres. Todos sonreían. Gracias a un monstruo

desconocido, después de este día ellos tres no volverían a sonreír juntos.

Ella buscó en la información disponible. Su perfil en las redes sociales era privado, pero cierta información seguía siendo visible para el público. Buscó primero en las fotos de Sandy. Selfis del gimnasio, fotos de salidas nocturnas, fotos antiguas de Sandy y lo que Ella suponía que era un novio. El hombre no aparecía en las fotos más recientes, y el estado de la relación de Sandy decía soltera, así que debía ser un ex.

Una vez más, empezó a pensar a fondo.

Todos los indicios apuntaban a que se trataba de un ataque al azar. Pero si se trataba de un asesino en serie, a menudo empezaban con gente cercana. Muchos asesinos en serie comenzaron atacando a personas que conocían o con las que estaban relacionados. ¿Y si esto era igual?

Ella comprobó la fecha de la foto. Hacía seis semanas.

Volvió a comprobar la información del perfil de Sandy. Recién se había manifestado como soltera la semana pasada.

En la foto, Sandy había etiquetado a su antiguo novio. Bryan Wells. Ella hizo clic en el perfil de Bryan. A diferencia del perfil de Sandy, todo el perfil de Bryan estaba disponible para que el mundo lo viera. Sin restricciones.

Avanzó entre los estados con faltas de ortografías y a unas cuantas selfis desafiantes. Bryan era un tipo blanco y delgado, puro hueso, así que sus fotos sin camiseta no eran precisamente un deleite para los ojos. Él se había recortado el pelo al ras y se había teñido de rubio. Ella pensó que su cabeza parecía un viejo balón de fútbol amarillento.

Bryan se había anunciado soltero el mismo día que Sandy y había recibido algunas respuestas a su estado. A una de ellas, Bryan había respondido:

«Me alegro de que la perra no esté más».

Unos pocos comentarios más tarde, alguien llamada Lisa Moore había intervenido. Probablemente era pariente de Sandy.

«Ya puedes irte a consumirte en tu fumadero de *crack*».

Ella miró a la distancia y consideró la información. Un novio despechado era un buen sospechoso, pero ¿por qué iba a involucrar a Ella si estaba motivado por la venganza? A no ser que tuviera planes de ponerse en contacto con Ella a pesar de todo, y esta ruptura desencadenara los acontecimientos.

Buscó el nombre de Bryan Wells en la base de datos del FBI. Si él era la persona que hacía estas llamadas anónimas, tendría algún tipo de historial criminal. Asalto agravado, exposición indecente, cualquier cosa. No se lanzaría directamente al asesinato y a la burla de las fuerzas del orden.

Ella tuvo cuidado para no hacer clic en ningún dato para que su nombre no quedara registrado. Sin embargo, podía ver la información básica de las páginas de resultados de la búsqueda; solo no podía profundizar en ellas.

Pero no lo necesitaba. La respuesta estaba justo ahí, delante de sus narices.

Él tenía un historial delictivo. Abuso de drogas, extorsión y tráfico de drogas.

Y lo que era más alarmante, su corta lista de cómplices conocidos.

—Tiene que ser una broma —dijo Ella y saltó de su silla.

El nombre se destacó como la luz cegadora de un tren que se aproxima.

«Tobias Campbell (no confirmado)».

Bryan Wells tenía vínculos con Tobias, pero ¿cómo? El listado de resultados no indicaba la ubicación actual de Bryan Wells, pero lo más seguro era que estuviera en Washington. Bryan, Tobias, Mia, Sandy. ¿Cuál era el vínculo y cómo podía encontrar a ese hombre?

Incluso si Bryan era el que había matado a Sandy, Tobias podría haber estado manejando los hilos. Ese había sido su juego durante más de una década. Dirigía las operaciones desde detrás de las rejas y el hecho de que ahora estuviera libre no significaba que eso fuera a cambiar.

Ella se apresuró hacia la cocina. Tal vez el nuevo ambiente le abriría la mente a nuevas posibilidades, se dijo. Apoyó la mano alrededor de una botella de *whisky*, la desenroscó y bebió un buen trago. La sensación fue áspera y ardiente, como si acabara de ingerir ácido. Dejó que su mente se despejara y que su subconsciente ordenara todo, pero rápidamente descubrió que sus trucos subconscientes no funcionarían en este caso. Tenía que adentrarse en las profundidades de su cerebro y resolver algo.

Conocía los crímenes de Tobias como la palma de su mano. Ella se había devorado los detalles, se había obsesionado con ellos durante años. Cuando Tobias apareció de repente en su vida hacía unos meses, ella profundizó aún más en su pasado. A excepción de Mia, Ella sabía más sobre la historia de Tobias que cualquier otra persona viva.

Él tenía guaridas por todo Washington, D.C., pero sin duda la policía estaría revisando cada una de ellas en estos momentos.

Pero había un lugar.

Nunca se confirmó, pero siempre se sospechó que era una de las guaridas secretas de Tobias.

«Ya puedes irte a consumirte en tu fumadero de *crack*».

Tal vez había hecho precisamente eso.

Ella salió de nuevo por la puerta, con las llaves del coche en la mano.

CAPÍTULO OCHO

Mia recorrió el camino de piedra del cementerio de Todas las almas, y pudo oler el perfume de los drogadictos a quince metros de distancia. Los portones no estaban abiertos, pero las barras de hierro diseñadas para mantener alejados a los curiosos habían sido destrozadas. Lo único que tuvo que hacer fue colarse entre ellas.

El cementerio estaba cubierto de maleza y lápidas erosionadas. No había ninguna lápida de mármol moderna a la vista, solo estaban las viejas tumbas de piedra de una época anterior. Supuso que no había llegado ningún cuerpo nuevo a este lugar en muchas décadas.

Pero había otros cuerpos. Cuerpos vivos. Cruzó el terreno salvaje hasta la parte trasera del cementerio, donde encontró la vieja y conocida torre. Cuando el cementerio estaba en funcionamiento, hacía muchos años, esta torre almacenaba lápidas, equipos de excavación y las herramientas necesarias para el mantenimiento de un cementerio. Ahora era un edificio abandonado, tan deteriorado como las tumbas que lo rodeaban.

Pero había gente dentro. Después de la detención de Tobias, Mia había rastreado sus actividades hasta este cementerio, y fue en esta torre donde encontró algunos de sus supuestos contactos. Por desgracia, no tenía pruebas para arrestar a la gente que había dentro y, además, las personas que encontró allí no eran precisamente mentes criminales. Eran vagabundos, drogadictos, gente que Tobias consideraba descartable. Mia dejó el nombre del

lugar fuera de los registros oficiales, siempre con la intención de volver aquí algún día.

Mia llegó a la puerta de madera, que estaba medio descolgada de su marco. Escuchó atentamente y oyó voces, quejidos y movimiento. Había gente dentro y ella tenía muchas preguntas para hacerles. Decidió que el enfoque brusco era la mejor opción.

Agarró el pomo de la puerta y tiró. Cuando el aire la golpeó, sintió un cosquilleo en el cerebro. Esta gente no se limitaba a fumar un poco de marihuana. Se trataba de algo muy fuerte.

—FBI, que nadie se mueva —gritó Mia. Había tres personas, hileras de colchones, envoltorios de comida rápida, un sofá al que le faltaba el tapizado. Alguien había garabateado extraños dibujos en las paredes. Uno de ellos era un humano con cabeza de conejo.

Los tres caballeros se detuvieron y la miraron fijamente, aunque ninguno de ellos pareció expresar sorpresa. Tal vez las intrusiones de las fuerzas del orden eran normales por allí.

—Necesito hablar con todos ustedes.

De nuevo el silencio. Tan solo hubo miradas vacías por parte de los hombres. Ninguno de ellos estaba en pleno proceso de drogarse porque parecía que ya lo estaban en ese estado.

—Pueden hablar, ¿verdad? —preguntó ella.

—Muéstranos quién eres —dijo uno de ellos. Se levantó del colchón y se dirigió hacia Mia.

Mia sacó su placa del FBI y se la puso en la cara al hombre.

—Ripley. ¿Has vuelto otra vez? —dijo. Se apartó el pelo rubio y desaliñado de la cara, y empezó a jalarsé la barba gris.

—¿Otra vez?

—Viniste aquí una vez. Hace unos quince años.

Mia no recordaba a este hombre.

—Sí, lo hice. ¿Y todavía estás aquí?

El hombre tosió y se limpió la cara.

—¿Por qué iba a irme?

Por muchas razones, pensó para sí misma, pero no mencionó ninguna.

—¿Qué recuerdas de nuestro último encuentro? Seré honesta, yo no lo recuerdo.

—Fuiste una perra —dijo el hombre—. Nos acusaste. Dijiste que éramos parte de alguna banda.

—Me resulta familiar. Tal vez sí lo recuerdo después de todo.

—¿Por qué estás aquí de nuevo, en nuestra casa?

Los otros también se pusieron de pie. Mia los miró. Altos pero flacos. Los años de consumo de drogas probablemente habían inutilizado las habilidades físicas de todos ellos, pero podrían tener armas escondidas en alguna parte. Ella no conocía una guarida de drogas que no tuviera algún tipo de defensa. Mia llevó una mano a su Glock.

—Estoy aquí para hablar de Tobias Campbell.

Los dos hombres de atrás se retiraron y desaparecieron en otra habitación. Su sospecha creció.

—Hace tiempo que no oigo ese nombre —dijo el hombre.

—¿Estás seguro de eso?

—¿Por qué iba a mentir?

—Porque pareces un mentiroso.

La expresión del hombre cambió. Mia leyó sus señales. Le temblaba la pierna, pero eso podía ser resultado de la metanfetamina más que de la culpa.

—¿Por qué él volvería aquí? —preguntó el hombre.

—Así que, ¿sabes que se ha escapado? No parece algo de lo que se enteraría alguien tan recluido.

—Todo el mundo lo sabe.

—¿Cómo te has enterado?

El hombre dudó.

—Alguien me lo dijo. Nicky que está ahí atrás. Él tiene Internet.

Mia escuchó movimientos en la parte superior. Pasos pesados. Deben haber sido los otros hombres buscando refugio.

—Voy a dejar esto muy claro, señor...

—Starks —dijo.

Probablemente no era su verdadero nombre. No le preocupaba.

—Sr. Starks, tenemos un millón de policías buscando a Tobias en este momento. Sospechamos que está en Washington, D.C., y si descubrimos que nos has ocultado algo, tú y tus amiguitos de allí irán a la cárcel.

El hombre dio un paso atrás.

—La última vez no lo lograron. ¿Qué te hace pensar que nos atraparás ahora?

—Amigo, cuanto más hablas, más revelas la verdad. Sé que Tobias vino aquí. Si no, tus amigos no habrían desaparecido cuando mencioné su nombre. ¿Por qué no me dices la verdad y te ahorras muchas molestias?

—Tienes que hablar con el hombre de arriba. Él está a cargo. No yo.

¿Al mando? Eso significaba que aquí pasaba algo, y era algo más que un simple abuso de drogas.

—¿Quién es ese? —preguntó Mia.

—Te lo dije. Nicky. Si quieres algo de nosotros, vas a tener que hablar con él.

—¿Está aquí?

—Tienes que ir arriba. ¿Tienes las pelotas para eso? —siseó.

Mia pasó caminando junto a Starks sin pensarlo dos veces. Atravesó otra puerta maltrecha y subió la escalera de caracol. Recordaba bastante bien la distribución desde la última vez.

En la parte superior de la torre, encontró más de lo mismo. Otra habitación destrozada, llena de escombros y aparatos para el consumo de drogas, pero había más sillas y sofás tirados por ahí. La sala de estar, supuso Mia.

—No tienes pinta de que deberías estar aquí —dijo un hombre. Estaba sentado en uno de los sillones individuales mirando un teléfono celular. Para sorpresa de Mia, estaba bastante presentable. Estaba vestido todo de negro, con unos vaqueros rotos y una camisa ajustada.

—¿Eres Nicky? —preguntó.

—Puedes llamarme como quieras. ¿Quién eres tú?

—Soy la agente Ripley, del FBI. Necesito hablar con la persona que dirige... lo que sea esto.

Nicky dejó el teléfono y se recostó en su silla.

—¿Por qué motivo sería?

—Tobias Campbell. ¿Ha estado aquí?

—No. Siguiendo pregunta.

—Inténtalo de nuevo, y sé sincero esta vez. —A decir verdad, Mia no sabía con certeza si Tobias había vuelto allí, pero la forma más fácil de obtener respuestas era provocar a la gente. Las emociones conseguían mejores resultados que la lógica.

—¿Por qué debería decírselo a una federal? ¿Qué has hecho por nosotros, aparte de invadir nuestra casa?

—Nicky, puedo oler la metanfetamina a un kilómetro de distancia. Lo único que me detiene de cerrar este lugar en una hora es el hecho de que podrías tener información. Así que, ¿qué tal si dejas esa fachada de hombre duro y me das las respuestas que quiero? Cuanto antes hables, antes me iré.

El hombre le indicó que se acercara. Mia caminó con dudas. Sintió que había otras personas revoloteando alrededor, más que los tres hombres que había conocido abajo.

Nicky se levantó cuando Mia se acercó.

—Te lo diré, siempre y cuando me des tu palabra. Nos dejarás en paz. No volverás nunca más. ¿Entendido?

—Por mí está bien —dijo Mia. Le costaría tres lavados quitarse este olor de la ropa.

—Claro, Tobias vino por aquí. Pero le dijimos que se fuera.

Esto era lo que necesitaba. La confirmación. Tobias estaba en Washington, D. C., y eso ayudaba mucho a limpiar el nombre de Ella. Ahora lo único que necesitaba era una prueba.

—¿Cuándo fue esto? ¿Qué quería? —dijo ella, casi gritando.

—Anoche. Cerca de la medianoche. Quería algunas cosas.

—¿Qué cosas?

—Un teléfono. Cuerdas de guitarra. Algunas cenizas. Es un tipo raro.

Mia sabía exactamente por qué quería esos objetos. El teléfono para llamar a la policía después de asesinar a Mark. Las cuerdas de la guitarra para forzar las cerraduras. Las cenizas porque eran parte de su ritual.

—¿Le dieron algo?

—No le di nada. Le dije que se fuera de aquí.

—¿Cómo conoces a Tobias? ¿Por qué volvió aquí, de todos los lugares a los que podía volver?

Nicky levantó las manos.

—Mira, soy nuevo aquí. Solo estoy aquí hace un par de años. No había conocido al hombre hasta anoche, pero algunos de los veteranos me contaron las historias. Antes, esos tipos solían ser sus ojos. Hacían tareas para él. Hacían su trabajo sucio para que ese hijo de perra pudiera esconderse en las sombras. No tengo tiempo para hombres como él.

—¿Dijo algo? ¿Te dio alguna indicación de a dónde podría ir?

—Uno de los otros tipos le dijo que fuera a ver al Coleccionista. No sé su verdadero nombre.

—¿El Coleccionista?

—Un loco que vive en Edgewater. Vende recuerdos de asesinatos o alguna porquería de esas. El tipo está chiflado.

—Bien. ¿Sabes cómo llegó Tobias aquí? ¿Estaba con alguien?

Mia miró a su alrededor y vio que los residentes de esta pequeña guarida se habían agrupado alrededor de la puerta. Contó ocho en total. Estaban apiñados, susurrando entre ellos. Mia sintió que el ambiente cambiaba, como si estuvieran planeando algo.

—Ni idea. No hago preguntas. ¿Quieres un poco? —preguntó Nicky.

Mia entrecerró los ojos.

—No. Esa cosa te matará.

—¿Quieres vivir para siempre?

—Definitivamente no.

—¿Qué tal un trago entonces? —preguntó Nicky—. Algo para quitarte los nervios.

—No estoy aquí para divertirme —dijo Mia—. Solo necesito saber todo lo que pasó contigo y Tobias.

Nicky volvió a sentarse. Colocó un brazo sobre el respaldo del asiento.

—Bueno, mira, Tobias dijo algo que podría interesarte.

—Cuéntamelo. Todo.

—La razón por la que le dije a ese tipo que se fuera al diablo es porque no hace nada por nosotros. Él era un consumidor, no de la misma manera que mis chicos lo son. Consume a la gente para poder seguir siendo invisible. Yo solo trabajo en acuerdos mutuamente beneficiosos.

Mia apretó su Glock. Los otros residentes se dispersaron, pero seguían bloqueando la puerta.

—De acuerdo, ¿y?

—Tobias dijo que nos pagaría una pequeña fortuna si hacíamos algo por él.

—¿Y qué era eso?

—Me temo, cariño, que he estado entreteniéndote. Solo necesitaba ganar un poco de tiempo mientras nos preparábamos.

Mia miró a su alrededor en la habitación y se lanzó a la acción. Se arrinconó contra la pared más lejana y se posicionó para tener una visión clara de todos los que estaban en el antro. Seis balas. Ocho personas. Ella ya sabía cómo se resolvería esto.

—Dijo que nos daría cien mil dólares si matábamos a la agente Ripley —terminó Nicky.

CAPÍTULO NUEVE

Ella saltó por encima de un muro de tres metros y aterrizó en una zona de arbustos. Corrió por la hierba hacia el viejo edificio, con la pistola bien guardada en su chaqueta.

Había pasado por delante de aquel lugar unas cuantas veces, pero nunca había tenido una buena razón para asomarse al interior. Hasta donde sabía, se trataba de una de los tesoros ocultos de Tobias. Él había gestionado numerosas operaciones en todo el país, todas ellas basadas en edificios abandonados, casas de juego y bóvedas subterráneas. Este lugar era uno de ellos, al menos según los rumores.

Y si Bryan Wells también estaba aquí, entonces eso era solo una ventaja.

Dos balas. Dos objetivos. No le importaba si salía viva.

Ella llegó a la destartada puerta y escuchó. Las voces del otro lado resonaban y sonaban con fuerza en lo que ella suponía que era un interior decrepito. Se tomó un segundo para serenarse y repasar su estrategia una vez más. Al principio, lo pediría amablemente. Si eso fallaba, se lanzaría a por todas.

Y si eso fallaba, dispararía sin piedad.

Y eso era solo si estaba Bryan Wells. Si Tobias también estaba allí, entonces dejaría de lado las opciones uno y dos en un santiamén. La muerte era la única opción. Él no merecía una oportunidad de vivir.

Ella tiró de la puerta para abrirla. Había un hombre solitario sentado en una vieja silla. Estaba inhalando algo de una pequeña

botella marrón.

—FBI —gritó ella—. Vengo a ver a Bryan Wells. ¿Está por aquí?

El hombre se puso en pie.

—Lo siento, no puedo dejarte entrar —dijo. Era un tipo escuálido con un gorro de lana y ojos del color del cielo del infierno. Apenas era mediodía y se notaba que ya había estado dándole a la pipa, se dijo Ella.

—¿Perdón? Soy del FBI —dijo.

—Sí, te escuché. Vuelve en otro momento.

Ella extendió la mano hacia su Glock, pero se detuvo cuando escuchó movimientos repentinos que venían de arriba, como si un trueno hubiera golpeado el techo.

—¿Quién está ahí arriba? —preguntó Ella.

—Escucha, tienes que irte. Órdenes del médico.

Ella no podía creer lo que estaba escuchando.

—Voy a contar hasta tres. Empieza a hablar o te romperé las piernas. —Ella no tenía tiempo ni energía para andarse con juegos.

—Ponme a prueba —se rio el hombre.

Ella no se molestó en contar. Se abalanzó sobre el hombre, empujándole el torso con los hombros y logrando levantarlo del suelo. El hombre pateó y le arañó la espalda, pero Ella lo estrelló contra el suelo, justo entre dos colchones sucios. El hombre gritó, arqueó la espalda e intentó levantarse con dificultad. Ella lo agarró por el tobillo y se lo torció en una dirección en la que los huesos no estaban destinados a doblarse. El hombre gritó algo contra el suelo y Ella le permitió hacerlo.

Vivirá, se dijo ella.

Ella se apresuró a atravesar una puerta y subir una escalera. Otra puerta le bloqueó el paso al llegar arriba. La abrió empujándola con el hombro, esperaba ver una habitación llena de los más despreciables de la sociedad.

Eso fue exactamente lo que vio.

Unos diez hombres, armados con bates de béisbol y cuchillos. Todas las miradas se dirigieron en su dirección. Ella sacó su pistola y le apuntó a uno de ellos, su plan de acción se esfumó rápidamente.

—¡Ella, solo dispara! —gritó una voz.

Pensó que la voz estaba en su cabeza. Una manifestación de la voz de Mia, provocada por el estrés, que la guiaba hacia la seguridad.

En ese momento, más allá de la pared de agresores, vio una figura solitaria arrinconada en la esquina.

—¿Mia? —exclamó Ella.

Aquel breve momento de distracción abrió paso hacia un abrupto caos. Ella cruzó una mirada con su compañera, sin saber muy bien cómo había sucedido todo aquello. Sus pensamientos estaban concentrados en el momento, y su principal motivación era seguir viva. Vio cómo Mia, casi en cámara lenta, alzaba su propia pistola hacia los hombres y disparaba una ronda de explosiones ensordecedoras.

Dos cayeron al suelo, agarrándose las heridas. Otros se abalanzaron contra su tiradora. Uno fue a atacar a Ella.

Ella le apuntó a la pierna y disparó, enviando a su posible atacante al suelo. Luego atravesó la habitación, sin estar segura de sus intenciones. No podía disparar su segunda bala hacia la masa de cuerpos por miedo a alcanzar a su compañera, así que su segunda opción era el combate físico.

Recogió un bate de béisbol que estaba rodando por el suelo y se unió a la batalla. Había tres hombres de pie enterrándole las garras a la mejor agente secreta del FBI. Mientras los cuatro cuerpos se balanceaban como un organismo gigante con sus extremidades al viento, Ella no tenía certeza de que sus esfuerzos ayudarían o si entorpecerían las cosas, pero haría cualquier cosa para salvarle la vida a su compañera.

El bate le resultaba ligero en las manos, producto de la adrenalina. Lo estrelló contra la columna vertebral de uno de los hombres, una, dos veces, posiblemente dejándolo lisiado para el

resto de sus días. Él cayó al suelo y Ella le dio otro golpe en la cabeza para mantenerlo inmovilizado.

Mia se separó del montón y se alejó de sus atacantes, dejando brevemente a su compañera en la línea de fuego. Ella blandió el bate como una profesional experimentada, golpeó a uno de los atacantes en la cara y le hizo añicos los pómulos. Sintió el rebote en las palmas de las manos y en los antebrazos, lo que le indicó que el pobre caballero que había recibido el golpe no se levantaría pronto. El hombre se desplomó contra el suelo, agarrándose la cara y gimiendo de dolor.

Quedaba una persona. Un hombre al que todavía no había visto. Un maníaco con un cuchillo cuyo nombre ya conocía.

El hombre que tenía delante era Bryan Wells.

Pero Ella no podía decir nada. Si lo hacía, Mia se daría cuenta de que algo estaba ocurriendo.

Bryan atacó, arremetiendo con su cuchillo hacia el abdomen de Ella y fallando por milímetros. Ella se apartó y se preparó para golpear, pero Bryan dio una vuelta brusca y alcanzó a darle en la cadera con el cuchillo.

El repentino dolor la dejó sin aliento y perdió toda su energía, pero entonces se oyó otro disparo. Mucho más apagado esta vez, porque Ella aún tenía los tímpanos destrozados por los anteriores.

Bryan Wells cayó al suelo abatido, con la sangre brotándole del cuello como si fuera una fuente.

Ella observó la mirada que tenía. Acristalada, distante, no presente.

Entonces vio morir a Bryan Wells.

—Qué oportuna, Dark —dijo Mia.

Ella se retiró al rincón donde había estado Mia y observó la escena. Nada de todo aquello parecía real. Otra alucinación para el montón.

Los cuerpos que se retorcían yacían en el suelo, todos se movían excepto Bryan Wells. Parecía una fosa común, pero una fosa en la que la mayoría de los ocupantes seguían esperando su muerte. Ella

sabía que no percibiría la realidad de esta escena hasta que estuviera alejada de todo aquello.

—Genial —dijo una voz—. Han matado a mis chicos. Bien hecho.

Ella miró hacia la fuente y vio a un hombre sentado solo en un sofá, tan tranquilo como un pescador en primavera. Incluso después de toda la locura, no había movido ni un músculo.

—Sobrevivirán. Excepto él. —Señaló con la cabeza a Bryan.

El sospechoso de Ella estaba muerto y no sabía cómo sentirse al respecto. ¿Esto era justicia real?

No. No era bueno. Nunca podría haber una confesión. Las pruebas de ADN podrían no ser suficientes. ¿Y si Bryan Wells era inocente?

Había demasiadas preguntas.

El hombre del sofá se levantó, con los brazos en alto.

—Supongo que me voy con ustedes —dijo. Claramente no era su primera vez.

—No te muevas. No vas a ir a ninguna parte.

Él regresó a sentarse.

—Sorprendente.

—Creo en lo que me has dicho —dijo Mia—. Pero quiero que me escuches atentamente. Quédate aquí, y si Tobias vuelve, me lo dirás inmediatamente. —Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta, sacó una tarjeta de visita y se la arrojó al tipo—. ¿Está claro?

Él cogió la tarjeta de visita sin mirarla y luego suspiró.

—Como el agua, supongo.

Mia caminó entre los cuerpos caídos hacia la puerta. Llamó a Ella para que la acompañara. Ella bordeó la habitación hasta encontrarse con Mia en la salida.

—Quizá quieras traer a un forense.

El hombre se encogió de hombros.

—No es nuestra primera baja. Lo disolveremos en el baño.

La indiferencia de este tipo por el bienestar de sus colaboradores perturbaba a Ella más que el caos que acababa de aguantar. Supuso

que así funcionaban las cosas en lugares como este. Colegas desechables, solo números en el gran esquema de las cosas.

—Te asegurarás de decírselo a su familia, ¿verdad? —preguntó Ella.

El hombre se rio.

—¿Familia? Nosotros éramos su familia.

Algunos de los hombres heridos empezaron a removerse, algunos encontraron la energía para levantarse. Ella sabía que era hora de salir de allí. Rápidamente, examinó a todos los que estaban en la sala. Todos se movían, todos sangraban. Ninguno parecía estar al borde de la muerte, por suerte.

—Vamos, Dark, tenemos que irnos.

—Adelante —dijo el hombre.

Las agentes volvieron a bajar las escaleras, pasando por la primera víctima de Ella. Él también había logrado levantarse hasta quedar sentado.

Y volvieron a salir al aire libre, lejos de los apestosos intoxicados que contaminaban el interior de la torre.

Las agentes se miraron por un momento.

—Tenemos que hablar. Mi coche está aquí —señaló la puerta.

—Tu otro coche está allí —asintió Ella.

—Vuelve a mi casa. No podemos quedarnos aquí.



Se reunieron de nuevo junto al Audi de Mia en el camino de entrada a su casa. Ella tenía muchas preguntas, pero estaba segura de que Mia también tenía otras tantas.

—Explícate, Dark. Se supone que estás encerrada. ¿Cuánto tiempo ha pasado, una hora?

Ella se apoyó en el baúl y levantó las manos. No podía contarle a Mia lo de las llamadas extrañas. ¿Y si la persona que llamaba la observaba, la escuchaba? ¿Y si había pinchado su teléfono? Era su

responsabilidad salvar vidas y si guardar silencio lo conseguía, no tenía muchas opciones.

Y ciertamente no podía mencionar que Mia acababa de matar a su sospechoso a tiros.

—Lo siento, me sentía muy inútil sentada aquí de brazos cruzados. Estaba pensando en Tobias, y recordé algo sobre el cementerio de Todas las almas. Estaba dentro del radio de cincuenta kilómetros, así que quise comprobarlo y ahorrarte algo de tiempo.

—¿Y no podrías haberme llamado? —preguntó Mia—. ¿Sabes lo sospechoso que se ve esto? Si alguno de esos tipos menciona que estuvimos allí, estamos acabadas. ¿Lo sabes? Se supone que ni siquiera debemos investigar esto.

—¡Nunca imaginé que intentarían matarnos! —dijo Ella.

Mia puso la mano en el capó del Audi.

—Yo tampoco. Pero debería haberlo sabido. No se puede predecir a la gente así.

Ella recordó los últimos momentos en el interior de la torre.

—Cuando estuvimos allí dijiste «si Tobias vuelve».

Mia miró a Ella como si estuviera ocultando un secreto e se hizo sonar cada uno de los dedos, uno por uno.

—Eso dije. Según el responsable, Tobias les había hecho una visita.

El cuerpo de Ella se tensó. Sentía como si sus articulaciones se hubieran convertido en hierro.

—¿Estuvo allí? ¿Es seguro que está en Washington? —gritó.

—Eso fue lo que dijo Nicky, pero no sé qué tan fiable sea.

—¿Por qué iba a mentir? —preguntó Ella.

—Porque es un barón de la droga.

—Cierto, pero seguramente se estaría arriesgando más al mentirte.

—Supongo. Dijo que Tobias les pagaría si me mataban. Por eso ocurrió ese pequeño altercado ahí dentro. Por cierto, ¿estás bien?

Ella recordó su primera llamada telefónica con Tobias. Él había tratado de coaccionar a Ella para que matara a Mia también. Revisó

su herida y se dio cuenta de que lucía mucho peor de lo que se sentía.

—Apenas puedo sentirla —dijo Ella—. ¿Tú estás bien?

—Absolutamente bien. Salí ilesa.

—Has matado a un hombre de un disparo. ¿Te sientes bien?

—Era él o tú. Solo quería herirlo, pero ya sabes cómo son las cosas. Esto no es *ballet*.

Ella no podía negar su lógica, pero Mia tenía una visión mucho más despreocupada de las fatalidades que ella. Ella llevaba seis meses en el oficio y había conseguido hacerlo sin matar a nadie. Lo consideraba un éxito.

—Entendido. Por cierto, ¿cómo encontraste a Todas las almas?

—¿Cómo lo encontré? Fui yo quien lo descubrió hace años. Harry en la oficina dijo que Todas las almas era uno de los tres columbarios en Washington, así que eso me hizo pensar.

—¿Descubriste algo? ¿Alguna idea de dónde podría estar escondido Tobias?

—No mucho. Conseguí un pequeño dato, pero nada importante.

—¿Qué cosa? —preguntó Ella.

—No es de tu incumbencia. Tienes que quedarte en casa.

Ella respiró profundamente.

—Vamos, Ripley. Dijiste que, si tenías alguna pista, me lo dirías.

Mia se rascó la cabeza.

—De acuerdo, pero nada de persecuciones. Sí, me has salvado el pellejo hace un rato, pero podría haberme encargado yo misma.

Ella lo dudó, pero no expresó su opinión.

—De acuerdo, no perseguiré más a Tobias.

—El tipo dijo que Tobias podría ir a ver a un tipo al que llaman el Coleccionista. No sé quién es, así que no preguntes.

Ella nunca había oído el apodo, pero estaba intrigada.

—No me suena el nombre, pero ¿me mantendrás informada?

—Sí, lo haré. Ahora entra. Si alguien pregunta, nada de esto ha ocurrido.

Ella avanzó por el camino de entrada y luego se dio la vuelta. Aún tenía algo más que decir.

—Ripley, tal vez no deberíamos mantener esto en secreto. ¿No estamos caminado sobre cáscaras de huevo? ¿Más cáscaras de huevo? ¿Por qué no le decimos a Edis lo que pasó?

—No. Tú ya estás en la cuerda floja y yo también lo estaría. Si confesamos esto, podemos despedirnos de todo. Si fuéramos parte de una investigación activa entonces estaríamos bien. Pero no lo somos. Somos agentes rebeldes. Edis no se lo tomará muy bien.

—Pero ¿cómo podemos mantenerlo en secreto? Alguien se va a enterar en algún momento.

Mia negó con la cabeza.

—Lo dudo. ¿Crees que algunos narcotraficantes se pondrán en contacto con la policía y les dirán que el FBI ha invadido su lugar? Hasta donde saben esos drogadictos, la policía está de nuestro lado.

Ella repasó todas las líneas temporales en su cabeza y no pudo pensar en un escenario en el que Mia estuviera equivocada. Había una cuestión, pero era menor.

—¿La fuerza especial no irá a Todas las almas por su cuenta?

—Lo dudo. El columbario de Todas las almas no se menciona en ningún archivo oficial. —Mia desbloqueó su coche—. Basta de hablar. Tengo que localizar a este desgraciado. Si sales de las instalaciones, te espera una reprimenda.

Ella desbloqueó la cerradura y pulsó el código para abrir la puerta principal.

—Buena suerte.

—Gracias. Recarga la pistola. La munición está en el armario del dormitorio.

—Ya me encargo de ello. Hasta pronto —dijo Ella.

Mia se marchó y Ella volvió a entrar. Subió las escaleras, localizó las balas y cargó su 23 hasta el límite. Luego entró en la habitación libre de Mia, se sentó en la cama y se quedó mirando el techo blanco.

Mia tenía razón. La realidad del asunto cobró fuerza, como una tormenta en una noche sofocante. Tobias estaba en la ciudad. Una chica muerta yacía en la puerta de un hospital. Un hombre acababa de perder la vida delante de ella. ¿Esta era su vida ahora? ¿Muerte y tragedia a cada instante?

Lo único bueno de todo aquello era que se había hecho justicia con un posible asesino. Aunque no fuera de la forma más ideal, si la muerte de Bryan significaba que a la larga se salvarían más vidas, que así fuera.

Ella cerró los ojos y sintió que se adentraba en el sueño. Apenas era el mediodía, pero se sentía como si llevara varios días despierta.

A partir de entonces, el plan era sencillo. Esperar a que se acabaran sus problemas. Si Mia podía confirmar que Tobias definitivamente estaba en Washington, tal vez con las imágenes de algunas cámaras de seguridad, eso ayudaría mucho a limpiar su nombre.

El sueño la provocó, pero se apartó en el último segundo.

Su teléfono sonó.

Ella cerró los ojos, rezando para que fuera su imaginación.

No. Sintió las vibraciones contra el muslo.

Lo sacó suavemente con dos dedos, el miedo hizo que se le resbalara. Lo agarró y miró el número.

No había ninguno.

«LLAMADA DESCONOCIDA».

El miedo la asfixió. Más preguntas le invadieron la mente.

Una vida podría estar en juego.

No tuvo más remedio que contestar.

En cuanto la llamada se inició, el interlocutor habló.

—¿Recibiste mi nota? —preguntó la voz.

CAPÍTULO DIEZ

Ella se levantó precipitadamente de la cama y pasó corriendo por todas las ventanas del último piso de la casa. Tenía que comprobar que no hubiera nadie en el exterior.

Se había equivocado. Eso significaba que Bryan Wells no estaba involucrado en este juego en absoluto. Él era inocente de este crimen, pero había pagado el precio con su sangre a pesar de todo. Ella se recompuso, asimilando su error, su fracaso. Por lo que había hecho, se sentía que era tan abominable como el interlocutor anónimo.

—Recibí tu nota —le respondió.

—¿Y lo has hecho? —preguntó la misma voz, robótica e inhumana.

—¿Descubrir quién eres? No. Pero lo haré.

—¿Estás segura de eso?

—Sí, lo estoy. ¿Qué quieres de mí? —preguntó Ella.

—Quiero que me demuestres que eres tan buena como dicen. Te sigo desde hace tiempo, pero cada vez que te veo en las noticias, siempre tienes a tu lado a esa pelirroja.

—Esa es mi compañera.

—Sé quién es. Es muy fácil quedar como un genio cuando estás junto a una de las mejores agentes del FBI, ¿no es así?

Ella se quedó en la planta alta. Desde allí había más puntos de observación por si llegaba algún intruso indeseado. Sostenía su teléfono en una mano y la Glock en la otra.

—Resolví tu acertijo yo sola, ¿no?

—Sí, lo hiciste. Porque no tenías otra opción. Esa pelirroja te ha dejado sola, ¿verdad?

Ella analizó el comentario. Cuanto más hablaba esta persona, más parecía que era alguien que la conocía. A menos que estuviera haciendo afirmaciones vagas con la esperanza de que Ella las readaptara a su situación.

—Puedo sobrevivir sin ella, gracias.

—Probablemente esté persiguiendo esa espina que tiene clavada, ¿no? El que se le escapó.

Ella esperó unos segundos.

—Algo me dice que yo misma podría estar hablando con esa espina ahora mismo.

El interlocutor soltó una carcajada, y luego un suspiro pesado y mecánico.

—No, no lo estás haciendo. No soy Campbell, ni uno de sus representantes.

—¿Por qué no encuentras una forma de demostrármelo?

—Buen intento, pero es en vano. ¿Esa pobre chica detrás del hospital? Ella fue mi primera.

Información. Eso necesitaba Ella. Pero no tenía ni idea de lo que era verdad y lo que no.

—¿Tu primer asesinato?

—Oh, sí. ¿Alguna vez has quitado una vida, Srta. Dark? Es muy emocionante.

—No, no lo he hecho. No soy como tú.

—Sí, lo eres. Eres exactamente como yo. Estás haciendo esto por los juegos, las persecuciones y las emociones. Sabes que ninguna vida normal podría superar la euforia que conlleva el heroísmo.

Si su interlocutor estaba diciendo la verdad en cuanto a que realmente no era Tobias, entonces eso significaba que ella tenía dos psicópatas pisándole los talones. Además, si no estaba relacionado con Tobias, entonces eso abría posibilidades aún más siniestras.

—¿Cómo me has estado siguiendo? ¿Has leído mis casos en los periódicos? Porque esas cosas no cuentan ni la mitad de la historia.

—No seas tonta. Te he visto de cerca. He estado a tu lado, te he observado. Tus mechones de cabello negro azabache me huelen a gloria.

La invadió un malestar repugnante en el estómago. Había estado en contacto con esa persona, y podría haber sido en cualquier lugar, en cualquier momento. Recordaba vagamente haber chocado con alguien en la calle hace unos días, y el hombre se había mostrado patéticamente apenado por el incidente. Casi demasiado arrepentido. ¿Podría haber sido él?

Se quedó callada y quiso que el interlocutor continuara. No podía enterarse de nada nuevo si era ella la que hablaba.

—¿Supongo que no le has contado a nadie sobre nuestro pequeño juego? —preguntó él.

—No.

—Bien. Bueno, ¿por qué no dejas que la señorita Ripley se preocupe por Tobias Campbell? Estoy segura de que es muy capaz de manejarlo ella sola.

—¿Tú lo crees? —preguntó Ella.

—Lo sé por experiencia.

Ella puso su teléfono en altavoz y rápidamente accedió a su aplicación de grabación de voz. En el momento, se había olvidado de documentar todo.

—¿Por experiencia? —preguntó. Ella tuvo la impresión de que este interlocutor era otra de las capturas pasadas de Mia.

—Sí, pero nunca me atrapó. Mia no te habla de los casos en los que fracasó, ¿verdad?

Ella trató de alterar a su interlocutor. Las emociones siempre decían más que las palabras.

—Sí. Todo el tiempo. Y cuando ella termine con Tobias, me ayudará a encontrarte a ti.

—Lo dudo mucho. Pero basta de hablar de la señorita Ripley. Tú ya tienes suficientes problemas de los que ocuparte.

Ella intuyó hacia dónde se dirigía la conversación. Parecía indicar que iba a tener que romper su promesa de quedarse en casa otra

vez.

—¿Cómo cuáles? —preguntó.

—Tu próximo acertijo. Hay otro cuerpo en juego. ¿Estás lista?

Volvió a comprobar la aplicación de su grabadora. Todo estaba siendo registrado, pero ella tenía algunas cosas que decir.

—¿Por qué debería hacerlo? Rompiste las reglas. ¿Qué te impide volver a hacer exactamente lo mismo? Si no vas a jugar limpio, entonces yo tampoco.

—¿Quién dijo que los juegos eran limpios? Créeme, de verdad quieres romper mis reglas, porque estarías poniendo muchas vidas en peligro.

Ella odiaba las amenazas vagas más que nada en el mundo.

—¿Se supone que debo creer en tu palabra? —preguntó.

—No. Sigue jugando y verás a qué me refiero.

Ella se apartó el teléfono de la oreja y maldijo contra la pared. No podía llevarle la contraria por miedo a que dijera la verdad.

—El primer acertijo era una prueba —continuó él—. Era bastante fácil. Cualquier fanático de los crímenes reales lo habría resuelto. Pero este es un poco más... específico.

—Bien. Te escucho. —Ella despejó su cabeza y se concentró en el momento. Cerró los ojos y aisló todo excepto las palabras mecánicas que viajaban por sus canales auditivos.

—Vuelve al principio, imitando sus juegos. Dos cinturones diferentes, dos objetivos diferentes.

Ella comenzó a pasearse por la habitación. Las palabras suscitaron un sinfín de imágenes, todas ellas entrelazadas en una gigantesca esfera de posibilidades. Dejó el teléfono a un lado y empezó por el principio.

—Dos horas —dijo la voz. Ella lo ignoró. Entonces la comunicación se cortó.

Ella bajó corriendo las escaleras y cogió el cuaderno de notas de su bolso.

Tenía una idea de qué se trataba esto.



Ella estuvo estudiando las palabras durante veinte minutos mientras patrullaba la planta baja de la casa. Anotó los pensamientos a medida que se le ocurrían.

«Vuelve al principio».

¿Al principio de qué? ¿Al principio de su vida? ¿Al principio del tiempo? No había pistas.

«Imitando sus juegos».

Su interlocutor no habría usado la palabra imitar si no fuera crucial. Podría haber usado otros cien términos más. Copiar, impostar, emular, simular. Imitar era la pista aquí.

Y tenía sentido, porque en el mes de noviembre del año pasado, la palabra imitar estaba grabada en su cerebro. Su primer caso como agente de campo fue el de un asesino en serie que imitaba a otros asesinos en serie en Luisiana. Después de atraparlo, la prensa lo apodó el Imitador.

Su primer caso.

«Vuelve al principio».

Ella golpeó la mesa con el puño.

—Eso es —exclamó—. Se refiere a mi primer caso en este trabajo.

¿Pero qué hay con eso? Ocurrió a diez estados de distancia, en el sur profundo. Recordó los datos rápidos del caso. El Imitador había copiado los crímenes de cinco famosos asesinos en serie: Ed Gein, Edmund Kemper, Richard Ramírez, Jeffrey Dahmer y John Wayne Gacy. Ninguno tenía vínculos con Washington D.C.

«Dos cinturones diferentes».

Cinturones. Algo para mantener los pantalones bien puestos. Un título de campeón. Un cinturón podía significar un montón de cosas. Trató de pensar en su primer caso, pero nada la atrajo inmediatamente.

Volver al principio. Al mismísimo principio. Había una conexión, pero apenas era tangible. Uno de los asesinos que el imitador había copiado era Ed Gein, y él había hecho un cinturón con pezones humanos. Eso era todo.

Anotó los componentes principales.

Luisiana.

Primer caso.

El Imitador.

Cinturones.

Ed Gein.

Se masajeó las sienes. Nada de lo que escribió hablaba de Washington, y tuvo que asumir que estaba buscando otro lugar en la ciudad.

«Dos objetivos diferentes».

El Imitador tenía como objetivo copiar crímenes famosos, muy similar a lo que estaba haciendo este asesino. La meta de Ed Gein era resucitar el espíritu de su madre muerta.

Pero la persona que llamó mencionó dos cinturones, dos objetivos. ¿Quién era la segunda persona a la que se refería?

Ella se levantó como un rayo de su asiento, consumida por la frustración. Ya habían transcurrido veinticinco minutos de sus dos horas, y aún le quedaba un viaje por hacer, fuera cual fuera su destino. Corrió y bebió un enorme vaso de agua, y luego se echó un puñado de agua fría en la cara y el pelo. El poco maquillaje que tenía se le corrió por las mejillas y el cuello.

Tenía que reconsiderar todo esto. A diferencia del primer acertijo, no había ninguna pista que delatara nada. El primer acertijo

mencionaba objetos físicos: una nota, unos zapatos, una parada de autobús. Este acertijo era abstracto, intangible. El único objeto físico era un cinturón, pero no tenía nada con lo que combinarlo.

Ella volvió a coger su cuaderno de notas y garabateó el primer acertijo. Tendría que diseccionarlo pieza por pieza y luego compararlo con el segundo.

«Hay una nota en su bolsillo, y sus zapatos están desatados.
Encuétrame donde un Otlá va hacia atrás. Noviembre de 1971».

Las dos primeras líneas hacían referencia a la víctima. Ella tenía una nota en su bolsillo y sus zapatos estaban desatados. Si el segundo acertijo seguía el mismo formato, entonces las dos primeras líneas también harían referencia a una víctima potencial.

«Vuelve al principio, imitando sus juegos».

Dividió las líneas, dibujando un círculo alrededor de ellas y escribiendo víctima al lado.

«Encuétrame donde un Otlá va hacia atrás».

Esta línea había sido un juego de palabras. Había señalado un lugar. Eso significaba que «dos cinturones diferentes» también hacían referencia a una ubicación en algún lugar de Washington. Lo marcó con un círculo e hizo una nota.

«Noviembre de 1971».

El mes y el año del ataque. Algo evidente, así que no había forma de que «dos objetivos diferentes» significaran lo mismo.

Tal vez esta teoría también era un fracaso. Tiró el cuaderno de notas al sofá y apretó los labios para no gritar. Eso no la llevaría a ninguna parte.

—Mantén la calma —dijo—. Puedes resolverlo.

El único componente del acertijo que podría hacer referencia a un lugar era la palabra «cinturón». No podía ser otra cosa.

Se concentró únicamente en esa palabra y luego trató de relacionarla con cualquiera de las otras imágenes que invadían su mente.

En el primer acertijo, el asesino había sido literal con sus pistas. Literalmente, había una nota en el bolsillo de la víctima. Sus zapatos estaban literalmente desatados. ¿Tal vez estaba analizando este nuevo acertijo de manera demasiado figurada?

Tal vez no era un cinturón de los que se ponen en la cintura. Tal vez no era un cinturón de peso pesado.

¿Y si era un tramo de tierra?

El Cinturón de la Biblia.

La ruta Beltway, porque «belt» en inglés que es «cinturón».

—Maldita sea —gritó Ella, apretando el puño—. Por supuesto. Dos cinturones diferentes. El Cinturón de la Biblia a través de Luisiana, y la ruta Beltway a través de Washington.

Volvió a retomar sus apuntes, borró su trabajo anterior y empezó de nuevo. En cuanto escribió la palabra «beltway», se dio cuenta.

—Los francotiradores de Washington D.C. —gritó—. Los asesinos de la ruta Beltway. A eso se refiere.

En octubre de 2002, dos agresores llevaron a cabo una serie de ataques del tipo francotirador en Washington, Maryland y Virginia. Antes de eso, también habían robado y asaltado a personas en otros ocho estados.

—Luisiana. Los francotiradores mataron a dos personas en Luisiana. Dios mío, esa es la referencia.

Ella no necesitó hacer más anotaciones. Sabía que tenía el punto de partida y el resto empezaba a tomar forma.

—Ruta de Beltway. Objetivo. Habla de disparar a alguien a distancia. Literalmente tenerlos en el objetivo.

¿Pero dónde? Los francotiradores de Washington mataron a 17 personas e hirieron a muchas más. Podría ser una referencia a cualquiera de ellos.

Tenía que ser el crimen de Luisiana, de lo contrario no se habría referido al Imitador.

Cerró los ojos y recordó los detalles de aquel suceso en particular. Hacía años que no pensaba en el caso, pero todo estaba guardado en su banco de memoria.

23 de septiembre de 2002. Una mujer había sido asesinada de un disparo en la puerta de una tienda de belleza. Beauty Depot, según recordaba Ella. Una cadena de franquicias de tiendas en todo el país.

Cogió su computadora portátil y buscó si había algún Beauty Depot en Washington.

Ninguno.

Solía haber uno en la calle Georgia, pero ya había cerrado. Al parecer, ahora era una ferretería.

Ella se quedó helada. Repasó el acertijo una vez más.

Un segundo después, volvió a desafiar las órdenes que le habían dado.

CAPÍTULO ONCE

Desde su posición estratégica, las personas de abajo parecían hormigas.

Él sentía que tenía acceso a cada persona en la ciudad. Oficiales de policía, agentes del FBI, políticos corruptos, incluso el presidente si tenía suerte. Allí arriba, se elevaba por encima de la gente mundana y podía eliminar a quien quisiera. La máquina frente a él tenía un alcance de 2000 metros. Desde allí, podía ver hasta la avenida Pennsylvania.

Pero solo había una persona que le interesaba. La agente Dark. La había visto pasar de ser una completa don nadie a la chica estrella del FBI, y ahora que toda su vida se desmoronaba alrededor de ella, era el momento perfecto para poner en marcha su plan.

Aparentemente, ella sabía sobre asesinos en serie. Desde asesinos del siglo XIX hasta los monstruos de hoy en día, y eso hacía que valiera la pena interesarse por ella. No podía leer ninguna discusión en Internet sin que el nombre de Ella apareciera en alguna parte, como si fuera una especie de autoridad en la materia. Eso sin contar con que ella estaba haciendo trampa. Según los rumores, tenía una memoria fotográfica, por lo que podía memorizar cualquier cosa sin tener que esforzarse. No importaba si eran asesinos en serie o modelos de trenes. Las cosas se le quedaban grabadas en la memoria sin ningún esfuerzo.

La chica era defectuosa, no dotada, y a él no le parecía bien.

Él tenía tantos conocimientos como ella, pero a nadie le importaba. Porque él no era una chica joven y bonita, porque no

hacía alarde de ello para llamar la atención. Se había pasado toda su vida construyendo su palacio de la memoria de asesinos en serie, pero una perra le robó el protagonismo justo cuando estaba a punto de triunfar.

Y sabía más que ella, también. Ella podía recordar los nombres y los números, pero él conocía los detalles más pequeños, las conexiones menores, los elementos que se habían perdido con el tiempo. Él era mejor que ella en todos los sentidos, pero era ella la que acaparaba toda la atención.

Las cosas no debían ser así, así que tenía que hacer algo drástico. Poner a prueba a esta chica, empujarla hasta sus límites y, en última instancia, demostrarle que no era tan buena como pensaba.

Pero los asesinos en serie ahora eran una industria, y las industrias eran transitorias. Los detectives que atraparon a Ted Bundy habían fallecido y ya nadie recordaba sus nombres. Pero Bundy también había fallecido y todavía vivía en el zeitgeist de la cultura estadounidense.

Eso era lo que lo diferenciaba de la señorita Dark. Él había trascendido el mero conocimiento y se había convertido en la misma cosa que le obsesionaba, y cuando todo esto terminara, todo el mundo recordaría su nombre hasta mucho después de que estuviera a dos metros bajo tierra.

Lo mejor de todo era que nadie recordaría a la chica. Moriría como una heroína y la gente la lloraría durante 24 horas, luego su nombre se desvanecería de la memoria colectiva como de su propia lápida. El bien que hacían los hombres quedaba enterrado con sus huesos, pero el mal que hacían perduraba en el tiempo.

Él mantenía un ojo en la ubicación y otro en sus alrededores. Dudaba que alguien lo encontrara allí arriba, pero era conveniente ser precavido, sobre todo teniendo en cuenta lo escurridiza que podía ser la señorita Dark. Hasta ahora, ella había jugado honestamente, pero siempre existía la posibilidad de que desobedeciera las reglas y solicitara refuerzos.

Como compensación, él también había sido honesto con ella. La chica que había matado ayer era su primera víctima y la experiencia había cambiado su perspectiva casi de la noche a la mañana. Todo aquel caos fue obra suya, y el viaje de poder no se parecía a nada que hubiera sentido antes. Era un subidón que ni siquiera las drogas de clase A podían proporcionarle, y aunque había abandonado el hábito recientemente, esta nueva sensación lo invitaba a lanzarse hacia nuevas indulgencias.

También había sido sincero sobre su breve interacción. Realmente había visto a la señorita Dark en persona, pero solo una vez. No había sido un accidente que estuvieran en el mismo lugar al mismo tiempo, porque él había investigado, había esperado y se había involucrado en la situación para que sucediera. Pero, por supuesto, la señorita Dark nunca le daría la hora a alguien como él, y su encuentro había sido breve y no había tenido ni un intercambio de palabras.

Desde que se fijó en ella, su obsesión había crecido aún más. Había pasado muchas noches mirando hacia la ventana de la habitación de Ella desde los campos que había detrás de su apartamento. Pasaba los viernes por la noche en la taberna que había al final de la calle, esperando que volvieran a estar en el mismo lugar y a la misma hora. Tenía mucho que decirle, pero no sabía cómo hacerlo, así que este juego era la única forma de comunicarle sus necesidades.

Salió de su palacio mental y se concentró en el presente. Solo faltaba una hora para que la señorita Dark reprobara su prueba, y había hecho que el segundo acertijo fuera mucho más difícil que el primero a propósito. Si era tan buena, nada sería demasiado difícil para ella.

Esta vez no habría secuestro. Nada de paseos a primera hora de la mañana para encontrar una víctima adecuada. Tenía todas las víctimas que necesitaba frente a él y no importaba cuál de ellas muriese. Lo único que necesitaba era un público de una sola persona.

Sesenta minutos y contando.

CAPÍTULO DOCE

Ella encontró la avenida Georgia cuando quedaban diez minutos en el reloj. Abandonó el coche en la acera y se apresuró a recorrer la calle, con el corazón palpitando dos veces por cada paso.

Se paró frente a la tienda que una vez fue un Beauty Depot. Ahora era una ferretería.

Este era el lugar. Tenía que serlo.

Al menos, eso era lo que se decía a sí misma. Era el único vínculo que tenía entre todas las pistas del asesino.

Él le había dicho que volviera al principio, su primer caso en el trabajo. La primera escena del crimen a la que acudió fue en una ferretería de Luisiana. El autor del crimen era el Imitador, y este asesino ahora imitaba los mismos juegos.

Dos cinturones diferentes. El primer crimen había sido en el Cinturón Bíblico, este crimen estaba teniendo lugar en la ruta Beltway. No solo eso, sino que el cinturón también era una referencia a la escena del crimen del Imitador, porque el asesino al que copiaba se había hecho un cinturón con partes del cuerpo humano.

Dos objetivos diferentes. Fuera de un Beauty Depot en Luisiana, los francotiradores de Washington se cargaron a una víctima con un disparo a distancia. Literalmente, la tenían en su objetivo de tiro.

La avenida Georgia estaba abarrotada y ajetreada en el calor del mediodía. Trabajadores, compradores, viajeros, turistas. Se paró frente a la ferretería y buscó cualquier señal de que pudiera estar en

el lugar correcto, pero en todas las direcciones reinaba la normalidad. Ella comprobó los alrededores del edificio en busca de cuerpos, notas, pistas. Todo parecía en orden. Nada destacaba en absoluto.

Unas cuantas miradas curiosas se dirigieron hacia ella y era comprensible. Era una mujer que inspeccionaba paredes, canaletas y grietas como una lunática desquiciada.

En los alrededores había mucho tráfico de personas, así que no había un solo lugar donde alguien pudiera esconder un cuerpo. Y si no fuera un cuerpo, cualquier otro tipo de mensaje. Alguien lo habría encontrado mucho antes de que ella llegara.

Tal vez ese era el problema, se dijo. ¿Y si había tardado tanto en encontrar este lugar que lo que la esperaba ya había sido retirado por alguien?

Ella pensó en la primera escena. Cuando llegó allí, el asesino había contactado con ella. La destinación era solo la primera parte del rompecabezas y el cuerpo real había estado en otro lugar. Si esto era igual, lo único que podía hacer era esperar una llamada.

Ella miró la pantalla de su teléfono, deseando que sonara. Por un milagro, lo hizo.

—Estoy aquí —gritó. Los transeúntes la miraron nuevamente—. ¿He acertado?

—¿Acertar qué? —preguntó la voz.

No era el asesino.

—Ben —dijo ella—. Nada. No puedo hablar ahora. —Colgó y volvió a la tarea que tenía entre manos. Ella miró la hora. Faltaban siete minutos para la hora límite.

A pesar del sol del mediodía, esa zona de la calle estaba envuelta en sombras. Los altos edificios que la rodeaban bloqueaban la mayor parte de la luz. Ella pensó de repente en el caso de los francotiradores de Washington, y varios de estos edificios eran las ubicaciones reales desde las que operaban.

—Dios mío —gritó.

Entonces se dio cuenta. Sin dudas estaba en el lugar correcto, pero no iba a haber ningún mensaje esperándola. El mensaje iba a ser entregado mientras ella estuviera presente.

La gente miraba a la joven enloquecida que hacía una escena en medio de la calle. Cruzaban la calle para evitar el contacto con ella y sus miradas rápidas se convertían en expresiones de rechazo.

Alguien en aquella calle iba a morir.

—Todos, tienen que escucharme —gritó Ella—. Tienen que salir de esta calle inmediatamente.

Una mujer con un carrito de bebé pasó junto a ella.

—Señorita, salga de aquí. Por favor —gritó Ella—. No están a salvo. Van a dispararle a alguien.

La mujer miró a Ella como si acabara de escapar de un manicomio. Aceleró el paso para escapar de la desquiciada mujer.

Todas las miradas se dirigieron a ella y luego se apartaron rápidamente. Ella empezó a sentirse impotente, como si nada de lo que dijera lograra convencer a esa gente. La locura era un lenguaje con el que los habitantes de Washington estaban demasiado familiarizados, por lo que esta gente no tendría motivos para pensar que el terror de Ella era auténtico. En una ciudad llena de dementes gritones, sus gritos sinceros no significaban nada.

—Alguien va a morir. Hay un francotirador aquí —gritó—. ¿Pueden oírme? —Se puso frente a una pareja joven que se encontraba cerca—. Por favor, regresen por el otro lado. Hay un tirador en alguna parte. Va a abrir fuego.

Ambos sonrieron torpemente.

—De acuerdo —dijo la chica y siguieron su camino.

—Estoy hablando en serio —dijo Ella, agitando los brazos—. Todos deben salir de aquí ahora. Alguien va a dispararle a uno de ustedes, a cualquiera de ustedes.

Proyectó su voz lo más lejos posible y logró que la gente a cien metros de distancia mirara en su dirección. Vio cómo un anciano doblaba la esquina y se volvía al ver a la alocada mujer gritando en medio de la calle. Si eso alejaba a la gente de la avenida Georgia,

que así fuera. Estaba dispuesta a ser un símbolo de la locura si eso salvaba vidas.

Su placa. Por supuesto. Podía estar suspendida, pero aún tenía pruebas de que era una agente. Tal vez eso haría que esta gente entrara en razón.

Pero justo cuando entró en razón, alguien la interrumpió.

—Está usted mal de la cabeza, señora —dijo un hombre. Un oficinista, vestido de punta en blanco—. Nadie tiene un arma.

—Estoy hablando en serio —gritó Ella—. Vete. Tienes que irte ahora.

—No tengo que irme a ningún sitio. Puedo...

El tiempo se detuvo. El hombre frente a ella repentinamente se transformó de un trabajador normal a una masa ensangrentada de extremidades movedizas y gritos de dolor. De repente, su camisa blanca se tiñó de un rojo enfermizo mientras él caía de espaldas y se agarraba el pecho.

Ella tuvo un breve recuerdo de su entrenamiento como francotiradora en la academia. Primero vio la herida, luego escuchó el disparo. La muerte viajaba más rápido que el sonido.

Una explosión ensordecedora hizo que la avenida Georgia se convirtiera en un frenesí. Los gritos aparecieron en estéreo. La histeria se apoderó de los ciudadanos de aquella calle como un tsunami. El hombre yacía en el suelo, convulsionando y echando espuma por la boca. La gente pasaba corriendo, tropezándose con ella y con el hombre herido, pero sin detenerse a observar el desastre.

Ella se tiró al suelo y envolvió la herida del hombre con lo que pudo encontrar. Lo único que tenía para evitar que la sangre siguiera saliendo era su propia chaqueta, pero a juzgar por el charco que tenía ante sus rodillas, ya no había vuelta atrás. Pudo verlo en los ojos agitados del hombre. Lo único que podía hacer era esperar con él mientras moría.

—Llaman a una ambulancia —gritó a quien quisiera escucharla, pero en el frenesí, dudó que alguien la oyera. Sacó su teléfono y lo

hizo ella misma.

—Ambulancia. Avenida Georgia. Fuera de la ferretería. Han disparado a alguien —gritó y colgó.

Miró a su alrededor y vio que la calle Georgia ahora estaba desierta. Los únicos individuos que quedaban eran los dueños de las tiendas que miraban desde sus ventanas. La puerta de la ferretería se abrió de golpe. Una figura salió corriendo y se inclinó junto a Ella.

—Hazlo entrar aquí —dijo el desconocido. Juntos, Ella y este caballero llevaron al hombre herido al interior y lo colocaron en el suelo.

—Cuida de él. Intenta mantenerlo con vida —dijo Ella—. La ambulancia debería llegar en un minuto.

—¿Qué hago? —preguntó el hombre, temblando como un pez lanzado a la orilla.

—Aplica presión en la herida. Tengo que encontrar a la persona que hizo esto —gritó. Antes de salir, miró la escena que había detrás de ella. Un hombre moribundo, el dueño de una tienda aterrorizado.

Ella no podía dejarlos, al menos no podía hacerlo hasta que llegara la ambulancia. Volvió junto al herido y ayudó a contener el flujo de sangre.

Esperaron.



La ambulancia llegó 3 minutos después y no era demasiado tarde. La víctima seguía respirando, balbuceando y tosiendo sangre. Si había un Dios, lo estaba cuidando.

Ella dejó que los paramédicos se hicieran cargo. Dio las gracias al dueño de la tienda con la cabeza y se apresuró a avanzar por la avenida Georgia. Solo habían pasado unos minutos desde que había reinado el caos y aún estaba en pleno apogeo. La calle estaba completamente vacía y la gente en cada extremo de la calle funcionaba como barricadas para impedir que cualquiera entrara.

Miró la escena desde la perspectiva de una perfiladora. El asesino había disparado desde uno de los edificios circundantes, pero podría haber sido desde cualquiera de ellos. Se colocó en la misma posición que cuando habló con la víctima. De frente al sur. La bala le había dado en el pecho y no había orificio de salida en la espalda. La bala debía venir de una dirección sureste.

Dos edificios. Uno era una empresa de tecnología.

El otro no tenía ningún cartel de identificación. Solo un cartel que decía «SE VENDE».

Ella cruzó la calle a toda prisa, no había ningún vehículo en movimiento a la vista, y tiró de las puertas de entrada del edificio. Estaba cerrada con llave. Había un largo recorrido hasta la parte trasera y solo había una salida de incendios. Estaba cerrada y no se podía abrir desde el exterior.

No tenía sentido esperar allí. El asesino podría haberse ido hace tiempo. O podría estar escondido dentro.

Ojalá hubiera podido pedir refuerzos.

Se sentía aislada y vulnerable, como si el asesino todavía la estuviera vigilando. Pero ¿qué era exactamente lo que estaba tratando de encontrar en este lugar? Ni siquiera estaba segura de que fuera el edificio correcto. Podía estar en la azotea de otro edificio, o ella podría haber trazado mal el perfil de la balística. Y no tenía ni idea de cómo era esta persona. No sabía nada de su altura, peso, color de piel o carácter.

Cuando volvió a mirar hacia la avenida Georgia, una figura apareció como de la nada. En medio de la calle, como un mago que aparece del humo.

Ella se acercó para ver más de cerca. Estaba vestido de negro, tenía la cara cubierta por una capucha y un gran maletín negro en una mano. Debía de salir de uno de los edificios cercanos o del que ella estaba inspeccionando.

Esta era su oportunidad. Aunque se equivocara, tenía que intentarlo.

—¡Quieto! ¡FBI! —gritó.

El hombre de negro ni siquiera miró hacia atrás, sino que se dirigió rápidamente hacia la avenida Georgia.

Ella lo persiguió a toda prisa, pasando el edificio y la mitad de la calle en pocos segundos. Cincuenta metros más adelante, el hombre de negro se lanzó hacia el mar de gente, separándolos como una bala a través de la niebla. Se separaron aún más cuando Ella pasó por allí, algunos grababan los acontecimientos en sus teléfonos con cámara.

Y así llegaron a la siguiente calle, igualmente desierta, aunque con pequeños grupos de personas reunidas en los portales. El fugitivo se deslizó por encima de un vehículo y desapareció por una calle lateral. Ella lo siguió, y pasó por encima del mismo vehículo sin dejar de mirar a la persona en cuestión.

—Detente o disparo —gritó.

El hombre subió corriendo una escalera pegada a la pared lateral de un edificio y Ella lo siguió, subiendo de tres en tres los escalones. Cada paso repiqueteaba violentamente y todo parecía indicar que si llegaba a haber más de dos personas en el andén se produciría un colapso. Los gritos histéricos de la avenida Georgia se desvanecieron poco a poco, y Ella no tuvo tiempo ni posibilidad de ver cómo reaccionaban las zonas aledañas.

En lo alto del andén, el hombre llegó a estar al alcance de la mano. Ella dio un salto e intentó agarrarlo, pero no alcanzó su capucha negra por un centímetro. Ella trastabilló hacia delante, recuperó el equilibrio y se apresuró a seguirle el ritmo. Doblaron una esquina y Ella se encontró en el tejado de un bloque de apartamentos. Debían de estar a quince metros de altura y solo había una forma de bajar desde allí.

El hombre saltó por encima de un vacío de un metro de ancho hacia un edificio adyacente y Ella hizo lo mismo, aprovechando el impulso para ganar unos segundos muy valiosos. En la distancia se divisaba otro vacío, esta vez más grande, y Ella pensó que el tipo sería un tonto si intentaba saltar.

Pero lo hizo. Él saltó desde un pequeño muro elevado a través de un espacio que debía tener dos metros de ancho.

Y falló. Su pie conectó con la cornisa nueva, pero se resbaló, cayó y se aferró a la pared. Quedó colgando en el lugar, pateando desesperadamente en busca de un agarre.

Ella se detuvo. Retrocedió unos pasos y dio el salto. Cayó con los dos pies por delante, se dio la vuelta y vio al hombre colgando.

—¿Quién eres? —gritó.

—Por favor —gritó él—. Me dio miedo. Por favor, súbeme.

Ella le agarró una de las manos. Él se agitó, pateando las piernas contra la pared. Ella se inclinó y lo bajó para que no tuviera nada a lo que agarrarse. Le afianzó la muñeca con la otra mano. Lo único que podría romper su agarre sería un hombro dislocado.

—Dime la verdad. Si creo que estás mintiendo, te dejaré caer al suelo.

Ella no lo haría, pero él no lo sabía.

—Me estaba escondiendo. Entre esos edificios. Intenté escabullirme, pero me descubriste.

—¿Por qué escapaste? —le gritó. Ella lo balanceó contra el viento, mostrándole que tenía el control total de sus movimientos.

—Pensé que estaba en problemas. Por favor, súbeme. ¿Qué pasa si me dejas caer?

—Entonces te rompes las dos piernas y probablemente mueras. ¿Vale la pena mentir por eso?

—Estoy siendo honesto. No he hecho nada. Solo quería mirar.

Ella miró a su izquierda y vio su maleta caída. Larga y negra. Perfecta para llevar un rifle.

—¿Qué hay en el estuche? —preguntó ella.

—Déjame vivir y lo abriré —dijo él.

Ella lo consideró. Soltó una mano y sacó su Glock. Le apuntó al desconocido.

—Intenta algo estúpido y seré yo la que se ría.

El hombre asintió con la cabeza con premura. O al menos Ella pensó que lo hizo. No era fácil darse cuenta desde aquella

perspectiva.

Ella se apoyó en la cornisa elevada con los pies y puso al hombre a salvo. El hombre gateó sobre las manos y las rodillas hacia el estuche negro. Ella lo mantuvo en el punto de mira.

Con dos clics, el maletín se abrió.

Ella se dejó caer contra la pequeña cornisa cuando vio el contenido.

—Maldita sea. —Bajó la pistola y miró hacia el cielo. Debía estar a un kilómetro de la escena del crimen, así que las posibilidades de que el verdadero autor aún estuviera cerca eran prácticamente nulas. Ya habría huido entre las masas, como lo habían hecho los francotiradores de Washington. Ella había respetado las reglas por segunda vez, pero este monstruo la sorprendió en el último segundo. La próxima vez, debía ser más inteligente. ¿Él le habría disparado a un hombre inocente si ella no hubiera llegado a la escena? ¿Acaso fue su presencia la que provocó el ataque?

El hombre de negro acarició el objeto del maletín como un vendedor que promociona el producto más atractivo de la semana. Era una guitarra roja. Ibanez, según el clavijero.

—Bonita guitarra —suspiró Ella. Estaba impresionada de que hubiera conseguido correr tan rápido llevando esa cosa.

—¿Ahora me crees?

Ella asintió, de mala gana.

—Claro, pero ¿por qué has venido aquí arriba?

Señaló hacia un pequeño compartimento en lo alto del tejado. La entrada era una delgada puerta negra contra incendios.

—Eso lleva a mi apartamento. Es más fácil que ir por la puerta principal.

Ella no estaba de humor para charlas superficiales, pero le siguió la corriente.

—¿No está cerrada con llave?

—Acceso con teclado. La mayoría de los edificios de aquí tienen el mismo código de entrada.

Ella había oído el rumor, pero nunca le dio demasiada importancia. El mito era que una empresa había sido contratada para instalar todas las salidas de incendios de la ciudad, pero que luego quebró antes de poder terminar el trabajo. Eso significaba que todas las puertas que instalaron seguían teniendo el mismo código de acceso por defecto.

—Pensé que era una leyenda —dijo Ella.

El hombre cerró su maletín y se puso en pie.

—No. El 7734 te sirve para entrar en un montón de sitios por aquí. Algunas empresas han cambiado las puertas, pero muchas aún no lo han hecho.

Ella lo consideró. La información desencadenó una idea.

Se levantó, y anotó el nombre y la dirección del sospechoso. Prometió que lo vigilaría, aunque estaba casi segura de que no era su hombre. Simplemente había estado en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Bajó otra escalera hasta el nivel del suelo. Había algo que tenía que comprobar.

CAPÍTULO TRECE

A cincuenta kilómetros de la frontera con Washington, Mia llegó a Edgewater, Maryland. Nunca había estado allí, y se sorprendió de lo pintoresco que era y de la tranquilidad que ofrecía. Era una pequeña ciudad costera y los residentes parecían estar a un paso de ser asquerosamente ricos. Lo apuntó como uno de los lugares donde podría retirarse cuando todo acabara.

Su destino era una pequeña casa de campo en la costa, a kilómetros de distancia del conciudadano más cercano. Solo tenía un piso, pero la casa se extendía mucho más que cualquiera de las viviendas similares que había pasado a lo largo del camino. Estaba pintada de un color crema hogareño, pero lo que más le llamó la atención fueron las ventanas totalmente oscurecidas. ¿Una nueva tendencia? ¿Un choque de estilos intencionado?

¿O el residente guardaba algún secreto?

Según sus investigaciones, esta era la casa del Coleccionista, también conocido como Alfred Harder. Había buscado en Internet lugares de venta de recuerdos de asesinatos y, para su disgusto, había cientos en todo el mundo. Parecía que la demanda de reliquias de asesinos en serie era alta, y ese pequeño hecho le revolvía el estómago. A menudo, los museos y las fuerzas policiales de todo el mundo se ponían en contacto con el FBI para solicitar la posesión de objetos relacionados con asesinos infames. Los museos los exhibían como curiosidades morbosas, y la policía local a veces utilizaba las cartas de los asesinos en serie como instrumento de entrenamiento. Pero ahora parecía que este deseo de poseer algo tan

estrechamente relacionado con el asesinato se había extendido hasta las manos de los particulares. Por lo que pudo ver, esta industria clandestina de «recuerdos homicidas» estaba en auge.

Y un nombre que aparecía continuamente en su rápida investigación era Alfred Harder. Su dirección era difícil de encontrar, pero la base de datos del FBI lo incluía. En 2010, se descubrió que Harder estaba en posesión de una pala utilizada por el asesino en serie Israel Keyes, y como el objeto formaba parte de una investigación en curso, el FBI tuvo que investigar cómo había adquirido dicho objeto.

Mia aparcó, salió del coche y llamó a la puerta. No le había avisado al hombre de su inminente intrusión, y así era como lo prefería. Menos preparación significaba que tenía más posibilidades de atraparlos en una mentira.

Alguien abrió la puerta, lenta y vacilantemente. Entre las rendijas apareció un rostro.

Era una mujer joven.

—¿Sí? —preguntó.

—Soy la agente especial Ripley del FBI. Vengo a ver a Alfred Harder. ¿Él se encuentra por aquí?

La mujer volvió a mirar dentro de la casa y luego cerró la puerta un centímetro.

—Está, pero no se siente bien. ¿Puede volver en otro momento?

Mia no tenía tiempo para eso.

—No, no puedo. ¿Alfred aún puede hablar?

—Más o menos —dijo la mujer.

—Entonces puede hablar conmigo.

La mujer se congeló, y Mia notó que las manos temblorosas movían la puerta de un lado a otro.

—Realmente no está en condiciones de hablar.

—¿Qué le pasa?

—Se ha caído. Tiene más de setenta años. Tiene que comprenderlo.

Mia estaba a un comentario de derribar la puerta y arremeter en el interior.

—Esto es urgente —dijo Mia—. No estoy segura de que me hayas oído, pero soy del FBI. He venido desde muy lejos.

La mujer miró a su alrededor y luego suspiró.

—De acuerdo, pero ¿puede ser rápido? Estoy preocupada por él.

—Solo necesito hacerle unas pocas preguntas.

La puerta se abrió haciendo un crujido que le indicaba que entrara. Mia entró en una amplia sala de estar y vio a un frágil anciano tumbado en un sofá. Llevaba unos pantalones negros y una camisa blanca, y tenía el pelo largo y blanco recogido en una coleta. El hombre respiraba con dificultad.

—¿Alfred? —preguntó Mia.

Él dejó caer la cabeza a un lado.

—Sí —dijo.

Mia se sentó frente a él.

—Lamento importunar mientras no te sientes bien, pero necesito preguntarte algunas cosas.

Alfred apretó los dientes mientras se incorporaba. Se frotó los hombros con ambas manos.

—Esto se trata de Tobias Campbell, ¿no?

No era un comentario que Mia esperara. Lo miró a los ojos, tratando de descifrar a este hombre.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Porque él estuvo aquí. Anoche. Él me hizo esto. —Su voz era profunda y áspera.

Mia sintió que en su interior se acumulaba la energía nerviosa. No había sentido esa sensación en mucho tiempo. Ya eran dos las personas que lo habían visto con sus propios ojos, así que cada vez parecía más probable que estuvieran diciendo la verdad. Mia se volvió hacia la joven, que posiblemente era la hija o la cuidadora de Alfred.

—Tu amiga de allí me dijo que te habías caído.

—No es su culpa. Yo le dije que lo hiciera. ¿Qué más voy a decir?

Mia comprendió. Tampoco era que Alfred pudiera decirle al cartero que un asesino en serie había entrado en su casa.

—¿Qué quería Tobias? ¿Por qué te hizo daño?

—Quería sus... cosas.

—Vas a tener que ser más específico, Alfred.

—Ya sabe lo que quiero decir. Usted es la señorita Ripley, ¿correcto?

Recién entonces, Mia se dio cuenta de que no se había presentado a este hombre.

—Sí, lo soy.

—Sé todo sobre su historia con el Sr. Campbell. Así que usted debería saber a qué vino.

Mia se frotó las sienes y se concentró. Ya se estaba irritando.

—¿Cómo sabes mi historia con él? Y, además, ve al grano. Necesito encontrar a Tobias.

Alfred se estiró hacia un lado del sofá, cogió un bastón y se puso en pie con dificultad. Lucía un aspecto débil. Pequeño, frágil, encorvado. Era difícil creer que este hombre fuera un componente esencial en una macabra industria clandestina.

—Soy un buen investigador. Tengo amigos en las altas esferas. Soy tan experto en Tobias como usted, señorita Ripley.

Mia lo dudaba.

—Si tú lo dices. Pero necesito saber a qué vino Tobias y a dónde iba.

—Sinceramente, no estoy seguro —dijo Alfred—. Pero creo que debería acompañarme, señorita Ripley. —Alfred avanzó lentamente por la espaciosa sala de estar.

—¿Adónde? —preguntó Mia.

—A mi sala de trofeos. Hay algo que necesita ver.



Ella se dirigió a la salida de incendios del edificio vacío. Pulsó el código.

7734.

Un sonido metálico. Metal contra metal. Tiró de la manilla, abrió la puerta y entró en el mohoso interior. Se trataba de un viejo edificio de oficinas, que ahora estaba siniestramente vacío, salvo por las telarañas y el polvo. Había ingresado en una escalera que subía en forma de espiral imposible, así que corrió hasta el último piso, dando pasos lo más silenciosamente posible. Para entonces, alguien ya habría llamado a la policía y este sería uno de los edificios que investigarían.

No sabía lo que encontraría, pero tenía que revisarlo. Y si tenía suerte, el asesino podría seguir escondido en este lugar hasta que se calmara el caos.

Mientras Ella subía por las escaleras, se dio cuenta de otra dura realidad. La policía o el FBI no tendrían forma de relacionar estos dos asesinatos. Aparte del hecho de que ocurrieron en el mismo día y en los mismos kilómetros, los crímenes eran dispares y contrastantes. Cualquier perfilador o agente de policía echaría un vistazo a estos crímenes e inmediatamente concluiría que eran obra de dos sudes distintos.

Por lo tanto, tenía dos opciones.

Atrapar al asesino ella misma.

O contarle a alguien sobre los asesinatos.

Cuanto más se adentraba en este juego, más se daba cuenta de que debería haber informado al FBI desde el inicio. Ella estaba sumergiéndose cada vez más en esta red y en algún momento, las autoridades investigadoras atarían los cabos. Si llegaban al asesino antes que ella, podrían comprobar su teléfono, ver los números a los que había llamado. No les llevaría mucho tiempo descubrir que él había estado en contacto con Ella, y entonces ¿cuál sería su excusa?

Lo único que podía hacer era decir la verdad. Intentó seguir las reglas para salvar vidas, pero una vez que se dio cuenta de que la cosa no iba a funcionar así, cedió y pidió ayuda. Era comprensible y

seguramente nadie podría culparla por ello. Si no le creían, aún tenía las grabaciones de sus conversaciones como prueba.

La escalera llegó a su fin. Llegó al último piso, y se encontró en una sala colosal y vacía que podría haber sido una oficina abierta. Las ventanas rectangulares estaban alineadas en todas las paredes. Ella exploró los rincones para asegurarse de que estaba sola. Si había alguien en la sala, oiría sus pasos a un kilómetro de distancia. La habitación era una auténtica cámara de eco.

Se colocó en el lugar donde podría haber estado el tirador, pero era imposible saber exactamente desde qué ventana había disparado. Tenía de dónde elegir. Se puso en el lugar del tirador mientras miraba hacia la calle Georgia, ahora ocupada por dos ambulancias y una multitud de curiosos.

Parecía que habían recuperado la confianza para volver a la zona de peligro. En el escaparate de la ferretería, vio a un equipo de paramédicos atendiendo al hombre herido, y rezó para que sobreviviera de algún modo a este ataque. Si lo hacía, eso podría enfurecer al asesino y obligarlo a cometer un error la próxima vez.

O la ira le obligaría a matar de nuevo, antes de lo previsto.

Aquella era otra pregunta para otro momento.

Rápidamente llegó a la conclusión de que en ese lugar no había nada que investigar, así que regresó al rellano de la escalera. Pensó en el caso de los francotiradores de Washington y recordó los detalles de las ubicaciones de los disparos, y en todos sus asesinatos en Washington, habían disparado desde un undécimo piso.

Ella comprobó el cartel que había en el rellano de la escalera. Estaba en el decimotercero.

Dos pisos más abajo, encontró más de lo mismo. Una habitación abierta, sin nada más. Se aseguró de que estuviera sola en la habitación y volvió a contemplar la ciudad.

Algo destacaba en el suelo, como una rosa solitaria en un páramo.

Un pequeño sobre marrón.

A Ella se le aceleró el ritmo cardíaco cuando las sirenas de la policía sonaron en la distancia. No tenía mucho tiempo.

No había marcas identificables en el sobre. Sin palabras escritas. Completamente en blanco. Lo abrió y sacó un pequeño trozo de papel cuadrado.

No, era algo más que un trozo de papel.

Le bajaron las pulsaciones y el pánico se convirtió en tristeza. Sostuvo el objeto entre las temblorosas yemas de los dedos, no queriendo creer que lo que estaba viendo era real.

Esto no debía suceder.

Nadie podía saber sobre esto.

Ella se lo había guardado para sí misma todos estos años. Tan solo podía haber una o dos personas en el mundo a las que se lo hubiera contado, y esas personas nunca la habrían traicionado.

No era una carta, pero era un mensaje.

En la mano tenía una foto de su padre.

Ella volvió a meter la foto en el sobre y se lo guardó en el bolsillo, respirando profundamente para contener las lágrimas.

La asaltaron más preguntas, porque no era solo una foto de su padre.

Era una foto de su propia colección personal.

La persona que la había robado había estado en su apartamento.

CAPÍTULO CATORCE

Mia no podía creer lo que estaba viendo.

La sala de trofeos de Alfred Harder parecía un museo, aunque estuviera dedicado a las peores personas de la historia. La sala era, por lejos, la más grande de la casa de campo. Estaba meticulosamente mantenida, pintada de color gris oscuro y se notaba que era limpiada con regularidad. Estaba iluminada por hileras de bombillas desnudas repartidas por el techo. A lo largo del perímetro había vitrinas de pared a pared, todas ellas albergando artefactos que ningún ser humano necesitaba ver, y mucho menos poseer. La cantidad de arte, cartas y reliquias de asesinos en serie de su colección podía humillar incluso a los mayores museos del mundo. No había un segmento de la pared que no estuviera decorado con una pieza macabra de la historia.

Cada vitrina tenía cuatro estantes, cada uno de los cuales exhibía múltiples artículos, la mayoría de los cuales eran reliquias o artefactos. Cada objeto tenía una placa personalizada con su origen y una breve descripción.

«El cráneo de Josef Mengele: El médico nazi, conocido cariñosamente como el Ángel de la muerte, fue responsable de la muerte de cientos de miles de hombres, mujeres y niños. Sus retorcidos experimentos pueden haber sido de los más revolucionarios de la historia».

«La piel del diablo: Se trata de un fragmento de carne que, según se dice, fue arrancado del propio diablo. Originalmente estaba expuesta

en los archivos privados del Vaticano, pero un sacerdote que se dice que ha sido maldecido para hacer el trabajo de Satanás la robó y la llevó a Inglaterra. A su llegada, el sacerdote desapareció misteriosamente».

Cada centímetro de la habitación estaba totalmente desprovisto de luz natural. Parecía que Alfred había tomado precauciones adicionales para asegurarse de que nadie pudiera vislumbrar su museo de la muerte privado.

Había colocado maniquíes en cada esquina de la habitación, cada uno de ellos disfrazado de un monstruo infame de la historia. Adolf Hitler, Ted Bundy, John Wayne Gacy y Albert Fish. Recién cuando los observó más de cerca, Mia se dio cuenta de que las ropas que llevaban en realidad habían pertenecido a los asesinos.

«John Wayne Gacy: El Payaso asesino es uno de los asesinos más célebres de la historia. Este maniquí está vestido con el verdadero traje de payaso que John Wayne Gacy usaba para entretener a los niños, mientras fantaseaba con sus violaciones, torturas y eventuales muertes. Se cree que la pequeña mancha de sangre roja en la esquina inferior izquierda del traje es la sangre de una de sus víctimas».

Mia se volvió hacia Alfred en la sala y tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para no darle un puñetazo en el estómago. Los artículos que había allí la asqueaban, y aquellas pequeñas sinopsis eran como meterle el dedo en la llaga.

—¿Por qué tienes esta basura? —dijo ella.

—Todo hombre necesita un pasatiempo.

—Sí, algo como pescar. No idolatrar a estos imbéciles.

—Me fascinan. O lo hacían. Quizás no tanto en mi vejez.

Mia se encontró escaneando los objetos expuestos. El crucifijo de Ed Gein. Una barra de hierro usada por Ted Bundy. Una «Mano de la gloria», que Mia creía que era la mano cortada de un criminal. La famosa carta «From Hell», supuestamente escrita por Jack el Destripador en 1888.

—¿La carta «From Hell»? —gritó Mia—. ¿Es una broma?

Alfred parecía a punto de desmayarse del susto. El frágil anciano no parecía estar en condiciones para soportar un enfrentamiento.

—Sí. Es mi favorita.

Mia se dirigió a Alfred, acercándose lo suficiente como para que los pies se tocaran. Si él estuviera en condiciones, ella se vería obligada a darle un puñetazo.

—Hemos estado buscando eso durante unos 120 años. ¿Esto quiere decir que está en la sala de juegos de alguien?

—Por favor, señorita Ripley, no la he traído aquí para presumir.

—Bien. Porque si por mí fuera, quemaría toda esta basura y no dejaría nada. Pero ya ha sido suficiente de esto, necesito saber dónde está Tobias. ¿Me vas a ayudar o no?

Alfred señaló con su bastón una de sus vitrinas.

—Tire —dijo.

—¿Que tire de qué? ¿Del armario?

—Sí. Ya lo verá.

Mia agarró la manilla y tiró, pero la puerta no se movió sobre sus bisagras. En su lugar, sintió una ola de presión sobre el antebrazo cuando una pequeña sección de la pared detrás del armario se abrió. El armario y la pared estaban unidos.

—¿Un pasaje secreto? ¿No eres un poco mayor para eso?

—Por favor, entre.

Mia todavía no estaba muy convencida de este tipo. Parecía un aprendiz del diablo, condenado a la vida eterna como recompensa por su lealtad. Si se cruzaba con él en la calle, pensaría que parecía un viejo asqueroso, pero nada más.

Pero tenía algo raro. Sus modales no se correspondían con sus palabras, como si en su interior vivieran dos personas diferentes.

Quería irse de aquel lugar antes de que la enfureciera aún más, pero la curiosidad la venció. Caminó entre dos armarios hasta la pequeña entrada que estaba casi a oscuras. Agarró su Glock por si acaso.

—A la derecha —dijo Alfred.

Mia golpeó la pared con la palma de la mano y encontró el interruptor de la luz. Más bombillas desnudas iluminaron la habitación de color naranja, y allí, frente a ella, había elementos que no había visto en mucho tiempo. Elementos que le traían recuerdos, aumentados por la sensación carnal de estar de nuevo en su presencia. Los pequeños detalles, los nudos deshilachados, los patrones de torsión.

La habitación era un santuario a Tobias Campbell.

Del techo colgaban cinco lazos, cada uno de ellos tenía apretados nudos marineros en las puntas. Mia los recordaba todos de las pruebas presentadas en el juicio de Tobias. Tenían rozaduras y rasgaduras en los mismos lugares. Tenían los mismos patrones. No había duda de que eran auténticos.

Un maniquí en la esquina estaba vestido con un mono blanco. En su mano había una pequeña bolsa de plástico con restos. La nota adjunta decía: «restos de la cabaña quemada de Tobias».

En el fondo de la habitación había un altar de madera con una cruz. Había sido cubierto con una tela blanca y tenía dos objetos encima. Una estatuilla de un caballo en miniatura a la derecha, y una pintura de un caballo con armadura y un soldado alado a la izquierda. El centro estaba extrañamente vacío.

Mia cerró los ojos con fuerza y se dio la vuelta, retirándose a la habitación anterior y empujando a Alfred a un lado sobre la marcha. Se apoyó en un armario, conteniendo un creciente flujo de bilis.

—Usted reconoce estos, ¿no?

A Mia le costaba cada vez más respirar y la asfixia la sumió en una espiral de locura. Se dio la vuelta, agarró a Alfred por la camisa y lo levantó del suelo.

—¿Crees que esto es divertido? ¿Crees que quiero volver a ver estas cosas?

A Alfred se le dilataron los ojos hasta convertirse en dos orbes blanco-verdosas. Abrió la mandíbula, pero no emitió ningún sonido.

Mia lo dejó caer de nuevo sobre el suelo de madera. Alfred recuperó el equilibrio enseguida.

—Señorita... Lo siento —tartamudeó—. Tan solo necesitaba que usted viera esto. Aquí es donde él me atacó.

—No me importa —gritó Mia. La cuidadora de Alfred apareció en la puerta, pero se mantuvo callada—. No quiero ver estas cosas. Solo quiero saber dónde está Tobias ahora.

Alfred se refugió en la sala del santuario, fuera del alcance de Mia. Él se agarró el estómago mientras exhalaba una respiración tras otra. Mia entró en pánico por un segundo. ¿Él estaba a punto de tener un ataque al corazón?

—Señorita, Tobias no me dijo a dónde se dirigía. Solo irrumpió aquí y exigió sus cosas. No tuve más remedio que obedecer. Tuvimos una pelea, pero Tobias es más fuerte que yo. Mucho más fuerte.

Mia tenía un millón de preguntas en la punta de la lengua y no sabía por dónde empezar.

—¿Qué cosas?

Alfred golpeó su bastón contra el maniquí.

—Su máscara estaba aquí. Se la llevó.

Cuando Tobias hacía que sus víctimas se ahorcaran, siempre llevaba una máscara de médico de la peste para que fuera más siniestro. Mia nunca había visto la máscara en persona, salvo en las grabaciones de las cámaras de seguridad. Hasta donde ella sabía, el FBI nunca la localizó. Se imaginó lo que debió sentir Tobias cuando finalmente se reencontró con ella.

—Bien. ¿Qué más?

Él golpeó el altar con el bastón.

—Mi posesión más preciada. Las cenizas de la madre de Tobias. Se las guardé durante 16 años.

Por eso al altar le faltaba una pieza central, se dijo Mia. Tobias había recuperado las cenizas para poder matar de nuevo. Para retomar desde donde había dejado.

—Vas a tener que explicarme algunas cosas, amigo. ¿Qué quieres decir con «se las guardé»? ¿Cómo has adquirido estas cosas? Todo lo que hay aquí debería estar en una cámara acorazada de pruebas.

—Los coleccionistas podemos conseguir cualquier cosa. Sus archivistas no son tan honestos como usted cree. Sin embargo, las cenizas fueron puestas a mi cuidado por los colaboradores de Tobias. Él ordenó que fueran llevadas a un lugar seguro, donde el FBI no pudiera localizarlas. Sus hombres sabían que yo las cuidaría muy bien y así lo hice.

Mia creía conocer la magnitud de la red delictiva de Tobias, pero quizás iba más lejos de lo que había previsto. ¿Quién más estaba involucrado en esta secta?

—¿Por qué iba a atacarte a ti? Confiaba en ti, ¿no es así?

Alfred negó con la cabeza.

—No. No lo hacía. Hasta ahora no había conocido a Tobias en persona, solo había estado en contacto con él por carta. Siempre fue mi favorito. Como puede ver, estoy bastante obsesionado con él.

—Y ahora ya no —dijo Mia.

—Todo lo contrario. Yo considero un honor haber sido atacado por él.

Mia se rascó la frente, esforzándose por creer que las últimas palabras que habían salido de la boca de ese hombre habían sido auténticas.

—De acuerdo.

—Le pregunté si él consideraría la posibilidad de dejar las cenizas, ya que yo las había cuidado tanto a lo largo de los años. A Tobias no le gustó nada mi petición, y me derribó. Nos enfrascamos en una pelea. No pude ponerme de pie y entonces él tomó lo que necesitaba.

—¿Y luego se fue?

—Sí.

—¿Dio alguna indicación de a dónde iba?

Tenía sentido que Tobias quisiera las cenizas. Eran la única pista que le decía a Mia la verdad mientras que al mismo tiempo inculpaba a su compañera. Pero la máscara no era parte de su ritual ni de su firma. Tan solo había sido una forma de mantener su verdadera identidad en secreto, y únicamente estuvo presente

durante sus últimos asesinatos. En los extensos interrogatorios que el FBI le había hecho a Tobias, él nunca había mencionado ni hablado de la máscara.

Mia se acercó al maniquí de la esquina y se quedó mirando el rostro inexpresivo. Esos ojos sin pupilas y esa boca torcida le recordaron que la persona a la que perseguía no era de este mundo. Aunque ella y Tobias habían sido moldeados a partir del mismo tejido carnoso, Tobias no pensaba como los individuos comunes y corrientes, que no eran psicópatas. La vida era un juego para él, y lo único que le importaba eran los placeres más viscerales y primarios. El mundo era un escenario, una obra de teatro, y él interpretaba el papel protagonista.

—Él la quiere a usted, Srta. Ripley. Usted es su razón de ser. Usted entiende esto, ¿correcto?

—Créeme, lo sé.

—Me contó todo sobre usted, en sus cartas. —Alfred señaló con su bastón a la pared detrás del altar. Había cartas enmarcadas de un extremo a otro. Mia reconoció inmediatamente la letra de Tobias. De repente pensó en la carta que le había enviado hacía unas semanas detallando el engaño de Ella. La misma cursiva, el mismo papel amarillo.

Mia las examinó. Escaneó cada palabra, buscando menciones a su nombre. La mayoría de ellas consistía en la perorata habitual de Tobias, pero en la quinta carta, lo vio.

La leyó en voz alta.

—«Cuando salga de aquí, la encarcelaré en el mismo lugar donde me encarcelaron a mí».

—Sí —dijo Alfred—. No sé qué quiere decir con eso. Él estuvo encarcelado en Maine.

De las profundidades de su conciencia brotaron recuerdos que ni siquiera sabía que seguían atrapados allí. Visualizó paisajes y lugares que no había recordado en casi dos décadas, sin embargo, seguían siendo tan vibrantes como los días en que los había visitado.

«Donde me encarcelaron».

Ahí estaba. Tobias la estaba convocando. Este era su plan, su rastro de migas de pan.

Ella tenía que volver a donde todo había comenzado.

—No está hablando de Maine —dijo Mia.

—¿De qué está hablando?

Mia solo había estado en ese lugar de fábula una vez, y ahora no tenía más remedio que volver a visitarlo.

Se apresuró hacia la salida, pero hizo una última parada antes de irse. Volvió a ponerse cara a cara con el maniquí, lo miró fijamente a los ojos muertos y le dio un puñetazo en la cara. La cabeza se desprendió de los hombros y rodó por el suelo hasta acabar a los pies de Alfred.

Mia se marchó sin decir nada más, ahora cargada con dos nuevos datos.

La primera era que Alfred Harder era un pésimo mentiroso.

La segunda era que Tobias Campbell se dirigía a las Tierras muertas.

CAPÍTULO QUINCE

El sonido de su teléfono la sobresaltó. Ella dejó la foto y miró el nombre que aparecía en la pantalla. No era quien ella esperaba.

—¿Mia? —preguntó—. ¿Estás bien?

—Dark, estoy bien. Solo necesito consultarte algo.

Ella se recompuso. No podía dejar que Mia oyera que había estado llorando o le haría demasiadas preguntas. Aunque ahora era el momento perfecto para contarle todo. Ya no tenía otra opción. Esto no podía quedar entre Ella y este anónimo.

—Por supuesto. Dime.

—He rastreado a Tobias hasta una casa en Maryland. Estuvo allí anoche.

En medio del caos, Ella casi se había olvidado del otro psicópata que estaba tras ella.

—¿De verdad? ¿Tienes pruebas?

—No del todo. Hay un tipo aquí que colecciona cosas raras. Poseía un montón de cosas de Tobias, y Tobias fue allí para recuperar algunas de ellas.

Ella conocía a los coleccionistas de recuerdos homicidas. Bichos raros. Le ponían la piel de gallina.

—¿Las cenizas? —preguntó Ella.

—Entre otras cosas. Pero no es de eso de lo que tengo que hablarte. Este tipo tenía una carta de Tobias desde la prisión. Tobias mencionó que quería encarcelarme en el mismo lugar donde lo

encarcelaron a él. Tú sabes tanto de él como yo. ¿Eso significa lo mismo para ti que para mí?

—¿Maine?

—No. Creo que se refiere a algo muy diferente. Remóntate más en el tiempo, hasta el principio. ¿Qué le pasó a Tobias cuando era un niño?

Ella recordó rápidamente la historia de la vida de Tobias. Aunque Tobias acabó siendo un monstruo, su infancia había sido una tragedia tras otra. El destino lo había elegido para la desgracia desde el primer día.

—Su padre lo metió en una jaula.

—¿Dónde?

—En todas partes. Eran un espectáculo ambulante de fenómenos.

—No, tenían una residencia aquí en Washington. En las...

—Tierras muertas —terminó Ella—. Por supuesto. ¿Vas a ir allí ahora?

—Sí y ni se te ocurra seguirme. Será mejor que sigas dentro de la casa.

Ella respiró profundamente. Era el momento de revelar todo.

—Ripley, hay algo...

Sonó su teléfono. Había otra llamada entrante. Llamada desconocida.

Él estaba de vuelta.

Tenía que contestar.

—Mia, ¿puedo llamarte luego? —pronunció la frase tan rápido que pareció una sola palabra.

—Eh... de acuerdo —dijo Mia.

Ella colgó y respondió a la segunda llamada. La voz robótica volvió a saturarle los tímpanos, pero Ella lo interrumpió.

—Desgraciado. ¿He jugado a tu estúpido juego y aun así has matado a alguien?

La voz se rio, separando cada sílaba para conseguir un efecto.

—Si tú no juegas siguiendo las reglas, ¿por qué debería hacerlo yo? Si vas a matar a la gente a pesar de todo, entonces bien podría llamar a los refuerzos, ¿no?

En la avenida Georgia, la policía estaba despejando la zona de curiosos. La cinta amarilla de la escena del crimen rodeaba la ferretería y el camino adyacente. Tenía que escabullirse de allí, regresar por la salida de incendios y alejarse de la avenida Georgia.

—¿Aún no te has dado cuenta?

Ella comenzó a bajar la escalera.

—¿Darme cuenta de qué? ¿De que no tienes intención de cumplir tu parte del trato?

—Oh, señorita Dark. Gracias por darme la razón. No eres tan inteligente como crees.

—Nunca he afirmado ser inteligente. Eso es solo un cuento que te has inventado. Y sinceramente, estoy harta de hablar de mí. ¿Por qué no hablamos de ti para variar? Dijiste que te revelarías si resolvía tus acertijos, y los resolví, ¿no es así?

Un largo silencio.

—Me alegra decir que sí, que lo hiciste. Has acertado las dos veces. Pero esto es algo más que un pequeño y fácil acertijo, señorita Dark.

—Bueno, tal vez deberías haberme dicho eso desde el principio, ¿no?

—¿Por qué debería haberlo hecho? Tú eres la experta. Eso es lo que me han dicho. ¿Por qué no me hiciste un perfil, indagaste en mi psicopatología y descubriste quién era?

Ella llegó al final de la escalera y se asomó a una de las ventanas. Dos oficiales inspeccionaban el edificio desde el exterior.

—Porque no me has dado nada para poder investigar. Lo único que tengo son llamadas cobardes y anónimas, y dos *modus operandi* diferentes. Estos no son tus asesinatos, son los de otras personas. Solo los estás copiando. Y, por cierto, tu víctima de francotirador de Washington sigue viva. Mala suerte.

—Lo sé. E imagina lo sospechoso que va a resultar cuando le cuente a la policía sobre la loca que gritaba en la calle que había un tirador suelto.

Ella no había pensado en eso. Otro problema más para el montón.

—Y esa chica loca tenía razón.

—Señorita Dark —dijo la voz, ignorando su comentario—. Esto no se trata solo de ubicaciones. Se trata de detenerme. Cualquiera puede resolver acertijos, pero un verdadero héroe habría evitado que las muertes ocurrieran.

—Lo intenté, ¿no? Es fácil decir eso cuando le disparas a una multitud llena de gente. ¿Por qué no te reúnes conmigo cara a cara? Entonces veremos quién es el verdadero héroe.

—Tal vez lo hagamos, pero si hubieras prestado mucha atención, te darías cuenta de que he cumplido mi parte del trato.

—¿En serio? Porque no me parece.

—Te dije que te daría una pista sobre mi verdadera identidad, y lo he hecho, varias veces. ¿Las has captado?

—Perdóname, pero no he tenido mucho tiempo para pensar en eso todavía. He estado cumpliendo las retorcidas fantasías de algún psicópata.

—Entonces, tal vez debas escarbar en esa memoria eidética tuya. Para recordar algunos de los pequeños detalles.

Ella lo hizo.

—El hospital de Santa Isabel. Una joven negra, un hombre blanco de mediana edad. Una nota garabateada a toda prisa, un edificio abandonado y una foto de mi padre. Por favor, dime cómo algo de esto me revela tu identidad.

El interlocutor gruñó.

—Ese es tu problema. Solo ves lo que está en la superficie. El asesinato en serie es una compulsión muy arraigada que trasciende las palabras, los sentimientos y los vínculos físicos. Aunque las aguas estén tranquilas, la verdad está debajo de la superficie, como una bestia esperando a salir.

Ella se quedó helada ante la puerta. A pesar de que era a él a quien le salían las palabras de la boca, estas palabras no eran del interlocutor. Las había leído antes en alguna parte, pero no recordaba dónde. Ese solía ser el problema de la memoria eidética. La información se quedaba, pero las fuentes no.

—¿Qué has dicho?

La ignoró de nuevo.

—Pronto tendrás otro acertijo, señorita Dark.

—Adelante, pero el próximo no lo haré sola.

Ella abrió lentamente la puerta de la salida de incendios y se asomó a un lado del edificio. Había un grupo de policías de Washington que se congregaban al otro lado de la calle. Se deslizó por detrás de la oficina abandonada hacia un callejón lleno de basura.

—Oh, pero yo creo que lo harás sola, porque hay algo más de lo que tenemos que hablar.

Ella ya estaba empezando a cansarse de este hombre y de sus juegos. A veces, la persecución era la mejor parte del trabajo, pero parecía que las persecuciones eran un poco más complicadas cuando se trabajaba sola.

—No lo hay. Se lo voy a contar todo al FBI. Métete tus reglas por donde no brilla el sol —dijo Ella.

—No creo que quieras hacerlo, porque si lo haces, muchas más vidas se perderán.

—Lo vas a hacer de todos modos. Deja de intentar asustarme con tus amenazas. No estás jugando limpio, así que voy a igualar la balanza dejando de jugar limpio.

Él volvió a reírse.

—Cuando digo vidas, me refiero a muchas. Cientos, posiblemente miles, dependiendo de la hora del día.

Ella estaba a punto de saltar una pequeña valla cuando escuchó los números. Miles de vidas al mismo tiempo solo podía significar una cosa. No dijo la palabra por miedo a meterle la idea en la cabeza si ese no era su plan.

—¿Miles?

—Tengo un mecanismo de protección. Explosivos, ya colocados en su lugar. Los conecté mucho antes de que empezara este juego.

Una bomba. La temida palabra con b. De todos los términos que los agentes del FBI no querían escuchar, bomba era el primero y el segundo en la lista. Las bombas significaban equipos de especialistas, evacuaciones, posibles muertes masivas. Significaba histeria incluso aunque no se produjera ninguna detonación.

Y muy a menudo, significaba una completa pérdida de tiempo. La mayoría de las bombas no estaban bien conectadas, especialmente las creadas por aficionados. A diferencia de las células terroristas, los aficionados no tenían la privacidad ni los recursos para practicar sus detonaciones con anterioridad.

Y a veces, estas bombas ni siquiera existían. Los criminales sabían que la mera idea de una bomba era suficiente para infundir miedo a las masas.

—¿Por qué debería creerte? ¿Sabes cuántas amenazas de bomba recibe el FBI al día?

—Dieciséis.

Él había hecho su investigación.

—Y el cien por ciento de ellas son falsas —dijo Ella.

—Ese es el riesgo que debes correr. Pero si descubro que has involucrado a alguien de tu pequeño equipo, detonaré esa bomba a distancia y tendrás las manos manchadas de sangre.

La había atrapado. No había manera de librarse de esto.

—¿Y dónde está esa bomba? Supongo que, en algún lugar de Washington, ¿no?

—En algún lugar de Washington y eso es lo único que te voy a decir. Así que, te lo preguntaré de nuevo, ¿estás segura de que quieres romper mis reglas?

Ella saltó una pequeña valla en la calle, que estaba menos concurrida que de costumbre. Todo el mundo debía de haberse congregado en torno a la avenida Georgia. Se dirigió hacia su vehículo, esperando una multa de aparcamiento. Tuvo suerte.

—Bien. ¿Ahora qué? —preguntó.

—Vendrán más acertijos y la próxima vez, te aconsejo que vayas preparada.

La comunicación se cortó.

No tenía otra opción. Los juegos tenían que continuar.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Ella condujo por Washington, D.C. sin una dirección clara. Estaba perdida en sus propios pensamientos.

Según el asesino, le había dejado pistas sobre su identidad, pero nada le llamaba la atención. Repasó los acontecimientos del día en orden cronológico e intentó concentrarse en los pequeños detalles de los acertijos del hombre, pero estaba segura de que todo apuntaba a una ubicación, no a una persona. Al menos no a alguien que no fuera un histórico asesino en serie.

Casi todas las líneas en cada acertijo tenían un doble significado, pero había muy pocas posibilidades de que tuvieran un triple significado. Ella volvió a repasarlos y no encontró nada que valiera la pena.

Pero al margen de sus acertijos, el autor de la llamada había hecho algunos comentarios extraños. Nada que delatara quién era, pero sí cosas que resaltaban.

La simple realidad era que este asesino conocía a Ella. Sabía de su vida, tal vez hasta el punto que afirmaba. O era cercano a ella o cercano a alguien que la conocía. Si no, era un investigador obsesivo, pero la información que tenía no podía obtenerse mediante una investigación. Para conseguir este tipo de cosas, habría tenido que interrogar a sus amigos, y hasta donde ella sabía, no lo había hecho.

Además, él había estado en su apartamento. ¿Cuándo? No tenía ni idea. Llevaba tanto tiempo en la carretera que no recordaba la última vez que había dormido en su propia cama. Debía de haber

sido al menos hacía dos semanas o más, y dada la costumbre de su compañera de piso de dejar la puerta sin llave, él podría haber entrado y salido fácilmente sin ser detectado a lo largo de las últimas semanas. Mark lo había hecho. Tobias lo había hecho.

El asesino no solo conocía a Ella, sino que también estaba familiarizado con Mia. Dijo que la conocía «por experiencia» y que «nunca lo había atrapado». Eso sugería que Mia había tratado anteriormente con este sudes, pero había un problema con esta teoría.

El hombre dijo que Sandy Moore había sido su primera víctima, y Ella no tenía motivos para dudar de que eso fuera cierto. Él se arriesgó mucho al secuestrar a Sandy Moore en un callejón de Washington y se arriesgó aún más al disparar en una calle concurrida. Eso sugería que este asesino no había hecho nada parecido antes, porque no valía la pena correr tales riesgos. Si estos eran realmente los primeros ataques del asesino, entonces este hombre no tendría ninguna razón para conocer a Mia Ripley.

Mia solo se ocupaba de delincuentes en serie, y lo había hecho durante los últimos 22 años. Solo la llamaban cuando se acumulaban los cadáveres, pero no para ningún otro tipo de delito. Ella sabía que, cuando Mia empezó a trabajar en el FBI, se había ocupado de homicidios individuales, masacres, tiroteos en escuelas y situaciones con rehenes, pero eso había ocurrido hacía décadas. ¿Alguien realmente podía guardar un rencor durante tanto tiempo, y si así fuera, por qué?

Entonces pensó en el paradero actual de Mia y se dio cuenta de que sí, alguien fácilmente podría conservar esa rabia durante décadas.

Si ese era el caso, tenía que indagar en los viejos archivos de Mia. Ella se detuvo en una estación de servicio y reflexionó sobre la mejor manera de hacerlo. Alguna información estaría disponible en la base de datos del FBI, y podría acceder a ella a través de su computadora portátil en la casa de Mia. Pero no estaría disponible toda la información que necesitaba. Solo podía acceder a la base de

datos de forma superficial y eso no solía permitir que personas no autorizadas vieran los documentos individuales de cada uno de los agentes de campo. Esos datos confidenciales se almacenaban en varias bases de datos en caso de que se produjera alguna filtración. Las únicas personas que podían acceder directamente a los archivos eran unos pocos funcionarios del FBI y sus nombres eran anónimos.

Aunque una de esas personas era la propia Mia, y le había dado a Ella sus credenciales de acceso cuando empezaron a trabajar juntas. Ella había revisado los archivos personales de Mia cientos de veces, pero había tenido que utilizar la computadora portátil de Mia para hacerlo.

La otra opción era preguntarle a Mia directamente, pero ahora mismo se dirigía al sombrío interior de Washington, D.C., y Ella no quería distraerla.

Ella tomó su teléfono del salpicadero y marcó el número.

Una mujer respondió después de dos timbres.

—Teléfono del director William Edis. ¿Puedo ayudarle?

Era su asistente. Edis debía de estar ocupado. Perfecto.

—Laura, habla Ella Dark. ¿El director está ocupado?

—Está en reuniones por el resto del día. ¿Puedo ayudarla?

—Solo necesito pasar a recoger algunas cosas. Las dejé en la oficina de Mia Ripley. ¿Puedo pasar en media hora?

La asistente escribía sobre un teclado mientras escuchaba.

—Por supuesto. Me encargaré de que alguien la deje entrar.

Ella no estaba segura de que la asistente supiera de su reciente suspensión, pero supuso que ahora sería el tema de conversación de la oficina. Si no lo sabía, eso la favorecía.

—Gracias por ayudarme —dijo Ella. Colgó, se dirigió hacia la autopista y comenzó a planear cómo podría salirse con la suya.



Ella firmó en el mostrador, manteniendo la cabeza baja. Cada vez que miraba a su alrededor, la gente la miraba. Reconoció algunas caras y otras no. Tenía que entrar y marcharse rápidamente si quería tener éxito.

Los dos caballeros que atendían el mostrador no le habían preguntado por su nueva reputación, ni habían hecho referencia a su suspensión. Si tenía algo de suerte, no estaban al tanto de esas cosas. Entró sola en el ascensor y pulsó el botón de la duodécima planta. Durante el trayecto, rezó para que nadie más subiera con ella.

La suerte estaba de su lado. Llegó al piso sin ninguna intrusión y se dirigió a la sección que mucha gente del lugar llamaba el Pasillo de los millonarios. Era un largo pasillo de oficinas con paredes de cristal, la mayoría de ellas estaban vacías, como siempre. Pasó por una de las salas de reuniones más grandes y vio una larga mesa de hombres trajeados que hacían videoconferencias con alguien en una enorme pantalla. Se agachó detrás de una sección de vidrio esmerilado y salió por el otro lado, sin ser observada. Encontró la oficina 213B, reservada para Ripley cuando tenía tiempo de estar allí. Se asomó al interior y vio la computadora portátil de Mia sobre su escritorio. Cuando Mia no estaba en un caso, siempre dejaba sus cosas en la oficina. El tiempo libre era un lujo muypreciado, así que Mia lo aprovechaba al máximo. Siempre decía que ya era bastante malo que estuviera obligada a llevar un teléfono por contrato, de lo contrario también lo dejaría en la oficina.

No había señales de que alguien vendría a dejarla entrar. Ella comprobó la hora: 2:00 pm. Justo a tiempo.

Esperó tres minutos, pero no vio a nadie más por el pasillo. Ella tiró del pomo de la puerta del despacho y, para su sorpresa, hizo un clic. Empujó la puerta y echó un último vistazo por encima del hombro.

Ella cogió un par de cosas. Una chaqueta, una bufanda y una bolsa para la computadora portátil. Ninguna de ellas le pertenecía, pero esperaba que ningún transeúnte lo supiera. Las dejó sobre el

escritorio de Mia, se acercó y tomó la computadora portátil de su compañera. Se colocó de espaldas a la puerta para que ningún intruso pudiera ver lo que estaba haciendo.

Golpeó el teclado hasta que la computadora salió del modo de espera e introdujo la contraseña de Mia. Siempre era ALFIE. La gente de mediana edad tenía la costumbre de utilizar la misma contraseña para todo.

Ella hizo un clic en la base de datos, accedió a la biblioteca personal de Mia e introdujo los datos de acceso. El número de agente de 11 dígitos de Mia, su contraseña, y luego su código de acceso de 8 dígitos.

Los archivos aparecieron. El único problema ahora era que Ella no tenía ni idea de qué buscar.

Quienquiera que fuera esta persona no figuraba en la lista de delincuentes por homicidio. Sin embargo, podría haber sido un sospechoso en un caso en serie y esa sospecha podría haberlo llevado a albergar un odio hacia Ripley. No obstante, esa lista sería enorme.

¿Qué sabía de este asesino? Era un hombre y era casi seguro que era oriundo de Washington, D. C.

«Mia no te habla de los casos que ha fallado, ¿verdad?».

Eso fue lo que él le había preguntado y significaba que había un caso sin resolver en algún lado. Si seguía la teoría de que se trataba de alguien perteneciente a la época anterior a los asesinatos en serie de Mia, eso significaba que el caso habría ocurrido entre 1989 y 2000.

Ella redujo los parámetros de búsqueda.

Por lo visto, Mia estuvo involucrada en 196 incidentes sin resolver en estos once años. Con razón este trabajo la había desgastado tanto, se dijo Ella.

Filtró el número de años, porque cuando empezó, Ripley habría estado asociada a alguien, y eso significaba que el asesino también

se habría centrado en ese agente. Hasta donde Ella sabía, todos los excompañeros de Mia seguían vivos.

1992 fue el año en que Mia comenzó a aventurarse por su cuenta. Ella acertó el periodo de tiempo e incluyó cualquier incidente en Washington o en un radio de 80 kilómetros.

39 casos.

Ella escaneó los detalles básicos de todos. Ataques incendiarios, tiroteos en escuelas, masacres, situaciones con rehenes.

Podría ser cualquiera de ellos. Ella se desplazó hacia arriba y hacia abajo por la página, esperando que algo sobresaliera. Cualquier cosa.

Un caso lo hizo. Su número de designación oficial era E01247B y la breve descripción le decía todo lo que necesitaba saber.

Evacuación por bomba del edificio Gough, 10/03/97.

El edificio Gough era donde ella acababa de estar. La oficina de trece pisos en la avenida Georgia.

¿Esa había sido la pista real? No el francotirador de Washington, ni la víctima, ni la ferretería.

Ella hizo clic en el caso para conocer los detalles más sutiles. El 3 de octubre de 1997, un hombre llamado Red Harrington mantuvo como rehenes a todos los que estaban dentro del edificio bajo la amenaza de detonar explosivos. Red había sido un empleado descontento y buscaba vengarse de sus supuestos jefes abusivos. Mia había sido la que se escabulló en el edificio y sacó a Red. El explosivo era muy real, pero los artificieros consiguieron desactivarlo antes de que estallara.

Entonces, Red fue enviado a prisión por 28 años, pero solo estuvo en prisión 22 años.

Esto significaba que no había conseguido eludir las garras de Mia como decía. «Nunca me atrapó». ¿A menos que estuviera hablando de algo diferente? En cualquier caso, las coincidencias eran demasiado importantes como para ignorarlas.

Ella volvió a comprobar la fecha de su liberación.

—Dios mío —dijo.

Red había salido de la cárcel hacía un mes.

Buscó su nombre en la base de datos y encontró sus datos básicos: 52 años, ahora vivía en una residencia de reasentamiento cerca de Cleveland Park. Memorizó la dirección. Jacaranda House, apartamento 39.

Ella tenía que visitar a este tipo.

La puerta del despacho se abrió de golpe y oyó una voz.

—¿Señorita Dark? —preguntó alguien.

Ella cerró la computadora portátil de golpe y la apartó de su lado. Recogió la chaqueta, la bufanda y la bolsa del portátil en un solo movimiento de rotación.

—Sí. Lo siento, la puerta estaba abierta. Solo estaba recogiendo algunas cosas. —Una mujer rubia y bajita a la que nunca había visto antes se puso delante de ella. Era bastante joven. Debía de ser una asistente general.

—Entiendo —dijo.

—Bueno, creo que tengo todo. Solo necesitaba mi chaqueta. Ripley me la dejó aquí.

Se dirigió hacia la puerta, pero la asistente no se movió. La miró fijamente como si supiera algo que no debía.

—¿Está todo bien? —preguntó Ella—. Gracias por venir, pero ya he terminado.

—¿Puedo decir algo...? Todos estamos de tu lado.

Ella dio unos pasos hacia atrás. Se apoyó en el escritorio de Mia.

—Gracias. ¿Cómo te llamas?

—Jade. Trabajo en UIA.

La Unidad de investigación y apoyo. Hacían las investigaciones cuando los agentes estaban ocupados en el campo. Mark había trabajado con ellos antes de morir.

—Agradezco el apoyo, Jade. Hoy no he recibido mucho de eso. — Ella sentía curiosidad por saber cuál era el consenso general entre el personal del FBI.

—Sabemos que eres inocente. Y yo... tengo razones personales para creerlo.

Eso la hizo sentir curiosa.

—¿Razones personales?

—Mark. Tú y él estaban juntos, ¿verdad?

Ella levantó las cejas.

—Vaya, creía que nadie lo sabía.

Jade se pasó el cabello por detrás de las orejas.

—Él me lo dijo, pero me lo reservé para mí.

—Está bien —dijo Ella—. ¿Eras amiga de él?

—No. —Jade se miraba las manos inquietas—. Éramos más que eso.

—¿Salieron juntos?

Jade asintió.

—Por poco tiempo. Hace unos tres meses. En cuanto empecé a trabajar aquí, él se interesó por mí. Al principio me pareció encantador, pero luego se volvió un poco... exagerado.

Si no fuera porque Jade era más joven y más delgada, Ella habría pensado que se estaba mirando en un espejo.

—Jade, te prometo que esto es confidencial, pero ¿alguna vez Mark fue...?

—¿Abusivo? —terminó ella.

Ella ya tenía su respuesta.

—Lamento escuchar eso. Yo pasé por lo mismo. Interminables mensajes, llamadas, amenazas. ¿Tú también lo sufriste?

Jade se apretó los ojos con dos dedos. Respiró profundamente, conteniendo las lágrimas. Ella tomó la mano de Jade y la llevó a sentarse.

—Exactamente igual. Cuando terminé con él, se puso muy intenso. Les contó a sus amigos mis secretos. Publicó fotos mías en Internet. Todavía estoy intentando que las quiten.

Ella se sentó frente a Jade. Los abusos le habían pasado factura a Ella y, según sus cálculos, Jade era unos diez años más joven. No podía ni imaginar lo duro que debía ser a esa edad.

—Jade, ¿sabes que los técnicos pueden resolver eso en un santiamén? ¿Se lo has contado a alguien?

—No. ¿Crees que debería?

Esto podría abrir otra fuente de problemas para Ella, pero Jade definitivamente necesitaba hablar con alguien sobre sus problemas. Alguien que realmente pudiera ayudarla.

—Ciento por ciento.

—¿Debo contarles todo? Básicamente me amenazó de muerte. Dijo que conocía a algunos tipos malos. Exconvictos. Dijo que vendrían a buscarme.

Ella pensó en el misterioso autor de las llamadas. La fotografía de su padre robada de su casa. El hecho de que esta persona supiera cosas que Ella solo se los había contado a dos personas, una de las cuales ya estaba muerta.

¿Acaso Mark había compartido sus secretos?

—Jade, cuéntaselo a algunos de los altos cargos. Ellos te darán acceso a los psicólogos. No estás sola.

Ambas se levantaron y se dirigieron hacia la puerta. Jade le dio un abrazo a Ella.

—Buena suerte —dijo Jade.

—Para ti también.

Se despidieron. Ella volvió a salir a hurtadillas del edificio e introdujo su nuevo destino en el sistema GPS. Tenía que encontrar a una persona sospechosa.

CAPÍTULO DIECISIETE

Ella se acercó al apartamento número 39 de la primera planta de la Jacaranda House y llamó a la puerta. Era un edificio pequeño y escondido en las afueras del parque de Cleveland, justo por debajo del radio de 50 kilómetros que se le había asignado. No parecía ser un complejo exclusivamente de reasentamiento por su aspecto. En los últimos años, los gobiernos habían abandonado la idea de utilizar manzanas enteras para alojar a múltiples exdelincuentes porque provocaba reacciones negativas en las comunidades circundantes. Ahora, las residencias de reasentamiento estaban repartidas individualmente.

Esperó un minuto. No hubo respuesta.

Ella se puso las manos alrededor de los ojos y miró por la ventana. Todo estaba oscuro, pero reconoció algunas imágenes familiares. Una silla, un televisor montado en la pared, una lámpara. Todos los rasgos distintivos de la vida de una persona sola.

Entonces vio movimiento.

Dos globos oculares, que se ampliaban como lunas en expansión en el cielo nocturno. Los humanos tienen una habilidad natural para detectar rostros dondequiera que miren, pero después de unos segundos, Ella estaba segura de que alguien la estaba mirando. Cuando se le ajustó la vista al interior, pudo ver una figura. Una figura alta y fornida que casi tocaba el techo con la cabeza.

Luego volvió la oscuridad, y envolvió al hombre alto con su manto.

Ella golpeó la puerta con el puño.

—Sr. Harrington, FBI. Por favor, abra.

Cinco segundos. Ese era su período de advertencia habitual.

Contó hacia atrás, totalmente consciente de que se consideraría un conteo rápido en un *ring* de boxeo.

Cinco, tres, uno.

Entonces se destrancó la cerradura. La puerta se abrió y un par de ojos blancos aparecieron entre la rendija.

—¿Sr. Harrington? —preguntó Ella.

—Solo dame una oportunidad —dijo el hombre, manteniendo la puerta a un centímetro de cerrarse.

Una presentación prometedora, se dijo a sí misma. Ella introdujo el pie en el umbral.

—¿Una oportunidad para qué? —preguntó.

De repente, la puerta rebotó en su pie. Se abrió de golpe y el hombre desapareció en las sombras.

Mejor aún, pensó Ella para sí misma.

Corrió hacia el interior hasta llegar a un minipasillo y se dirigió a la puerta de la izquierda.

La sala de estar que había visto a través de la ventana. Se mantuvo de espaldas a la pared y apuntó con su Glock hacia la oscuridad, pero no pudo sentir la presencia de otra alma en el lugar.

Se quedó quieta y buscó cualquier sonido de vida. Había alguien más en la casa, y ella o él tendrían que moverse primero.

Crujidos en las tablas del suelo. No en ese lugar. En la otra habitación.

Ella se apresuró a salir al pasillo y probó la siguiente puerta. Un cuarto de baño, donde solo había una ducha sucia y una pila de ropa.

Solo le quedaba una puerta por probar. Ella adoptó la postura de Weaver, abrió la puerta de una patada y entró de un salto.

Allí había mucha más luz gracias a la ventana orientada al sol, pero una presencia voluminosa bloqueaba la mayor parte.

El hombre alto tenía una pierna colgando de la ventana. Él miró a la intrusa con los ojos muy abiertos, como un ciervo frente a los

faros.

Ella atravesó la habitación de un salto, apartando una silla de su camino. Alargó el brazo y se agarró a las piernas del hombre justo cuando su ancho torso empezaba a descender hacia el suelo. El peso hizo que la parte superior del cuerpo de Ella se arrastrara por el umbral, pero ella clavó las rodillas contra la pared para hacer palanca. El grueso torso del hombre casi le arranca las articulaciones de los hombros, pero ella pudo aprovechar el alféizar de la ventana para apoyarse. El hombre colgaba en el aire como el cadáver de un ciervo a la espera de ser sacrificado, y Ella no estaba segura de ser capaz de arrastrar a este hombre de vuelta al interior.

—¡Déjame ir! —gritó el hombre, y su voz viajó en el viento—. Ya cumplí mi condena.

Ella sintió que el hombre se aferraba a la pared, luchando desesperadamente por liberarse. Pensó en la chica muerta detrás de Santa Isabel, en el hombre herido que yacía en el hospital. Ella era la encarnación de la justicia y tenía un trabajo que hacer. Si soltaba a este hombre, él acabaría paralizado en el mejor de los casos, o muerto en el peor.

Ella tensó los bíceps y los antebrazos, y tiró como un depredador que arrastra a su presa para capturarla. La pared le raspó el torso, arrancándole piel, pero eso era preferible a la muerte. Él le dio una patada, golpeándole la barbilla, y el repentino flujo de dolor le sirvió de gran estímulo. Empujó la pared con los pies y arrastró al hombre por encima del umbral.

Él rodó por el suelo. Ella se levantó de un salto y le apuntó con su pistola desde arriba.

No tenía escapatoria.

—Tendrás que dar algunas explicaciones, Red.

El hombre se rindió. Levantó las palmas de las manos. Todavía tenía una expresión de sorpresa, además de que le temblaban las manos y las piernas. Parecía un animal atrapado, y si el perfil de Ella era correcto, esto era una muy buena señal. El hombre llevaba 22 años en la cárcel y probablemente no había tenido una

confrontación genuina en mucho tiempo. Sus reacciones sugerían inexperiencia y eso significaba mucho.

—¿Eres... una mujer? —preguntó Red. Su voz era alta y nasal. No encajaba en absoluto con su figura.

—La última vez que lo comprobé.

—¿No hay nadie aquí contigo?

—No. ¿Crees que hace falta un hombre para atrapar a escoria como tú?

—No es eso, yo solo... —Red se arrastró hasta sentarse. Ella se acercó.

—Quédate ahí —dijo—. ¿Qué decías?

—Dijeron que iban a enviar a un hombre. Eso fue todo.

Ella escuchó la cadencia de su voz. Pensó en la voz robótica del teléfono. Aunque hubiera utilizado un cambiador de voz, seguramente se notarían ciertas similitudes.

La voz de Red no coincidía para nada. Pero como su tono era tan distinto, Red podría haber hablado por teléfono de forma diferente a propósito.

—¿Qué? ¿Quién iba a enviar a un hombre?

—Los chicos. ¿No eres una de ellos?

Ella sacó su placa del FBI.

—Soy una federal.

Red parecía genuinamente confundido, pero los psicópatas siempre eran buenos actores. Ella observó atentamente sus microseñales. Ni siquiera los actores merecedores de un Oscar podían contener todas sus señas.

—¿FBI? ¿Qué? He cumplido mi condena. Salí hace solo 5 semanas. ¿Qué quieres conmigo?

Ella se inclinó y revisó a Red en busca de armas. Llevaba pantalones cortos y una camiseta, así que no había muchos lugares donde pudiera ocultar un arma. Estaba contenta con su búsqueda.

—¿Podemos sentarnos en la habitación delantera? —preguntó Red, todavía con las manos levantadas—. Esto está empezando a doler.



—¿Los Diamantes rojos? —preguntó Ella. Se quedó apoyada contra la puerta mientras Red se sentaba en la única silla de la habitación. El sistema de rehabilitación no solía gastar en lujos a la hora de realojar a los presos, pero entendía por qué.

—¿Los conoces? —preguntó Red.

Los conocía muy bien. Los Diamantes rojos eran un grupo criminal que operaba en todo Washington. Su padre había tenido una deuda con ellos, y posiblemente también fueron los responsables de su asesinato. Ella seguía investigando cada vez que tenía algo de tiempo.

—Sí. Los conozco. ¿Te han prestado dinero?

Red asintió y miró al suelo.

—Sí. Solo me prestaron una pequeña cantidad. Les dije que se los devolvería lo antes posible, pero al parecer lo querían al cabo de dos semanas.

A Ella le parecía increíble lo rápido que algunos exconvictos volvían a caer en sus viejas costumbres.

—¿Por qué has pedido dinero prestado? Seguramente esta casa es todo lo que necesitas, ¿no?

—Me dan cuarenta dólares a la semana durante seis meses y luego me las tengo que ingeniar.

Ella estaba de acuerdo en que no era gran cosa para ayudar a alguien a recuperar su vida. Sin embargo, ella no estaba aquí para debatir el sistema de rehabilitación de prisiones.

—Bueno, yo no soy de los Diamantes, y siento mucho que te hayas metido en ese lío. Pero eres un sospechoso y tengo que hablar de eso.

—Contestaré lo que quieras.

—1997. Cuéntame qué pasó.

Red suspiró y se rascó la barba incipiente.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Lo sé, pero estoy segura de que lo recuerdas como si fuera ayer.

—Era infeliz. Odiaba mi vida, a mi familia, a mis compañeros de trabajo. Quería acabar con todo, pero al mismo tiempo, no quería que todos los demás ganaran.

—Querías que todos perdieran —dijo Ella.

Red asintió.

—Tendría que haber empezado a practicar un deporte o a hacer un pasatiempo o algo así. Bueno, en realidad, hice precisamente eso. Me dediqué a fabricar bombas.

—Entonces intentaste hacer explotar tu lugar de trabajo.

—Sí. Lo admito todo. Podría haber matado a cien personas. En ese momento, quería hacerlo. Cuantas más personas muertas, pues mejor.

—Pero Mia te detuvo.

—No —dijo Red—. Fue alguien llamado Ripley. Nunca olvidaré su nombre. Me recordó a esa película de Alien.

—Mia Ripley. Es mi compañera.

—Oh. Pensé que Ripley era su primer nombre. Pero sí, gracias a Dios que me detuvo. Si hubiera hecho estallar esa bomba, creo que habría acabado suicidándome en la cárcel.

Red podía estar mintiendo, pero nada en su comportamiento contradecía sus palabras. No estaba inquieto, ni movía los ojos rápidamente, ni tenía un lenguaje corporal reservado. Era abierto y expresivo. La señal de quien dice la verdad.

—¿Realmente no sabías el nombre completo de Ripley?

Red se encogió de hombros.

—No. ¿Por qué iba a saberlo? Solo conozco su nombre por mi juicio. Agente Especial Ripley.

«Mia no te habla de los casos en los que falló, ¿verdad?».

La persona que llamó sabía el nombre completo de Mia. Si Red quería mentir, fingiría no recordarla en absoluto. Cada vez parecía más probable que Ella se había equivocado. Dejó a un lado ese pensamiento frustrante y se centró en el presente. Ya se había encontrado en esta situación muchas veces y sabía que, si insistía en ello, su investigación se vería afectada más de lo necesario.

—Red, necesito ver tu teléfono.

Él señaló al otro lado de la habitación. Había un viejo teléfono inalámbrico apoyado en una mesa auxiliar.

—No, tu teléfono celular.

—¿Mi teléfono celular? ¿Crees que soy un hombre de negocios o algo así?

Ella olvidó que este hombre llevaba 22 años atrapado en 1997. Probablemente nunca había usado un teléfono celular en su vida.

—Lo siento. Lo había olvidado. —Se preguntó qué más ignoraba este hombre. Los tiempos habían cambiado mucho desde la última vez que él había estado en libertad—. ¿Puedes verificar tu paradero entre las 9 de la mañana y la 1 de la tarde de hoy?

—Estuve aquí. Solo.

Eso era una negativa. No podía ubicarlo con certeza a una distancia prudencial de las escenas del crimen, pero este hombre se parecía cada vez menos a su sudes. Su sudes había estado en el edificio Gough hacía una hora, y dudaba que fuera capaz de dispararle a un hombre a la luz del día y luego volver directamente a su casa. Se escondería durante un tiempo, confundiendo la secuencia de los hechos en caso de que hubiera testigos. O estaría de camino al siguiente lugar que Ella tendría que encontrar.

Y su apartamento solo tenía las necesidades básicas. Su sudes tenía acceso a armas y, si sus amenazas eran fiables, a explosivos. Nada de lo que había allí sugería tal cosa. También se dio cuenta de que la plaza de aparcamiento de Red estaba vacía, así que ni siquiera parecía que tuviera un vehículo. Su sudes necesitaría uno para secuestrar a Sandy Moore.

—Red, te creo. No eres el tipo al que estoy buscando, pero te estaré vigilando.

—Entiendo.

—Voy a tener que apuntar tu número también, porque en algún momento tendré que hablar contigo sobre los Diamantes rojos.

Red asintió apresuradamente.

—Sí. Te diré todo lo que sé sobre ellos, pero no es mucho. Solo los conozco porque un tipo de la cárcel me puso en contacto con ellos. Mi número de teléfono está escrito en el aparato.

Ella lo anotó en su teléfono. No recordaba la última vez que había anotado un número de teléfono fijo.

—Si te preocupa que esos tipos vengan a por ti, te sugiero que te refugies en algún sitio. El Centro Sikh de Gaithersburg te acogerá durante un tiempo, quizá incluso te den un trabajo para ganar algo de dinero.

Red parecía sorprendido.

—¿Pueden hacer eso?

—Sí, acogen a todo el mundo y también te darán de comer. Ya no es 1997. Estamos todos juntos en esto.

—Vaya, le echaré un vistazo. ¿No podrías conseguirme uno de esos celulares también?

—Créeme, no quieres uno de esos. Son un dolor de cabeza. Puedo conseguirte cualquier cosa esencial que necesites si estás desesperado.

Red se levantó y condujo a Ella a su pequeña cocina. En la mesa había una combinación de radio y reproductor de CD.

—Tengo casi todo lo básico —dijo—. Comida, agua y televisión. La radio es una mierda estos días, así que si pudieras conseguirme el nuevo CD de Soundgarden te lo agradecería el resto de mi vida.

Ella se sintió como estuviera en una línea de tiempo alternativa, una que se había congelado en el inicio del milenio.

—Eh ¿Soundgarden? Tengo malas noticias al respecto —dijo. Antes de que pudiera terminar la frase, su teléfono comenzó a vibrarle en las manos. Se lo acercó a Red—. ¿Ves? Esto es por lo que

no quieres uno de estos. La gente puede localizarte cada segundo del día.

Entonces vio el número. No era el asesino. Eran las oficinas del FBI.

—Perdón —dijo ella y salió corriendo por la puerta principal. Aceptó la llamada—. ¿Hola?

—Ella, es Laura de nuevo. El director quiere verte. Con urgencia.

Una breve pausa. Una reunión siempre le producía un miedo atroz, y teniendo en cuenta los acontecimientos del día, sentía más miedo peor que nunca.

—¿Puedes venir? —terminó Laura.

—Sí. Iré enseguida.

Ella subió a su coche y esperó un momento antes de encender el contacto.

Aquello se trataría de una noticia leve o una noticia extremadamente mala que le cambiaría la vida y dispararía su ansiedad.

Considerando el día que estaba teniendo, supuso que sería lo segundo.

CAPÍTULO DIECIOCHO

La misma sala de interrogatorios. La misma paranoia. Ella estaba sentada sola mientras esperaba que los peces gordos se reunieran con ella. No sabía quién vendría, ni por qué, pero el hecho de que la escoltaran a esta sala de nuevo no auguraba nada bueno.

Ella permaneció tan calma como las aguas tranquilas, al menos en la superficie. En su interior, era un desastre, pero si transmitía una imagen de inocencia, eso sería lo que creerían sus interrogadores. La percepción era la realidad, se recordó a sí misma. Lo único de lo que era realmente culpable era de intentar salvar vidas.

¿Cuál podría ser el mejor desenlace en este escenario? ¿Habían encontrado a Tobias y lo habían detenido? ¿Él había confesado que había matado a Mark y ella había quedado libre de culpa? Pensó que ambas opciones eran poco probables. Sin embargo, podrían haber descubierto alguna prueba que limpiara su nombre.

De nuevo, poco probable, pero no podía perder la esperanza.

La puerta se abrió y la voluminosa figura del director Edis apareció en la puerta. Le siguieron los mismos caballeros de antes, pero sin los policías. Se colocaron a su alrededor, la envolvieron como si fueran volutas de niebla.

—Señorita Dark, gracias por venir. Tenemos que hablar con usted de algo. —Edis tomó el mando—. Recuerda a Robert Cowell, nuestro director de Asuntos Públicos. Y Mike Lear, su abogado designado.

Los saludó a ambos haciendo un gesto con la cabeza. Ambos hombres se lo devolvieron, apaciblemente y en silencio.

—¿Ha habido alguna novedad? —preguntó Ella—. ¿Han encontrado pruebas que me exculpen?

Edis negó con la cabeza.

—No del todo, señorita Dark. Esto no tiene que ver con Tobias Campbell. Se trata del agente Mark Balzano.

Sintió la decepción en el estómago.

—De acuerdo, pueden preguntar lo que quieran.

—Señorita Dark, usted dijo que tenía una relación con el agente Balzano, ¿correcto?

—Correcto.

—Hoy mismo mencionó que usted y el agente Balzano tenían problemas. ¿Podría expliarse?

Ella pensó en la mejor manera de expresar las cosas. No quería manchar la reputación de Mark, dadas las circunstancias. La muerte era suficiente castigo.

—No congeniamos. Simplemente teníamos dos personalidades opuestas. Creo que Mark todavía estaba enamorado de su exesposa, y eso es comprensible.

—¿Y de todos modos salieron por un tiempo?

—No, apenas salimos un mes. Conectamos porque pasamos mucho tiempo juntos en Baltimore. Me salvó la vida en un momento dado, y eso se convirtió en un vínculo emocional. Amistad y respeto más que nada, pero confundimos ese vínculo con un romance.

—¿Cómo surgieron sus problemas, exactamente? —preguntó Edis.

Ella decidió revelar un poco. No podía hacer como si Mark fuera el novio perfecto, pero tampoco tenía que destruirlo por completo.

—Mark quería algo serio. Muy serio. Buscaba el amor de su vida y no es que yo no lo fuera, es tan solo que para mí Mark no lo era. Me mandaba muchos mensajes, me llamaba mucho. Quería saber dónde estaba en todo momento y yo no podía darle eso.

—¿Era posesivo? —preguntó Edis—. ¿Lo describiría como intenso?

—Sin duda. No hay nada malo en ello, es simplemente quien era. Creo que tenía algunas inseguridades porque su exesposa le fue infiel. Él hizo todo lo que podía para evitar que lo lastimaran. Pero en lugar de confiar en mí y trabajar en sí mismo, naturalmente asumió que yo también le era infiel. Él trataba de estar en una relación de pareja sin estar preparado para ello.

Los caballeros intercambiaron miradas. Cowell miró a Edis e hizo una inclinación de cabeza.

—Señorita Dark, hoy han acudido a nosotros otras dos mujeres. Ambas exparejas del agente Balzano, y las dos afirmaron que él había sido abusivo con ellas tanto emocional como mental y físicamente.

Ella se mantuvo tranquila. Jade había hablado. Se alegraba de haber hecho algo, pero no había previsto que pudiera volverse en su contra de esta manera. Pensó que a quien se lo hubiera contado lo habría mantenido en secreto.

¿Y también había una tercera mujer?

—Oh, Dios mío. Eso es horrible. ¿Están bien?

—Están bien, pero queríamos preguntarle si usted tenía algo que contarnos. ¿Quizás el agente Balzano la trató de la misma manera?

No podía involucrarse en esto más de lo que ya estaba. La culpa ya la estaba paralizando, pero si les decía que Mark la maltrataba, eso solo provocaría más sospechas sobre ella. Eso le daba un motivo para matarlo, ya fuera por mano propia o por medio de un sicario.

—No, no lo hizo. Pero como he dicho, salimos poco tiempo. Probablemente no llegué a ver al verdadero Mark.

—¿Está segura? —preguntó Cowell, casi con tono acusador. Era la primera vez que abría la boca en sus dos encuentros.

—Sí, lo estoy. Mark fue un poco intenso, pero no fue violento conmigo.

Edis volvió a tomar el control.

—Bueno, parece que el agente Balzano tenía muchos trapos sucios. Las dos mujeres que se pusieron en contacto con nosotros fueron muy descriptivas, y si nos hubiéramos enterado de esto cuando Balzano aún estaba con nosotros, lo habríamos castigado como corresponde. Pero señorita Dark, esto supone un buen augurio para usted.

El comentario la tomó por sorpresa.

—¿En serio?

—¿Quién sabe a cuántas mujeres ha maltratado Balzano? Podrían ser muchas más que estas dos.

—Eso significa que hay mucha gente que podría quererlo muerto —confirmó Ella.

—Sí. Exparejas, sus nuevas parejas, sus amigos y familiares. Eso pone un gran blanco en la espalda de Balzano. Usted más que nadie debería saber cuántos ataques de venganza se llevan a cabo contra parejas abusivas.

Ella no estaba segura de si el comentario iba dirigido a ella.

—La única anomalía es que Balzano fue encontrado en su apartamento. Pero fácilmente alguien podría haberlo seguido hasta allí.

Ella probó suerte. Si era reincorporada, eso significaba que podría contarle a alguien sobre las llamadas que había estado recibiendo. Podría pedir ayuda para atrapar a este nuevo asesino.

—¿Eso significa que se levanta mi suspensión? —preguntó.

—Definitivamente no —dijo Edis—. Pero si espera a que esto acabe, pronto le daremos el visto bueno. Lo estamos considerando como una prioridad.

—¿Y qué hay de Tobias? ¿Hay alguna novedad sobre él?

—No ha sido visto aún. No hay pistas sólidas.

Ella manifestó su respuesta internamente. Quizá si hubiera dejado que Ripley ayudara en el caso, ya tendrían algo.

—Bien. Espero que consigan algo pronto.

Sus interrogadores cruzaron miradas entre ellos. Ella sintió que la reunión estaba llegando a su fin y que era la oportunidad perfecta

para informar a alguien sobre el nuevo asesino.

Las palabras se le quedaron la punta de la lengua, pero sabía que, si lo hacía, pondría cientos de vidas en peligro. Los explosivos estaban colocados en algún lugar de la ciudad, quizás en los edificios circundantes. El riesgo era mayor que la recompensa.

—La mantendremos informada. Puede irse. Espero que recuerde las reglas de su suspensión —dijo Edis.

—¿Cómo podría olvidarlo? —dijo Ella.



Ella salió del edificio y se dirigió al aparcamiento. Comprobó su teléfono y encontró una llamada perdida de Ben, aunque no recordaba que hubiera sonado. Debió de haber hecho una llamada breve para captar su atención. Lo entendió. Le había prometido devolverle la llamada hacía cinco horas.

Mientras Ella bajaba por la estrecha rampa del edificio, se le acercó una cara conocida. Un hombre alto de un metro ochenta aproximadamente, con una calva brillante y una vena gigante que le recorría la frente. Ella lo había visto antes pero no sabía su nombre.

El hombre tiró un cigarrillo por el bordillo mientras subía por la rampa. Ella tuvo que moverse para apartarse de él, pero el pesado hombro del hombre la golpeó y la impulsó hacia las barandillas. Se agarró a ellas para no caer al suelo.

—¿Perdón? —gritó.

Él llegó a la puerta, luego se detuvo y se volvió hacia Ella.

—¿Qué? —le preguntó él, mirándola a la cara.

—Acabas de empujarme con el hombro. ¿Te importaría explicarme por qué?

—Porque todo esto —señaló hacia la carretera principal—, es culpa tuya.

Ella supuso que él había escuchado las noticias sobre Mark y se había puesto de su lado. Pensó que era algo que en algún momento

iba a ocurrir.

—¿Te refieres al agente Balzano? —dijo Ella.

El hombre agitó el dedo delante de la cara de Ella.

—No lo llames así, ¿de acuerdo? Se llamaba Mark. No agente. Tampoco agente especial. Nada de esa basura. Era mi amigo, mi antiguo compañero y ahora está muerto por tu culpa.

Excompañero. Por eso Ella conocía a este hombre. Mark se lo había mostrado en el pasado.

—Lo siento. Yo no maté a Mark. No tuve nada que ver con eso.

—Sí, claro. Has perjudicado a Ripley y ahora has hecho que maten a Mark. Te doy un consejo, el trabajo de campo no es para principiantes. Si no puedes manejarlo, quédate en casa, donde deberías estar.

Por lo visto, Mark había soltado la lengua. Edis le había dicho a Ella que su disputa con Mia había sido confidencial. Mia dijo lo mismo. La única persona que podía haber divulgado esa información era Mark. ¿Qué más había dicho? ¿Todo el mundo en la oficina estaba al tanto de la vida personal de Ella?

—Mark no era quien tú crees que era —dijo Ella.

—¿Vas a intentar enseñarme cosas sobre mi mejor amigo? —preguntó el hombre—. ¿Quién te crees que eres? Mark y yo tuvimos más éxito del que tú jamás tendrás. Balzano y Bradbury. Éramos el equipo perfecto e íbamos a volver a serlo... hasta que llegaste tú.

Bradbury, ese era su nombre. Ahora lo recordaba.

—Agente Bradbury, yo no tenía ninguna razón para lastimar a Mark. Él también era parte de nuestro operativo. El hombre me salvó la vida. Le debía mucho.

Bradbury acercó la cara a la de ella.

—Entonces, ¿por qué está muerto en tu sofá?

—Porque alguien entró en mi apartamento mientras Mark estaba allí. Me buscaban a mí. Mataron a Mark porque estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—Muy conveniente, ¿verdad?

—Se llama coincidencia. No tengo ninguna razón para matar a mi compañero y exnovio.

—Primera regla de las fuerzas del orden. No creas en las coincidencias.

Ella no compartía esa idea en absoluto. Cada caso en la historia contaba con alguna coincidencia.

—¿Ahora quién es el principiante? Si no creyéramos en las coincidencias, todos en el país estarían en la cárcel.

—Como sea. Y no me vengas con esa mierda de exnovio. Mark me contó todo sobre ustedes dos. Sé que tenías problemas y sé cómo lo tratabas.

Ella dio un paso atrás. Empezó a sentir que la furia se apoderaba de ella.

—¿Qué has dicho? ¿Cómo lo trataba?

—Dijo que eras un verdadero dolor de cabeza. Malvada, manipuladora, negligente. Sí, lo sé todo.

Era la primera vez desde que había visto el cadáver de Mark que empezaba a pensar que tal vez era algo bueno que no estuviera más en esta tierra.

—Crees que lo sabes, pero no sabes nada. Mark no era quien tú crees que era. Era un gran agente, pero como persona, necesitaba ayuda.

El agente Bradbury se dio la vuelta y le hizo un gesto de rechazo a Ella con la mano. Murmuró algo incomprensible mientras desaparecía dentro de la sede.

Ella se tomó un momento para reflexionar sobre la conversación. La había irritado, la había hecho atravesar un torbellino de emociones. Ira, frustración, ansiedad. ¿El agente Bradbury era un indicador de lo que la gente pensaba de ella, o simplemente estaba enfadado porque era muy amigo de Mark? El hecho de que alguien pudiera pensar que ella era una asesina parecía absurdo, pero ¿y si la boca de Mark había influido en la opinión pública? Intentaba no preocuparse por las opiniones de los demás, pero si tus compañeros

de trabajo te consideraban una asesina, entonces valía la pena preocuparse por ello.

Se dirigió a su coche. Su reputación tendría que esperar. De momento, tenía que atrapar a un asesino.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Ella estaba sentada en un banco de Hains Point, admirando el río Potomac. Feliz y serena, se sentía como en un mundo lejano de la ajetreada ciudad, a pesar de que podía vislumbrar el Lincoln Memorial más allá de los árboles en la distancia. Dondequiera que fuera en Washington, siempre estaba presente el recordatorio de que se encontraba en una de las ciudades más concurridas del mundo. Había 700 000 personas en cualquier momento, y ella tenía que encontrar a una sola de ellas.

Debería haber estado dentro de la casa, encerrada, acurrucada en la seguridad de la casa de Mia. Pero no quería ir allí. Era un viaje de 50 kilómetros hacia el este, y cuando el asesino volviera a llamar, serían otros 50 kilómetros de vuelta. Era un tiempo del que no disponía, así que, por más que tuviera que esperar, si se quedaba cerca de la acción podría ayudarla a atrapar a ese monstruo en el acto. Ella se asomó al borde de la barandilla y vio unos cuantos peces nadando en círculos y empezó a envidiar aquel pasatiempo tan sencillo.

No podía creer que hubiera llegado al punto de envidiar a la fauna, pero al parecer, perseguir psicópatas era algo que podía llevar a una persona a tales extremos.

En el momento en que se sentó de nuevo en el banco y respiró un poco del aire excepcionalmente limpio de Washington, su teléfono volvió a sonar. Ella lo sacó de su chaqueta y lo agarró con fuerza. Cerró los ojos e imaginó lo que pasaría si tiraba esa estúpida cosa al río, y luego se iba a casa y se olvidaba de todo.

No lo haría, pero se sintió feliz de permitirse fantasearlo durante unos fugaces segundos.

No había ningún nombre en la pantalla, tan solo una serie de números que había llegado a reconocer.

—Ben, siento haberte cortado —dijo.

—No te preocupes. ¿Cómo van las cosas? He estado siguiendo todo en las noticias.

—No muy bien. Aparentemente soy el enemigo público número uno.

—¿Qué? No han mencionado tu nombre, únicamente que un agente del FBI fue encontrado muerto en el apartamento.

Ella sabía que era cuestión de tiempo hasta que las filtraciones llegaran a los titulares. En pocos días, o incluso al final del día, su nombre estaría en primera plana.

—Bueno, todo es cierto. Pero tal vez quieras mantenerte alejado de todo esto. Bajo ninguna circunstancia debes ir a mi apartamento, tampoco. ¿Me prometes que no lo harás? —preguntó Ella.

—Por supuesto. Nunca iría sin avisarte antes —se rio él.

Ella recordó rápidamente por qué no podía mantener a Ben en su vida, y se dio cuenta de que había tomado la decisión correcta al dejarlo libre. ¿Y si Ben hubiera estado en el apartamento de Ella cuando Tobias se había colado? Todas las vidas eran iguales, pero al menos Mark se fue a la tumba con un saldo negativo. Ben tenía un corazón de oro.

—¿Estás libre ahora? ¿O todavía estás encerrada?

—Estoy fuera del alcance por un tiempo. Podrían ser semanas, tal vez meses. Tengo órdenes de pasar desapercibida en caso de...

—Ella se detuvo antes de revelar demasiado—. Bueno, estoy segura de que puedes adivinar.

—No se oye como si estuvieras encerrada ahora —dijo Ben.
Tenía razón.

—Me has descubierto. Solo fui a la oficina a recoger algunas cosas. Tuve que pedir permiso para hacerlo.

—El Gran Hermano está mirando —dijo Ben.

—Sí. Pero prometo que en cuanto esté libre nos veremos. ¿Cómo estás tú?

—Tengo algunos problemas, pero ninguno se trata de un cadáver —dijo Ben—. He perdido mi sombrero favorito. ¿Recuerdas el de malla con los kanji?

—Sí, me acuerdo. Era muy bonito. Lamento escuchar eso. Siempre puedes conseguir otro.

—Es cierto. Por lo demás, sigo luchando. Sigo poniendo mi cuerpo en riesgo por dinero.

Tal vez tenían más en común de lo que pensaba, se dijo Ella.

—Vive rápido, muere joven.

—Dejar un bello cad... —Ben casi terminó la oración, pero se detuvo—. Lo siento. Inapropiado.

Ella sonrió.

—No pasa nada. Me hace bien reírme ahora.

—Lo que necesitas son unas vacaciones. El encierro es probablemente mucho más divertido en Hawái.

—No es una mala idea. Tal vez debería lanzar un dardo a un mapa e ir a donde caiga.

—Yo hice eso una vez. Acabé pasando dos semanas detrás de la nevera. De todos modos, te dejaré volver a ser una ermitaña. ¿Te llamo pronto?

Ella se echó a reír cuando entendió la broma.

—Por favor, hazlo. O te llamaré yo. Solo prométeme que no intentarás encontrarme, ni visitar mi apartamento.

—Suenas inquietante —dijo Ben.

Ella conocía las dimensiones que el afecto podía provocar en las personas. Ben necesitaba saber que no se podían relacionar hasta que ella tuviera respuestas. Se negaba a involucrar a más gente inocente en este juego.

—La persona que mató a ese hombre en mi apartamento... no ha terminado. Podría volver. A por mí. Por mis amigos, compañeros y cualquiera que esté relacionado conmigo. Quiero que permanezcas a salvo.

—Entendido. Tan solo te llamaré ántrax ambulante —dijo Ben.

—Más o menos. Cuando todo esté resuelto, podemos continuar donde lo dejamos. ¿Cómo suena eso?

—Como un sueño. Hablaremos pronto.

Ella terminó su llamada y volvió a admirar la vista. Decidió que se quedaría allí hasta que hubiera un avance, ya fuera con el misterioso interlocutor o con Tobias Campbell. Se planteó si debía llamar a Mia para que la pusiera al día, pero decidió que no necesitaba distracciones en ese momento. Si tenía suerte, estaría en la mitad del camino para encontrar a Tobias. Y con más suerte aún, él tenía una bala en la cabeza.

El día había sido un ejercicio de agotamiento ininterrumpido desde el momento en que se había despertado. Era increíble cómo las cosas podían cambiar tan repentinamente en tan poco tiempo, y eso era algo que se recordaba a sí misma con regularidad. Su vida podía ser un desastre en aquel momento, pero mañana podría ya no serlo. Lo único que se necesitaba era un solo acontecimiento para que las cosas cambiaran de dirección. Tobias podría estar muerto. Su interlocutor podría estar en la cárcel. Seguramente pensaba así gracias al paisaje tranquilo, porque rara vez se detenía a reflexionar sobre este tipo de cosas.

Su introspección terminó de repente. El sonido de un teléfono que sonaba se convirtió en su principal foco de atención.

Él había vuelto. Ella miró el río y contestó con calma.

—Estaba empezando a pensar que te habías perdido —dijo ella.

Unos clics. Un zumbido mecánico. Sabía que el interlocutor estaba configurando su aplicación para disfrazar la voz. Al mismo tiempo, ella configuró su aplicación de grabación de voz.

—No tienes tanta suerte.

—¿Estás bromeando? —dijo Ella—. Me estoy divirtiendo como nunca.

—Me preguntaba cuándo empezarían las fanfarronadas —dijo la voz mecánica. Sin emoción, como unos pistones rítmicos

bombeando, excepto que los golpes eran sustituidos por sílabas—. Eso es lo que haces, ¿no? Aparentas hasta que sea cierto.

Ella miró a su alrededor para asegurarse de que estaba sola. Cada vez que este tipo llamaba, siempre se sentía expuesta.

—No me interesa seguir hablando. Tan solo dime tu estúpido acertijo para que pueda atraparte. Tengo cosas más importantes que hacer en vez de ocuparme de tus inseguridades.

—Eso es gracioso, especialmente viniendo de ti.

—Yo no soy la que esconde su identidad detrás de un cambiador de voz. No le estoy haciendo llamadas anónimas a alguien de quien me siento celosa. Acéptalo, eres un trol. Escondido detrás de un velo de anonimato como un cobarde. Sabes que, si nos encontráramos en la vida real, te daría una paliza.

—¿Eso crees?

—Sí. Hay que ser un hombre muy grande para estrangular a una chica de 45 kilos. Hay que ser un auténtico macho para disparar una pistola contra una multitud. ¿Por qué no te comportas como un hombre por una vez? Muéstrate. Reúnete conmigo en algún lugar y lucharemos mano a mano. Y si ganas, te dejaré ir libre. ¿Qué te parece?

El interlocutor se rio. Ella ya se estaba hartando de escuchar ese sonido.

—Buen intento. ¿Crees que soy estúpido?

—No, lo que creo es que eres un debilucho.

—Bueno, este debilucho tiene malas noticias para ti. ¿El hombre al que le disparé? Está muerto. Mira las noticias.

Ella apartó el teléfono de su oído y respiró profundamente. Otra vida perdida. Al parecer, Dios no estaba de su lado después de todo.

—Prefiero no hacerlo.

—Como quieras. ¿Y sabes qué? Entiendo tus frustraciones. En estos dos últimos acertijos, no te he dado la oportunidad de verme en carne y hueso. Predije exactamente lo que harías y me escondí para que no me vieras.

—¿Eso crees? —gritó Ella.

—Sí, así que esta vez, te daré una oportunidad. Una verdadera oportunidad. ¿Te gustaría?

—Es lo único que quiero.

—Entonces escucha atentamente, porque ahora jugaremos por premios. Cuanto más rápido resuelvas esto, mejor será el premio. ¿Entendido?

Ella no sabía a qué se refería, pero parecía que le estaba dando la oportunidad de verlo con sus propios ojos. Sin embargo, también sabía que no sería tan sencillo. Era difícil imaginar que este asesino le podría dar una verdadera oportunidad para atraparlo.

—Sí. Adelante. Dime un acertijo o lo que sea.

—Tienes un poco más de tiempo para resolver este porque es más difícil que los otros. También es un poco diferente, así que ten cuidado con eso.

—Bueno, gracias por el aviso, pero estoy segura de que lo resolveré en unos minutos. Si de verdad quieres ponerme a prueba, tendrías que investigar un poco.

—Oh, creo que te sorprenderás gratamente. Este va a poner a prueba tus supuestos conocimientos.

Ella se apresuró hacia su coche y se metió dentro. Estaba lista para ir a este nuevo lugar inmediatamente.

—Claro. Pruébame.

—El hombre lobo de esta noche tiene una puntuación de piedra, y va a atraparla en flor. Lo único que necesita es un abridor de cerveza, y luego la convertirá en perfume.

—Difícil —dijo Ella.

—Tres horas. Ah, por cierto, este va más allá de las fronteras del estado. Nos vemos pronto.

—Sí lo harás —dijo ella, y estaba casi segura de ello.

CAPÍTULO VEINTE

La última vez que Cherie había pisado este campo fue en su época de animadora. Solo habían pasado 12 años, pero cuando sintió el punzante césped artificial bajo sus zapatillas, le parecieron como si fueran 12 vidas.

Había empezado a anochecer y el hombre había dicho que se reuniría con ella aquí cuando el personal diurno se fuera. De noche, no había personal en el lugar, por lo que podían dedicarse a sus asuntos sin temor a ser interrumpidos. No estaba segura de si el hombre era fiable, ni de cómo la había encontrado, pero le dijo que tenía de la mercancía china importada y que por eso podía venderla tan barata.

Cherie se resguardó cerca de las gradas y se mantuvo atenta por si aparecía alguna figura misteriosa. El hombre dijo que sería discreto, y aparentemente esa era la razón por la que había elegido este lugar. Había dicho que hacía todas sus transacciones en aquel lugar. Además, él se llevaba bien con algunos de los empleados, así que, si algún curioso descubría su pequeño negocio, era más probable que miraran para otro lado.

Intentó reprimir algunos de sus buenos recuerdos sobre aquel lugar, porque todos habían sido contaminados por su nueva vida. Hacía doce años, había tenido muchísimas oportunidades. Tenía un físico digno de ser admirado por chicos y chicas por igual. Las agencias de modelos la contactaban por teléfono. Sus admiradores la llenaban de regalos. Y todos los jueves por la noche, se convertía en la estrella del espectáculo.

Pero tanta popularidad tenía sus inconvenientes. Las tentaciones menos fuertes eran fáciles de conseguir, y resultaba que las más difíciles se conseguían aún más fácilmente. Recordó una fiesta universitaria en la que la animaron a probar un poco, solo una esnifada. No te hará daño, le dijeron. Era como beber diez vasos de vino de una vez.

Su dependencia a la atención comenzó a disminuir. Dejó de anhelar la devoción y se dedicó a actividades más hedonistas. Había pasado toda su vida evitando la comida chatarra y el alcohol, y sintió que se debía a sí misma el permitirse un pequeño capricho. Darle a su cuerpo algo más que proteínas y ejercicio.

Aquel capricho duró más de lo esperado, y cuando sus amigos trataron de apartarla del consumo, se dio cuenta de que ya no era un placer, sino una compulsión. Las dos semanas que intentó desintoxicarse fueron un torbellino de dolores de cabeza, cambios de humor, hambre, arrebatos emocionales y una depresión agobiante.

Las agencias de modelos ya la habían abandonado para ese entonces. Los deportistas rubios que tanto le gustaban se habían graduado y se habían marchado. Ya era demasiado mayor para atraer al mismo grupo demográfico, así que solo le quedaba su consuelo de elección. En su círculo, lo llamaban dragón *rock*.

Cherie comprobó la hora en su teléfono. Casi las seis de la tarde. Él debería haber llegado hacía 15 minutos. Quizá estaba esperando a que no hubiera moros en la costa o algo así. Pensó en llamarlo, pero el tipo solo hablaba a través de la aplicación encriptada. Ella entendía por qué. Tan solo en el último año, tres traficantes de los alrededores habían acabado en la cárcel.

La mujer comenzó a pasearse de un lado a otro, preguntándose si estaba en el lugar correcto o no. El campo era bastante extenso, pero seguramente él querría reunirse con ella en algún lugar donde las cámaras no pudieran captarlos. Al parecer, este lugar no tenía cámaras en su interior, pero aun así prefería no arriesgarse.

La noche inminente oscureció su visión mientras observaba el campo, y entonces vio que algo se movía en la distancia. Se llevó la

mano hacia la frente y entrecerró los ojos.

Vio a un hombre de pie en el centro del campo.

«¿Era él?».

Cherie no tenía ni idea de cómo lucía ese hombre. Edad, raza, altura. Nada. Aparentemente, el anonimato era su fuerte, y se estaría mintiendo si dijera que el asunto no la intrigaba un poco. En sus ámbitos corrían rumores sobre los señores de la droga y los cabecillas que, al parecer, gobernaban todo el mercado desde las sombras. Todo el mundo tenía sus pequeños cuentos populares sobre ellos, y a veces también se mencionaban nombres reales. Si este tipo era uno de ellos, ella tendría una estupenda historia que contar en la próxima gran reunión.

Su teléfono sonó.

Un nuevo mensaje.

«Encuétrate conmigo en el medio».

Qué extraño. ¿Por qué harían negocios al aire libre de esa forma?

«La gente podría vernos», respondió ella.

Otro mensaje, aunque el hombre no parecía moverse ni un centímetro. Permanecía quieto como un maniquí. Tal vez fuera por la poca visibilidad, se dijo Cherie.

«Las cámaras no pueden ver este lugar».

Cherie examinó los alrededores. Quizá tenía razón. No podían montar cámaras en medio del campo y tal vez las grabaciones de las cámaras de seguridad de los alrededores serían demasiado borrosas para poder distinguirlos.

Así que comenzó a caminar y mantuvo su rostro oculto como él le había indicado. Ella llevaba una capucha blanca sobre la cabeza, y una máscara que le cubría la boca y la nariz. Si alguien le

preguntaba, simplemente diría que no quería propagar los gérmenes de la gripe.

Al acercarse al hombre, distinguió algunos rasgos identificativos. Alto, bastante musculoso, ojos marrones profundos. El hombre se había levantado el cuello de la chaqueta negra y se había bajado la gorra negra para ocultarse el rostro. No era un disfraz espectacular, pero cumplía su función a distancia.

—Hola —dijo ella, manteniendo la distancia—. ¿Por qué aquí?

—Aquí nadie puede vernos —dijo el hombre. Una voz profunda, áspera por cigarrillos.

Cherie estaba bastante segura de que nadie podía verlos y al personal probablemente no le importaba de todos modos. Sabían que la gente se colaba aquí a deshoras.

—¿Puedo ver la mercancía antes de comprarla? —preguntó Cherie.

—Sí, pero primero tengo que ver tu teléfono.

A Cherie no le gustó esa idea.

—¿Mi teléfono? ¿Por qué?

—Para asegurarme de que borras mis datos. Si la policía te atrapa, no quiero que me rastreen. Estoy seguro de que lo entiendes.

Cherie le mostró la pantalla.

—No tengo tu número guardado. Lo tengo escrito en una nota en casa. No te preocupes, entiendo la discreción.

—Solo necesito asegurarme —dijo el hombre.

El suave calor primaveral prácticamente había desaparecido. El viento frío le helaba los huesos y le entumecía las puntas de los dedos. Miró a un lado y a otro, esperando que hubiese otras personas en su visión periférica. Quizá algún grupo de jóvenes fumando marihuana.

Pero no había nadie. Estaban solos.

—No puedo entregarte mi teléfono. ¿Puedes mostrarme lo que tienes?

Lentamente, él metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una diminuta bolsa de polvo machacado. Blanco con matices de marrón. Cherie se acercó para inspeccionarlo y concluyó que parecía auténtico.

—China White —dijo él—, cortada con un poco de paracetamol. Pero así es como la recibimos del este. No se puede extraer.

—¿Cuánto? —preguntó Cherie.

—Cien por gramo y tengo montones de esta mercancía.

El hombre volvió a guardar la bolsita y miró a su alrededor. Comprobó la hora en su reloj.

—¿Tienes que ir a algún sitio? —preguntó Cherie.

—Alguien más se reunirá conmigo aquí —dijo el hombre—. Pero no estoy seguro de que vaya a llegar.

Cherie se sintió repentinamente aliviada al saber que alguien más estaba en camino. Pero, aun así, quería que todo aquello fuera rápido. Le empezaban a temblar las manos y no era solo por el frío.

—¿Puedo llevarme tres gramos ahora mismo?

Él volvió a mirar su reloj.

—Ahora no. Solo tengo esto.

—¿Solo has traído un gramo?

—¿Crees que voy a ir por ahí con heroína en los bolsillos?

—No, pero pensé que traerías un poco más. Supongo que me llevaré lo que tengas contigo.

El hombre empezó a inquietarse. Miró a su alrededor como un ladrón dispuesto a colarse por una ventana abierta. A este tipo le pasaba algo, se dijo Cherie. Quizá él también era un drogadicto.

—Me temo que eso no será posible —le dijo dándole la espalda.

Cherie ya estaba sacando los billetes del bolsillo.

—¿Qué?

—No puedes llevarte esto.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Por qué me has hecho perder el tiempo?

—Por unas cuantas razones —dijo el hombre, volviéndose hacia ella—. Una, no creo que alguien como tú esté muy ocupada.

Cherie comenzó a retroceder. Se llevó las manos a los bolsillos en busca de cualquier cosa que pudiera utilizar como arma. Le empezó a palpar el corazón con fuerza y, a pesar del frío que hacía, sentía que el sudor le caía sobre la frente.

—Dos, esto ni siquiera es heroína. —Se acercó a ella, lo suficiente como para que Cherie pudiera sentirle el aliento frente a la cara. Ella no quería correr porque eso significaría que todo era real.

—Y tres, no estás aquí para eso.

La forma en que la miraba. La forma en que sus palabras eran incisivas.

Cherie comenzó a correr por el campo a toda prisa, sin detenerse a mirar atrás. Unos pasos estruendosos la siguieron. El corazón le latía a cada paso mientras buscaba una salida, tratando de volver por el mismo camino que había recorrido para llegar hasta allí.

Pero solo había un campo abierto durante otros 30 metros. Le empezaron a fallar los pulmones. Sintió que el hombre se acercaba.

Sintió un violento tirón en el cuero cabelludo. Cherie salió volando y se estrelló contra el suelo. El hombre la agarró del pelo, la acercó y le rodeó el cuello con las manos.

—Mantente viva todo el tiempo que puedas —dijo con calma.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Ella condujo por la ciudad, mientras volvía a escuchar el acertijo del interlocutor.

«El hombre lobo de esta noche tiene una puntuación de piedra, y va a atraparla en flor. Lo único que necesita es un abridor de cerveza, y luego la convertirá en perfume».

A diferencia de los otros, ella vio los temas inmediatamente. Tal vez fue por todo el ejercicio mental realizado por las otras adivinanzas, pero estaba segura de que sabía exactamente de qué estaba hablando.

Solo había una cosa diferente en este.

Una palabra del acertijo servía como palabra clave, el término que desbloqueaba el verdadero significado de los demás.

«Lo único que necesita es un abridor de cerveza».

La palabra clave era abridor. La palabra clave era «abridor». Le llamó la atención de inmediato porque parecía una elección extraña del lenguaje, al igual que cuando él había utilizado «imitar» en el acertijo anterior.

Una vez que se centró en la palabra abridor, su cerebro hizo otras dos conexiones.

Puntuación.

Atraparla.

El asesino estaba hablando de béisbol.

Y eso solo podía significar una cosa. Se estaba refiriendo al caso histórico del asesino de Princeton Place, un asesino relativamente poco conocido cuya racha de asesinatos se prolongó de 1994 a 1998.

El nombre del tipo era Darryl Donnell Turner, a quien el autor de la llamada también había hecho referencia con la frase «convertirla». Antes de que Turner fuera capturado, la designación del FBI era la de Hombre lobo de Washington. Turner había atraído a mujeres a lugares aislados con la promesa de darles drogas y alcohol, y en un caso extraño, había extraído un poco de la sangre de su víctima que más tarde dijo a la policía que planeaba usar como perfume.

Las conexiones eran claras, casi demasiado claras. Sin embargo, el lugar no lo era.

Era un campo de béisbol. Estaba segura de ello. Turner había atraído a una de sus víctimas a un campo de béisbol y la había abandonado para que muriera, pero ese campo ya había desaparecido. Washington, D.C. tenía unos treinta campos de béisbol de tamaño normal y cientos de campos más pequeños escondidos en parques. Ella no tenía ni idea en cuál de ellos él atacaría.

Pero entonces Ella recordó lo que él había dicho al final de la llamada. Había estado tan concentrada en el acertijo que lo había olvidado.

«Este va más allá de las fronteras del estado».

Ninguno de los crímenes de Turner cruzaba las fronteras estatales, y ¿a qué estados podía llegar en tres horas? Maryland, Delaware, Virginia si conducía lo suficientemente rápido. Eso hacía que el número de posibles localizaciones se elevara a cientos.

Ella se detuvo al borde de la carretera, apagó el altavoz del teléfono y se sentó en silencio. El interlocutor había dicho que cuanto más rápido resolviera el misterio, mejor sería su recompensa.

¿Cuál podría ser esa recompensa? ¿Un vistazo al mismísimo asesino?
¿Una víctima viva? ¿La desactivación de una bomba?

¿Qué otra cosa sabía ella sobre el asesino de Princeton Place? Prácticamente todo. Había estudiado el caso de principio a fin, pero fuera del campo de béisbol y de los elementos del perfume, el caso era rutinario. El asesino nunca había cruzado las fronteras del estado.

Ella se llevó las manos a la cara y se apoyó en el volante. Se preguntó qué quería este asesino. ¿Demostrar que era mejor que ella? ¿Sacar a relucir sus carencias?

Ambas cosas, pero entonces Ella recordó que él quería demostrar cuánto sabía de verdad sobre ella. Ella le dijo que no sabía nada y él la desafió respecto a esa creencia.

Estos acertijos estaban personalizados para ella. No solo hacían referencia a un caso histórico y a un lugar. Solo ella podía resolverlos.

¿Por qué el asesino de Princeton Place? ¿Porque era relativamente poco conocido? ¿Porque quería atraerla a un campo de béisbol aislado?

Ella se puso en el lugar del interlocutor. ¿Cómo se compone un acertijo? Por sus limitados conocimientos, sabía que los maestros de los rompecabezas siempre trabajaban al revés. Empezar con el resultado final y partían de ahí. Eso significaba que él elegía al asesino del Princeton Place desde el principio y luego modificaba la información para que se adaptara a él.

Princeton. ¿Por qué la palabra significaba algo para ella? Era un área pequeña en Washington, pero ella había estado en otro Princeton hacía apenas unos días.

Princeton, Nueva Jersey, esa fue la ubicación de su caso anterior.

«Este va más allá de las fronteras del estado».

Le corrió una emoción por las venas. La sangre comenzó a bombear.

¿Cómo ayudaba eso? ¿Cómo estaba relacionado? El segundo acertijo también cruzaba fronteras estatales según su lógica, y no lo había mencionado antes. Pero lo mencionó varias veces en el acertijo, así que tal vez pensó que no era necesario.

Ella repasó rápidamente el último caso en su mente. Princeton, Nueva Jersey. Un joven estaba matando a trabajadores médicos porque su madre padecía una rara enfermedad llamada Síndrome del hombre de piedra.

Ella sacó su teléfono y miró los nombres de los campos de béisbol de la zona.

Campo Ryan Zimmerman, Parque de béisbol Anacostia, Parque de béisbol West Potomac, Campo Langdon, Cuckoo Oak Green, Parque de béisbol Ángel caído, Campo Brentwood Hamilton, Parque Turtle.

Ella repasó los nombres, tratando de identificar cualquier grupo de letras oculto que pudiera transformarse en la pieza final del acertijo. Consultó el reloj. Quedaban noventa minutos.

Nada apuntaba a Nueva Jersey. Ningún término relacionado con el mundo de la medicina. Ninguna mención a piedras, estatuas o enfermedades.

¿Quién era el asesino? Su nombre era Jacob, pero eso aún no se había hecho público. En su lugar, lo llamaban el Ángel caído de la muerte.

Ángel.

Ella golpeó el volante.

—¡Sí! —gritó y puso en marcha el motor.

Sabía dónde tenía que estar.



Ella saltó la valla del parque de béisbol Ángel, corrió hasta el extremo del campo y entrecerró los ojos en la oscuridad. El anochecer había sido repentino e inesperado en esta nueva

primavera, y lo único que iluminaba el terreno de juego de tamaño normal era una pizca de luz de luna.

Pero no tardó en detectar la anomalía. Las sombras se movían, se retorcían y se mezclaban en la oscuridad, pero era imposible negar que había una figura en el otro extremo del campo. Sacó su arma al mismo tiempo que se adaptaba a la oscuridad y, de repente, el acertijo cobró un poco más de sentido.

Un hombre vestido de negro estaba sentado encima de una mujer, y tenía las manos apretadas alrededor del cuello de la chica.

Había atrapado a su víctima en flor. Como si permitiera que Ella presenciara el asesinato.

—¡Quieto! ¡No te muevas! —gritó ella.

El asesino ni siquiera la miró.

No le dejó otra opción.

«Bang».

Ella disparó una explosión ensordecedora, pero la oscuridad le dificultaba fijar la vista en él. El retroceso del disparo le lastimó las yemas de los dedos y le retumbó en los tímpanos.

Entonces la sombra se agitó y desapareció en la noche. Ella se apresuró a perseguirlo, disparando dos veces más mientras corría por el campo. No podía oír ningún grito de dolor ni el ruido de las pisadas debido a las potentes detonaciones, así que no sabía si había logrado darle al hombre. Tres balas menos, quedaban tres.

Ella abrió fuego en la oscuridad y rezó para que la suerte estuviera de su lado. Justo cuando su munición se acababa, descubrió a la chica. Ella se tumbó en la hierba y le tomó el pulso.

—Señorita —dijo Ella, agarrándole la cara—. Señorita, por favor, contésteme.

La víctima era su prioridad. Se lo habían inculcado durante los años de formación del FBI, pero había un asesino en fuga más adelante. Hacía apenas unas horas, había atendido a una víctima mientras el asesino volvía a escapar. ¿Hacía bien en volver a hacer lo mismo o la captura de este depredador estaba por encima de todo lo demás?

Luchó con la decisión mientras sacudía a la mujer herida. Incluso con la escasa luz, Ella vio marcas rojas alrededor del cuello de la chica. Las mismas que en la primera víctima.

Pensó que era demasiado tarde, pero una violenta inhalación de aire le sugirió que esta mujer aún estaba viva.

La mujer la necesitaba. Salvar vidas estaba por encima de atrapar a los sospechosos, por muy paradójica que fuera la idea a veces.

—Respira conmigo —dijo Ella—. Por la nariz. Vamos. Quédate conmigo, chica. Ahora estás a salvo.

Más inhalaciones. La chica parpadeó rápidamente, con los ojos clavados en el cielo nocturno. Ella se dio cuenta de que había entrado en *shock*.

Ella sacó su teléfono y llamó al 911.

—Se necesita ambulancia y policía en el parque de béisbol Ángel caído. Chica en estado de *shock*, estrangulada. Apúrense —gritó Ella.

Estaban en medio de un campo abierto y había unos ciento ochenta metros en cada dirección. Si el asesino volvía, podía atacar desde cualquier ángulo. Ella había cometido el error de novata de disparar todas las balas que tenía, algo que los agentes del FBI estaban entrenados para evitar. Se lo habían repetido mil veces desde el primer día y ahora entendía por qué.

Sin embargo, el asesino no lo sabría. Agarró su pistola con una mano y se mantuvo con una visión de 360 grados del área, pero podía sentir el vacío. Las únicas que estaban allí eran ella y la chica.

El asesino había escapado.

Se maldijo a sí misma por haberse precipitado tan imprudentemente. Si hubiera actuado con más calma, podría haberle ganado la partida. Podría haberse acercado y haberlo atrapado discretamente. Ahora habría otro acertijo, otro cuerpo.

Se tumbó en la hierba junto a la víctima y continuó hablándole.

—Quédate conmigo, chica. Ya se ha acabado. No dejes de respirar. Los paramédicos estarán aquí en dos minutos.

—¿Ella? —tosió la mujer. Expulsó flemas y Ella le limpió la cara con la manga—. ¿Tú...? ¿Ella?

¿Esa mujer la conocía? ¿Tal vez por el noticiero?

—Sí, lo soy. ¿Cómo te llamas?

—Cherie —dijo la mujer y luego se detuvo para recuperar el aliento—. Él... me dio esto... para ti.

Cherie levantó la mano lentamente, como un demonio emergiendo de la tumba. Tenía algo en la mano.

Ella extendió la mano y la agarró.

—Oh, mi... —comenzó Ella.

Recordó su conversación telefónica con Ben.

«He perdido mi sombrero favorito. ¿Recuerdas el de malla con los kanji?».

No estaba perdido.

Ella lo tenía en las manos.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Ella estaba sentada en la sala de espera del Hospital Irving Royal, con las manos juntas en posición de oración.

Esperó con la víctima, cuyo nombre real era Cherie Nesbo, hasta que llegó la ambulancia. Por desgracia para Ella, la policía había llegado al mismo tiempo, y le habían exigido que esperara hasta que estuvieran listos para interrogarla. Podría haber huido mientras esperaba a que terminaran de hablar con Cherie, pero habría sido la forma perfecta de perfilarse como sospechosa de asesinato. Ella se puso en el lugar de la policía, y sabía que una interrogada escurridiza les daba más respuestas que una interrogación real.

¿En qué momento su silencio dejó de ser heroico y se convirtió en una tontería? ¿Cuántas personas más tenían que ser atacadas antes de que se diera cuenta de que su resistencia a hablar podría estar obstaculizando más que ayudando? Acarició el sombrero que el asesino había dejado para ella y, aunque apenas podía adivinar lo que sugería, la respuesta era bastante clara.

El sombrero era una amenaza. Le decía a Ella que nadie en su vida estaba a salvo. Había estado segura de que esa persona no era Tobias Campbell, pero ahora empezaba a pensar lo contrario. Era un recurso muy propio de Tobias, pero ¿cómo Tobias podía saber algo sobre Ben? Asimismo, ¿cómo este asesino podía saber algo sobre Ben?

Ella trató de recordar si alguna vez se lo había mencionado a alguien en su vida. Una vez le habló a Mia de él durante la cena,

pero si no recordaba mal, ni siquiera mencionó su nombre. Mark no lo sabía. Su compañera de apartamento no lo sabía. Ella y Ben solo habían salido dos semanas como máximo, así que quienquiera que fuera esta persona, estuvo vigilando a Ella durante ese periodo de dos semanas.

Algo para tener en cuenta, se dijo.

Ella sacó su teléfono y abrió la ventana de mensajes para Ben. Empezó a escribir y luego lo borró. Lo repitió una vez más.

No había forma de decir lo que quería decirle. ¿Cómo podía decirle que su vida podría estar en peligro? Lo asustaría, luego él iría a la policía, luego la verdad saldría a la luz.

Pero él necesitaba saberlo. Su vida era más importante que los errores que ella cometía.

Pulsó el botón de llamada.

Siete tonos.

No hubo respuesta...

—Ben, es Ella. Por favor, llámame cuando recibas esto. Es urgente.

La puerta de la sala de urgencias se abrió de golpe y salieron dos oficiales, uno de ellos aún estaba tomando notas.

—Esa es ella —dijo uno de ellos.

Era su turno. Se metió el sombrero de Ben en el bolsillo.

—Señorita Dark. Esa es usted, ¿correcto?

Ella asintió.

—Sí, oficial. ¿Cómo está Cherie?

Se sentaron, uno a cada lado de ella. Se maldijo por haber elegido el asiento del medio.

—Está en estado crítico. Viva, pero luchando.

—¿Sobrevivirá?

—No lo sabemos, pero sí sabemos que necesitamos su declaración. ¿Podría darnos su nombre completo, por favor?

—April Dark —mintió. Una rápida comprobación de su nombre real en la base de datos de la policía la haría figurar como agente del FBI y eso levantaría sospecha.

—¿Edad, dirección?

—Edad 34 años. Vivo en Holby Road 10, 20036. —Ambas mentiras.

—Parece joven para tener 34 años —dijo el otro oficial.

—Bueno, tengo 29 años desde hace 5 —bromeó ella.

El oficial sonrió y volvió a ver su cuaderno de notas.

—¿Cómo encontró a la víctima? —preguntó el otro.

Respiró profundamente.

—Había ido a dar un paseo a las afueras del parque. Oí gritos, chillidos. No el típico grito de los chicos. Gritos reales, de pánico.

—¿Solo una voz?

—No. Dos. Hombre y mujer.

—¿Entonces qué pasó?

—Venía de la dirección del campo de béisbol, así que me acerqué para echar un vistazo. Entonces vi a la mujer en el suelo. Corrí hacia ella, le hice la RCP y llamé al 911. Eso fue todo. Esperé con ella hasta que llegó la ambulancia.

—¿Vio a alguien más en la escena? La víctima afirma que un hombre la estranguló, pero no logramos entenderla demasiado. Todavía está en *shock*. Y mencionó algo sobre un sombrero, ¿puede ser?

—No. No vi a nadie más. No sé nada de una gorra. ¿Tal vez su atacante llevaba una?

—Esa es la respuesta más lógica —dijo el oficial.

Ella se preguntó cómo su interlocutor podría haber sabido si había llevado refuerzos o no. Pero teniendo en cuenta que él la había observado en todas las escenas hasta el momento, no podía garantizar que él no la vigilara en todo momento. Miró alrededor de la habitación. Una mujer joven con un bebé dormido. Un chico patinador con un profundo corte en la frente. Dudaba de que alguno de ellos fuera su sudes, pero tuvo la visión de decir la verdad y luego escuchar una explosión en la distancia.

No. Tendría que ser insensata un poco más.

—Creo que hemos terminado aquí.

—Oficiales, ¿puedo preguntar algunas cosas sobre la víctima? — preguntó Ella.

Él cerró su cuaderno de notas y se guardó el bolígrafo.

—De acuerdo, pero no podemos decir demasiado.

—Entiendo. ¿Ella tenía un teléfono celular consigo?

—No. Ningún teléfono.

El asesino debió llevárselo consigo. Eso sugería que había encontrado a la víctima en Internet y la atrajo al campo de béisbol.

—¿Había señales de agresión sexual?

El oficial frunció el ceño.

—Usted está empezando a sonar como nosotros. ¿Es usted policía?

Ella negó con la cabeza.

—No, solo me preguntaba cuáles eran las intenciones del hombre.

El oficial se encogió de hombros.

—No hay señales, hasta donde podemos constatar.

Ella tenía una última pregunta muy importante, pero no sabía cómo formularla. El asesino había hecho referencia a su último caso en Nueva Jersey con el Ángel caído, y si estaba imitando ese caso, entonces podría reducir significativamente su grupo de posibles sospechosos.

—Una última cosa. ¿Sus pulmones o su pecho parecían... expandidos?

Los oficiales se miraron entre sí.

—¿Qué?

—No importa —dijo Ella, alarmada—. No es importante. No quise decir eso.

Uno de los oficiales volvió a sentarse.

—No, por favor, siga. Tengo curiosidad.

Ella improvisó.

—Bueno, tardé unos tres minutos en entrar en ese campo desde el exterior. Me pregunto cómo se mantuvo viva Cherie. Si este tipo

indeseable quería matar a Cherie, tuvo tiempo más que suficiente para hacerlo. Me preguntaba por qué no lo hizo.

El oficial volvió a sacar su cuaderno de notas y empezó a garabatear. Ella intentó echar un vistazo, pero no pudo ver.

—No lo sabemos. ¿Pero qué tiene que ver eso con los pulmones expandidos?

Ella volvió a pensar con rapidez.

—Yo solía ser enfermera. Una vez vi a una chica que había sido asfixiada, luego revivida, y luego asfixiada de nuevo. Una y otra vez. Vic... —Se detuvo—. Vicky era su nombre. Cuando eso sucede, los pulmones y el pecho se expanden para contener más oxígeno. Como una memoria muscular rápida. Me preguntaba si...

Ella no podía interpretar las expresiones de los oficiales. ¿Confusión? ¿Desdén? Parecía que ambos acababan de oler el aire de una planta de tratamiento de aguas residuales.

—No tiene importancia —dijo Ella—. Es solo mi cerebro médico trabajando horas extras. ¿Puedo irme ya?

—Sí. Por favor, llámenos si se le ocurre algo más.

En dos minutos, salió por la puerta, volvió al coche y se fue a la casa.

Se le había ocurrido algo más.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Ella volvió a casa de Mia sobre las ocho de la noche, tiró sus cosas en el sofá y se puso a trabajar. Según parecía, Mia no había estado en su casa desde que se había marchado aquella mañana.

Puso el teléfono con el volumen al máximo, esperando una de las tres llamadas. Ben, Mia o su amigo anónimo. Tenía mucho que decirles a todos ellos.

Como siempre, la soledad obligaba a la introspección. Ella repitió una y otra vez los acontecimientos del campo de béisbol, repasando cada escenario, cada línea de tiempo. Lo que más deseaba era haber matado al tipo allí mismo, pero entonces Cherie no habría vivido ni un día más. Una vez que él estuviera muerto, ella podría contar todo lo sucedido y estaría libre de sospecha.

Eso era el mejor de los casos. El peor era que el asesino hubiera escapado y Cherie también hubiera muerto. Al final, había tenido un éxito a medias, pero la vergüenza la seguía consumiendo.

Pero en ese momento, era la hora de elaborar su perfil. Sabía lo suficiente sobre este suceso como para hacer algunas conjeturas, y hacerlo la ayudaría a reducir su grupo de sospechosos. Sacó su cuaderno de notas y empezó por el principio.

El asesino vivía, trabajaba o se había criado en Washington, D. C. Era un hombre, a juzgar por las inflexiones de su voz. Por lo poco que pudo verlo en parque Ángel caído, era de estatura ligeramente superior a la media y de complexión musculosa.

El sudes era un supuesto «admirador» de ella. No solo seguía sus avances en las noticias, sino que también la había acosado en la vida real en algún momento de los últimos meses. Según su propio testimonio, solo se habían cruzado una vez en persona, y ella no tenía ni idea de dónde podría haber sido. El sudes se mantenía al tanto de los casos activos de Ella y esa información estaba disponible a través de los sitios web de investigación *amateur*. También estaba disponible a través de las fuerzas policiales locales durante los casos activos, y se convertía en información pública una vez que los casos se cerraban oficialmente. Ella incluso tenía una sección en el sitio web del FBI en la que se detallaban los casos cerrados en los que había participado. Todos los agentes tenían una sección.

El asesino había sido presentado a Ella a través de Mia. Hasta donde ella sabía, el asesino era mucho más cercano a Mia que a ella. «Pero ella nunca me atrapó», había dicho, así que eso solo podía significar una cosa: era uno de los anteriores sudes de Mia. Pero si ese era el caso, ¿por qué iría detrás de Ella? Ella estaba relacionada con su caso de alguna manera y esos casos podrían ser hasta cientos. Ha estado en el FBI durante casi 8 años, 7 de ellos los pasó en la División de Inteligencia. Había sido consultora en innumerables casos que incluían a Mia, y buscar en ellos uno por uno le llevaría un tiempo que no tenía.

El asesino era físicamente capaz, estaba entrenado en el manejo de armas de fuego y era muy hábil con la tecnología.

Él creía poseer un profundo conocimiento de los casos históricos de asesinos en serie, y dadas algunas de las referencias en sus acertijos, esto parecía ser cierto. Había hecho referencia a algunos aspectos poco conocidos de estos casos, cosas que solo un erudito en crímenes reales podría conocer.

El sudes estaba al tanto de la relación de Ella con Ben, que solo se había producido en un periodo de pocas semanas. Eso significaba que el sudes había rondado su entorno durante ese tiempo y posiblemente la había visto en público con Ben.

Él había invadido su casa y había robado fotografías de su padre. No estaba segura de cuándo podría haber tenido lugar eso, ya que no había visto esa foto desde febrero, cuando la sacó del antiguo almacén de su padre. Eso ubicaba el marco temporal en una ventana de cuatro meses.

Sandy Moore había sido su primera víctima. Cualquier crimen anterior a ese no habría implicado un homicidio en serie ni un homicidio simple.

Por último, y Ella tan solo se había dado cuenta mientras estaba sentada en el hospital, el suceso podría trabajar en el sector médico. Para estrangular y reanimar a alguien repetidamente se requería un conocimiento detallado del sistema cardiovascular. La cuestión no era limitarse a estrangular y esperar lo mejor, porque eso solo provocaría la muerte. Si bien el aspecto de la estrangulación no era difícil, para reanimar a alguien en estado de inconsciencia era necesario comprimir el pecho, los pulmones y el corazón durante un tiempo determinado.

Ella había descubierto todo esto en el último caso.

Estaba ensimismada en sus pensamientos, así que el ruido de su teléfono al sonar la asustó. Se inclinó y leyó el nombre en la pantalla. Contestó.

—Ben, ¿estás bien? —preguntó.

Un breve silencio. Hubo un movimiento del otro lado. Ella comenzó a sentir pánico.

—Estoy bien. ¿Qué pasa?

Ella soltó un suspiro de alivio.

—Necesito que me escuches y que me prometas que no le repetirás esto a nadie.

—Uhh, tengo miedo.

—Lo digo en serio.

—Lo sé. Lo juro por Dios. Adelante.

—Necesito que te quedes en un lugar seguro durante los próximos días, ¿de acuerdo? No abras la puerta. Ignora tu teléfono a menos que sea yo. ¿Entendido?

—¿Qué? Quiero decir, no estaba planeando ir a ninguna parte de todos modos, pero ¿qué significa esto?

Ella confiaba en él. Él tenía un buen corazón y no haría nada que la pusiera en peligro.

—¿Recuerdas lo que dije? ¿Que alguien está persiguiendo a gente cercana a mí?

—Sí, lo recuerdo. No estarás diciendo...

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo. ¿Puedes mantenerte un perfil bajo por mí? Por favor.

—¿Quieres que me quede de brazos cruzados todo el fin de semana? —preguntó Ben.

—Sí.

—Uh, déjame pensarlo. Sí, claro que puedo hacerlo.

—No estoy diciendo que estés en peligro inmediato, pero no quiero arriesgarme. Lamento mucho tener que imponerte esto.

—¿Estar sin hacer nada todo el día? No hay problema. Me preocupaba que me pidieras que te ayudara a colocar unas estanterías.

—Eso viene después —dijo Ella.

—Bueno, me temo que estás por tu cuenta, señorita. ¿Te molesta si te pregunto qué pasa? Quiero decir, no me molesta ser un ermitaño, pero me gustaría algo de contexto.

Ella repasó los acontecimientos rápidamente, disfrutando de la liberación. Se sintió bien al poder descargar algunos de estos problemas y, cuando dijo todo, sus pensamientos se sintieron menos desordenados. Le dio la versión corta, sin detenerse en los detalles específicos. Lo único que él sabía era que ella estaba buscando a alguien relacionado con ella y con Mia.

—Bien —dijo Ben—. ¿Y qué hay de esos diarios?

—¿Qué has dicho? ¿Qué diarios?

—¿Recuerdas cuando estábamos en ese bar? Dijiste que habías documentado todos los casos en los que habías trabajado, aunque no debías hacerlo.

Ella se puso en pie de un salto. Una respuesta involuntaria ante el nuevo impulso.

—¡Maldita sea! Tienes razón —dijo.

—Si no puedes volver a la oficina del FBI, ¿por qué no lo intentas con ellos?

—Eres un genio. Podría besarte. Y a esa memoria tuya.

—Me parece bien. Sí, me llaman el elefante.

—Se supone que soy yo la que nunca olvida las cosas, pero hace meses que no escribo en esos diarios. No puedo creer que no se me haya ocurrido.

—Quise decir que me llaman el elefante porque duermo en mi propia mugre, pero lo que tú dices es mejor. ¿Quieres que te ayude a buscar en ellos?

—No, por favor, mantente a salvo. ¿Tienes protección allí?

Él se rio.

—Eso es un poco prematuro.

—¡Ben, ahora no!

—Lo siento. No, no tengo, pero pediré una. ¿Cuánto tiempo tendré que estar en casa? Tengo que ir a trabajar el miércoles.

Ella recogió sus cosas y salió por la puerta. Este podría ser el viaje más difícil de todos.

—Dame 24 horas y tendré esto resuelto. Lo prometo.

—De acuerdo. Buena suerte. Mantenme informado.

Ella desafió nuevamente sus órdenes y se dirigió a la escena del crimen.



Ella entró en el aparcamiento de su complejo de apartamentos. Todavía había dos coches de policía. Todos los demás componentes de los equipos de análisis de la escena del crimen se habían marchado hacía tiempo.

No podía creer que Ben recordara sus diarios. Ella había hecho un comentario casual sobre ellos en su primera cita y, en ese momento, pensó que podría estar aburriéndolo. Al parecer, él había escuchado todo muy atentamente.

Desde su primer día de trabajo, Ella había tomado notas sobre cada caso en el que trabajaba. Era estupendo para la investigación, además de que le encantaba volver a leer los detalles más sutiles. Lo irónico era que, desde que había aceptado el trabajo como agente de campo, había descuidado por completo los diarios. Los detalles más sutiles ahora quedaban almacenados en su mente y, en la mayoría de los casos, no quería revivirlos. De camino hacia allí, pensó que había descuidado sus diarios porque estaba demasiado ocupada, pero tal vez fuera algo subconsciente. Como analista de inteligencia, había mantenido una distancia indirecta de la tragedia, pero ahora que estaba en primera línea, era mejor dejar el pasado en el pasado.

Ella le informó al oficial de policía de la puerta que solo había venido a recoger algunas cosas. Subió a su apartamento en el último piso y encontró a otro oficial. Se presentó.

—Señorita Dark, no piensa quedarse aquí esta noche, ¿verdad?
—le preguntó el oficial.

—No, solo voy a buscar algunas cosas y luego me quedaré con una amiga por un tiempo.

—Genial. Le aviso porque nuestro turno termina a las 21:00, así que toda esta zona estará sin personal. Nos aseguraremos de trabar las puertas.

Era justo, se dijo Ella. No podían quedarse allí toda la noche.

Se dirigió al interior y percibió el familiar olor a fluido médico. Todas las puertas estaban bien cerradas, algo que ella nunca hacía. Era extraño ver su propio apartamento con un aspecto tan ajeno.

Ella echó un vistazo a la sala de estar, que aún presentaba las secuelas de un asesinato. Sangre seca en el suelo. Un sofá hecho pedazos, ahora envuelto en plástico. Todo estaba como lo había

dejado, pero con pequeñas marcas numéricas encima de cada prueba.

Tobias Campbell había estado aquí, había violado su santuario, le había quitado la vida a quien no tenía derecho a hacerlo. De repente pensó en Mia, que con suerte ya estaba tras su pista. Este nuevo caso la había distraído tanto que apenas había tenido tiempo de pensar en Mia, pero si había alguien que podría llevar a Tobias Campbell a un final permanente, era Mia.

Ella se retiró a su habitación. La vieja y conocida. ¿Cuándo había dormido allí por última vez? Apenas podía recordarlo. Debía de ser hacía mucho tiempo, porque las cortinas estaban cerradas y ella solo las abría los fines de semana. En este caso era viernes.

Una de las ventajas de vivir en el último piso era que tenía un ático. Muy pequeño y casi totalmente inutilizable, pero perfecto para guardar cosas que no se necesitaban por el momento pero que podrían necesitarse algún día. Bajó la trampilla y subió la escalera hacia la mohosa oscuridad.

Ella metió la mano en el interior y cogió una bolsa de lona. Volvió a bajar y revisó el interior. Había cinco tomos encuadernados en cuero entre algunos adornos navideños. Empezó a leer uno al azar. Este abarcaba desde abril de 2014 hasta enero de 2016.

«05/04/2014: Colaboración con la Fuerza de Tarea Conjunta contra el Terrorismo para recabar información sobre un atentado de terrorismo doméstico en Nueva Orleans. El sospechoso era Omar al-Asiri, un programador de 24 años que había detonado una bomba en casa de sus abuelos».

«15/05/2014: El equipo de operaciones especiales se infiltró en la red de tráfico sexual Blue Circle a partir de los hallazgos de la División de Inteligencia. Se llevaron a cabo 17 detenciones en Las Vegas, Nevada, incluido el supuesto “vocero” de la red Brian Pullman. Su colección de vídeos que descubrimos en la Deep Web se considerará una prueba admisible que quizá deba presentar cuando su caso vaya a juicio, probablemente a finales de año».

«11/07/2014: Se descubrió una posible relación entre un lapso de asesinatos en serie en New Bedford, Massachusetts, y Lisboa, Portugal. El asesino de New Bedford tenía como objetivo la comunidad portuguesa, y los asesinatos similares en Lisboa comenzaron tres meses después de que cesaran los de New Bedford. En contacto con Operaciones Internacionales y la Agencia de la Unión Europea para recopilar datos».

Ella hojeó el resto del libro. Tenía varios cientos de páginas, algunas entradas más detalladas que otras. Luego otros cuatro libros de lo mismo.

Era hora de leer a toda velocidad. No lo hacía desde hace mucho tiempo.



Ella pasó una hora examinando los detalles básicos y descartando mentalmente cualquier caso que no se ajustara a sus criterios. Sin embargo, el único criterio era que el caso la involucrara a ella y a Mia de alguna manera.

No fue hasta la mitad del tercer libro cuando por fin vio el nombre de su compañera.

«10/01/2017: Declaré en el Tribunal Superior del Distrito de Columbia contra Andras Rain, alias el Estrangulador de los ojos apagados. Expuse la información que habíamos recopilado en Internet sobre el proceso de selección de víctimas de Rain. Rain no estuvo presente en el juicio, pero conocí a una de los agentes que contribuyeron a atraparlo: La agente Ripley. Una mujer muy agradable, pero no hablamos mucho».

Los recuerdos la invadieron. Tan solo habían pasado 4 años, pero parecía que habían pasado eones.

Andras Rain. ¿Cómo pudo haber olvidado su nombre?

Ahora era un exmédico desprestigiado, Andras atacó al menos a cuatro mujeres al azar, pero sus intenciones no eran matarlas. Andras las asfixió hasta casi matarlas, luego las revivió y llamó al 911.

Quería mantenerlas vivas, para que se vieran obligadas a lidiar con el trauma por el resto de sus días. Un caso muy extraño y único, sobre todo teniendo en cuenta que Andras había sido un médico general de confianza antes de que sus salidas nocturnas se hicieran públicas. Se rumoreaba que los psicólogos del FBI se hicieron un festín con él.

Si recordaba bien, Ella fue quien descubrió un vínculo entre las víctimas. Misteriosamente, todas ellas apagaban y encendían sus teléfonos exactamente a las mismas horas, pero en distintos días de la semana. Ella se dio cuenta de que todas asistían a reuniones de Alcohólicos Anónimos. Andras tenía como objetivo a las adictas en recuperación porque, según él, nadie creía sus historias de todos modos. Podía atacarlas, traumatizarlas y luego desaparecer, porque la palabra de las chicas no significaba nada. Los relatos de los testigos oculares eran notoriamente poco fiables, más aún si el testigo ocular era un exadicto.

Y esa fue una de las razones por las que Andras Rain quedó libre. A pesar de los múltiples testimonios, incluido el de Ella, no había pruebas suficientes para acusarlo.

¿Andras podría haber regresado a la cacería? ¿Vengándose de los que arrastraron su nombre por el barro y destruyeron su carrera?

Había una sola manera de averiguarlo.

No tenía su computadora portátil y cualquier búsqueda que hiciera quedaría registrada en la base de datos de todos modos.

Ella necesitaba ayuda.

Un nombre le vino a la mente. Una nueva amiga.

Cogió su teléfono y marcó el número de la Unidad de Apoyo a la Investigación. Alguien estaría allí. Aquellos locos trabajaban las veinticuatro horas del día.

Tres tonos.

—Hola, Unidad de Apoyo a la Investigación —dijo una voz.

—Hola, ¿puedo hablar con Jade, por favor?

—Sí, un momento.

La llamada se transfirió.

—¿Hola? —dijo la voz familiar.

—¿Jade? Soy Ella Dark. Nos conocimos antes.

—Oh, hola. Hice lo que dijiste.

—Lo sé. El director también me interrogó al respecto. Me alegro por ti.

—Gracias por el apoyo. Me siento mucho mejor. Otra chica también habló de ello.

—Te lo dije. Nunca estás sola.

—Aparentemente no. Resulta que Mark era bastante idiota, ¿eh? Pero basta de hablar de él, ¿cómo puedo ayudarte?

—Todavía estás trabajando, ¿verdad? ¿No estabas a punto de irte?

—Claro que no. Estoy aquí hasta medianoche. ¿Necesitas algo de nosotros?

—Necesito un nombre y una dirección. ¿Puedes ayudarme?

—Eh, posiblemente. ¿Para qué es?

—Es un sospechoso en una investigación en curso. Solo quería echarle un vistazo.

—¿Cuál es el número de caso? Necesito registrarlo.

Ella pensó en la mejor manera de actuar. Suspiró. No podía inventar más disparates.

—Jade, esto es más un favor que otra cosa. Es sospechoso de asesinato, pero no hay designación de caso para él. Es Andras Rain.

Jade se quedó callada durante un minuto.

—Bueno, ¿por qué no dijiste que era un favor? Solo entraré de incógnito.

—¿Puedes hacer eso?

—Claro. Cualquier cosa para ayudar a una hermana. Este tipo está en el 811 de Columbia Drive, justo al lado de Navy Yard. ¿Es

suficiente?

Ella lo sabía. Perfecto, se dijo a sí misma.

—Gracias. Te lo agradezco. Es todo lo que necesito.

—Buena suerte. Si necesitas algo, ya sabes dónde estoy.

Ella guardó sus diarios y recogió sus cosas. Se despidió. De Jade, de su apartamento y de los oficiales de guardia.

Tenía un buen presentimiento sobre esto.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Ella se acercó a la puerta del 811 de Columbia Drive, una casa lúgubre y decadente al final de una calle poco iluminada. El exterior podría haber sido magnífico si no fuera por los paneles sueltos, las cortinas mugrientas, y las ventanas agrietadas y cubiertas de polvo.

Llamó a la puerta. Lo mejor de visitar a la gente a las diez de la noche era que normalmente estaban en casa.

Excepto Andras Rain, que no lo estaba.

No había luces encendidas en la casa. Detrás de las cortinas mugrientas, reinaba la oscuridad.

Era una casa independiente, y el vecino más cercano estaba a quince metros. A la luz de la luna, ella bordeó el lado de la casa que daba al jardín trasero. Al igual que la parte delantera de la casa, estaba desordenada y descuidada. Hierba crecida, losas rotas, plantas invasoras que probablemente estaban arruinando el soporte estructural de la casa.

¿Así era como se veía la libertad? Si ella fuera Andras Rain, estaría dando gracias a los dioses por no pasar la vida entre rejas y, sin embargo, ¿él elegía vivir así?

Algunas personas eran incomprensibles. No era extraño que los psicólogos tuvieran mucho trabajo con él.

La parte trasera de la casa estaba envuelta en la oscuridad, como todo lo demás, pero cuando se acercó a la pared, se dio cuenta de que una de las ventanas estaba completamente destrozada. Una

cortina suelta se movía con el viento, mientras ondeaba fuera de la ventana y volvía a introducirse en el interior.

Una ventana abierta no era una invitación, se recordó a sí misma.

Pero dos ataques mortales y graves amenazas contra su vida sí lo eran.

Ella se agarró al marco de la ventana y trepó por la pared. Empujó un pie hacia el interior, apartando la cortina de la ventana para ingresar en una cocina destartada que parecía sacada de uno de esos programas de inquilinos del infierno. Platos, sartenes y cubiertos amontonados en un lado, y bolsas de basura reventadas en el otro. Olía como si acabara de adentrarse en una fosa común.

Pisó el suelo de baldosas y avanzó lentamente por la casa, con la pistola pegada a la mano. La cocina llevaba a un pasillo y luego a una gran sala de estar que tenía un aspecto tan desolador como la casa de reasentamiento en la que había estado en el Cleveland Park. Utilizó la linterna de su teléfono para inspeccionar el lugar, pero no había mucho que ver. Sillas sucias, un televisor polvoriento, una pecera vacía.

Ella se dirigió hacia la escalera y se encaramó al primer escalón. Las escaleras eran el enemigo de los ataques sorpresa porque siempre hacían ruido, por más sigilosamente que se pisaran. Ella se mantuvo lo más ligera posible, pero no pudo silenciar el crujido de las tablas del suelo.

Pero en el tercer escalón, algo le llamó la atención.

Escuchó atentamente.

Había movimiento, pero no provenía del piso superior.

Venía desde abajo del suelo.

Al volver al pasillo, tiró de una estrecha puerta que supuso que ocultaba un armario.

No era así.

Una luz anaranjada surgió del interior, revelando una escalera que conducía al sótano. Bajó la linterna e intentó escuchar movimientos, voces, señales de vida.

Los detectó. Los sonidos se hacían más fuertes, estremeciéndole la piel y haciéndole subir la adrenalina con rapidez. Descendió con las dos manos en la pistola. Su plan era abalanzarse sobre este hombre y obligarlo a confesar bajo amenaza de muerte. La única persona que podría rastrear las escenas de los crímenes recientes hasta este hombre sería ella y, por lo tanto, nadie vendría a buscarlo. Muerte o gloria, pero esta vez la elección estaba en sus manos.

La escalera dio una vuelta. Cuando llegó al final, entró en una enorme sala de piedra y moho que abarcaba toda la casa. Había cajas apiladas en todos los rincones. A lo largo de uno de los extremos de la sala había una mesa que mostraba una hilera de relucientes instrumentos quirúrgicos. De las paredes colgaban cadenas y grilletes. Unos mechones de pelo formaban un rastro de migas a lo largo del suelo y se detenían en una silla que daba a la pared.

Vio una larga cabellera castaña que colgaba por encima del respaldo de la silla. Más abajo colgaban un par de manos atadas con una cuerda.

Había alguien apresada aquí.

Ella corrió hacia la silla a la velocidad de la luz. Una mujer joven estaba sentada sin fuerzas, con las cuerdas apretadas alrededor del torso y vendas alrededor de la boca. Tenía los ojos enrojecidos, como si no hubiera dormido en años.

Estaba viva.

Ella le quitó las vendas de la boca. Al sentir el sabor de la libertad, la mujer escupió flemas y trozos de tela.

—¿Qué ha pasado aquí? —gritó Ella—. ¿Quién ha hecho esto?

Ella jaló las ataduras de la mujer, pero en ese momento le empezaron a dar espasmos en los brazos. Todo el cuerpo de Ella se quedó inmóvil, como si el miedo hubiera adormecido cualquier capacidad de funcionamiento.

Decían que en los milisegundos que precedían a la parálisis, la incapacidad de moverse antecedió al dolor. A menudo, no había

ninguna sensación. Tan solo terminaciones nerviosas muertas y sin respuesta. Te derrumbabas de golpe y lo único que podías controlar eran los globos oculares.

Ella cayó junto a la cautiva, incapaz de protegerse del duro impacto. El cráneo le rebotó contra el suelo, pero no sintió dolor, solo la mente mareada, como si alguien le estuviera taladrando el cerebro con anestesia.

Entonces lo vio. El mismo hombre del tribunal. Andras Rain estaba de pie junto a ella, con una especie de picahielos en la mano. El hombre tenía el pelo corto y rubio, la cara alargada y cicatrices en las mejillas. No las tenía la última vez que lo había visto.

—No digas nada —dijo Andras—. Oh, se me olvidaba. No puedes.

Él tenía razón. Ella podía mover los ojos, la lengua y los labios. Todo lo demás no respondía. Le llegó el aturdimiento. Recordó la sensación por la única vez que había estado bajo el bisturí.

Así era, se dijo. Así sería su muerte. No veía la manera de escapar de esto.

Andras suspendió el picahielos frente a ella.

—Mezclado con anestesia. De acción rápida. Ahora, ¿qué te hace pensar que puedes entrar en mi casa como si nada?

Ella lo miró como un pez fuera del agua, al borde de la muerte. Estaba a merced de este hombre. Si moría, que así fuera, pero necesitaba saber si él era el asesino o no. Teniendo en cuenta a la persona cautiva, parecía que sí lo era.

Ella agitó las partes del cuerpo que pudo. Recordó algo sobre empujar la lengua contra el paladar para estimular las terminaciones nerviosas de todo el cuerpo. Quizá fuera un mito, pero lo intentó de todos modos. No podía hacer mucho más.

—Pfff —dijo ella, para su asombro. Algo se agitaba en su interior—. Tú... estás... —comenzó, y luego no pudo hablar más.

—¿Soy qué? Habla más alto, mujer —dijo Andras. Él se acercó a su mesa de operaciones, cogió un taladro quirúrgico y se inclinó junto a ella. Lo accionó, haciendo girar la broca de acero inoxidable

a 30 revoluciones por segundo. Una velocidad suficiente para destrozarse la carne y los huesos como si fueran papel de seda.

—Supongo que eres la amiga de esta perra. ¿Vienes a salvarla? —gritó por encima del sonido del instrumento—. Bueno, no iba a matarla, pero ahora voy a tener que hacerlo. ¿Cómo te sientes al respecto?

Él la miró fijamente a los ojos y volvió a hacer girar el taladro.

—Relájate, no sentirás nada —dijo.

Andras le puso el taladro contra la frente. Ella tosió, balbuceó y rezó para volver a sentir algo, apenas lo suficiente como para ganar algo de tiempo, tal vez para pensar en sus seres queridos.

Él apretó el gatillo.

Entonces el mundo se oscureció. Ella cerró los ojos y pensó en su padre.

Él tenía razón. No sintió nada.

«Bang».

Ella aceptó la oscuridad. Pensó que era el sonido de su cerebro explotando. ¿Esa era la introducción a la muerte? ¿Empezar con una explosión?

Todo quedó en silencio, pero ella seguía sintiéndose parte del mundo material. Sentía el frío del suelo en las yemas de los dedos. Podía doblar ligeramente las rodillas.

Ella abrió los ojos y vio a Andras Rain tumbado contra una de las cajas, agarrándose una herida en el estómago.

Ella debía de estar alucinando, se dijo. Este era el reino de la muerte, un sinfín de imágenes surrealistas basadas en acontecimientos de su vida.

No.

Había alguien de pie junto a Andras Rain, con una pistola humeante apuntándole a él.

Ella no podía verlo a la cara, pero ya sabía de quién se trataba. Abrigo largo y negro, sombrero sobre la cara, una máscara alrededor de la boca.

—Tú —gruñó Andras—. ¿Por qué?

Era la misma figura que había visto en el campo de béisbol. El mismo tamaño, perfil y ropa.

Era su misterioso interlocutor, parado frente a ella.

Él tomó un par de tijeras de la mesa de Andras, manteniéndose de espaldas a Ella. Liberó a la cautiva, le puso la pistola en la mano y salió del sótano sin siquiera mirar a la mujer con la que había estado jugando todo el día.

La cautiva, llena de cicatrices y angustiada, cojeó hacia el incapacitado Andras. Le apuntó con la pistola.

—¡No! —gritó Ella, volviendo a encontrar su voz—. ¡No, no, no! Demasiado tarde.

La cautiva disparó cinco veces contra Andras Rain, decorando la habitación con sus sesos.



Ella se sentó contra la pared del sótano, mientras le volvían a la vida las terminaciones nerviosas. Había conseguido llamar al 911 para solicitar la presencia de la policía y los paramédicos en el lugar de los hechos, porque el lugar era un desastre sangriento. La cautiva, que aún no había dicho una palabra, solo lloraba y se encontraba acurrucada en el suelo. El efecto de la anestesia estaba desapareciendo poco a poco, de modo que la acumulación de heridas de Ella ahora empezaba a pasarle factura.

Luego estaba Andras Rain, con tres agujeros en el cráneo, dos en el cuello y uno en el estómago. Ella seguía sin saber quién era la chica secuestrada, pero tenía buena puntería.

Cuando Ella volvió en sí, dos cosas quedaron claras. Número uno, Andras Rain seguía siendo un monstruo. Estaba claro que aún tenía una vena violenta, y quién sabía a cuánta gente habría lastimado desde su liberación hacía unos años.

Número dos, Andras Rain no era su sudes, porque el verdadero sudes también había estado allí. De hecho, le había salvado la vida.

La pregunta era, ¿por qué iba a hacer algo así? ¿Acaso su intención no era matarla? Y lo que era más alarmante, ¿cómo sabía que ella estaría allí?

La respuesta más sencilla era que la había estado siguiendo.

También había tenido la oportunidad de matarla. ¿Por qué no la había aprovechado?

Se oyó una estampida en el piso de arriba. Oyó cómo rompían la puerta y cómo entraba la caballería. Unos segundos después, un equipo de policías y paramédicos irrumpió en el sótano. Todos se detuvieron al ver la carnicería.

—La chica —gritó Ella, señalando en su dirección. Todavía no podía levantar los brazos—. Los necesita.

Dos paramédicos se ocuparon de la cautiva mientras uno aparecía junto a Ella. Una mujer joven.

—¿Puedes decirme qué ha pasado? —preguntó.

—Olvídate de mí. Revisa a la otra chica.

—La están atendiendo. Parece que has sufrido algunas heridas graves. ¿Recuerdas lo que pasó?

La paramédica dirigió una linterna a los ojos de Ella y luego se desplazó hasta su cráneo.

—Me inyectó anestesia. Perdí la sensibilidad durante un rato —dijo Ella.

La doctora le dio unos golpecitos a Ella en las rodillas, las muñecas y la mandíbula.

—¿Sientes eso?

Ella asintió.

—Lo siento.

—Agarra mi mano. Voy a levantarte. Quiero ver cómo te encuentras de pie.

Ella tomó la mano de la mujer y trató de levantarse con la mayor ligereza posible, pero la médica hizo la mayor parte del trabajo pesado. El movimiento repentino le devolvió la vida, y Ella al menos fue capaz de ponerse de pie.

—Estás bien —dijo la doctora—. Tu cuerpo lo eliminará si sigues moviéndote. La anestesia no hará ningún daño a largo plazo.

Ella le dio las gracias a la paramédica mientras más cuerpos entraban en la habitación. Empezaba a parecerse a su apartamento en esa misma mañana.

—Yo me encargo a partir de aquí —dijo una voz. Ella lo sabía. Lo temía.

El director del FBI, William Edis, estaba de pie en medio del caos con una cara de furia. Ella nunca lo había visto fuera del edificio del FBI. Se sentía como una especie de extraña transgresión.

—Director —dijo Ella—. ¿Usted está aquí?

—Y lo que es más importante, usted también —dijo Edis. Levantó las manos con la palma hacia arriba y estudió la habitación—. ¿Qué demonios está pasando aquí?

¿Había alguna forma de explicar esto? El asesino había estado en esa misma habitación hacía unos momentos, y eso significaba que aún podía estar cerca, acechando en las sombras, escuchando sus conversaciones de alguna manera. Eso significaba que era imposible decir la verdad.

—Puedo explicarlo, pero es complicado.

—Dark, le hemos pedido que haga una cosa muy sencilla. Quedarse en casa. No meterse en problemas. Usted ya es sospechosa de asesinato, y ahora nos encontramos con... esto. —Miró el cuerpo sin vida de Andras Rain con una mirada de repulsión—. ¿Por qué está muerto Andras? ¿Por qué hay una mujer en estado de *shock*?

En cualquier momento, Ella se despertaría y aún estaría en 2005. Esto no podía ser real. Buscó en lo más profundo de su cerebro cualquier excusa, pero sabía que todo lo que pudiera salir sería más pobre que una tela de araña.

—Solo estaba mirando... edificios abandonados.

A Ella le ardía la cara de vergüenza, algo más doloroso aún que los crecientes dolores que sentía en las terminaciones nerviosas.

Edis se puso las manos sobre las anchas caderas. Era claro que quería más detalles.

—Es algo que hago en mi tiempo libre —exclamó Ella—. Encuentro lugares abandonados. Oí que había algunos lugares en los alrededores de Navy Yard que se ajustaban a lo que buscaba. Este lugar parecía bastante deteriorado. Leí en Internet que estaba vacío. Al parecer, no.

Edis se tapó la cara con las manos, parecía que estaba a punto de gritar.

—¿Y justo se ha encontrado con esta brutal escena? —preguntó—. ¿Por casualidad?

Ella asintió. Recordó el viejo dicho sobre las coincidencias.

—Sí. Oí unos gritos desde el piso de arriba. Bajé corriendo y encontré a la chica atada a una silla. Entonces el tipo me atacó.

—Bien. ¿Cómo terminó lleno de agujeros de bala?

Ella se encontró con un obstáculo. Esto no era parte del trabajo. Esto era extracurricular. Incluso si alegaba defensa propia, podría terminar con un cargo de homicidio involuntario. Tampoco podía mencionar al intruso fantasma, porque entonces estaría poniendo en juego cientos de otras vidas.

Abrió la boca para alegar defensa propia, pero alguien la interrumpió.

—He sido yo —dijo la chica cautiva.

Los paramédicos la habían incorporado y estaban revisando sus heridas.

—¿Usted? ¿Usted lo ha matado? —preguntó Edis.

—Sí, lo hice —dijo con un gemido de banshee—. Maté a ese hijo de perra a tiros y lo volvería a hacer. Él me arrebató de las calles.

—Cálmese señora, la pondremos a salvo —intervino uno de los policías.

Edis levantó la palma de la mano hacia el oficial.

—¿Qué arma utilizó, señorita?

Ella se preparó. Esta chica tendría que revelar que había un cuarto hombre en la habitación y a eso le seguirían cientos de

preguntas más.

—No tengo ni idea —gritó.

—Es esta —interrumpió el oficial. Levantó la pistola que había dejado el hombre anónimo—. Recientemente disparada.

—¿Es eso correcto? —le preguntó Edis a la chica.

—Supongo —dijo ella, claramente indiferente a la gravedad de la situación.

«Gracias a Dios», pensó Ella para sí misma. Edis volvió a prestarle atención.

—Supongamos que me creo todo esto —dijo—. Supongamos que dejo de lado estas coincidencias sospechosas. Señorita Dark, si no se adhiere a los términos de su suspensión, no tendré más remedio que detenerla.

En realidad, esta casa estaba a menos de 50 kilómetros de la suya, pero mantuvo la boca cerrada.

—Entendido, señor.

—Estamos arriesgando mucho aquí, Dark. Tiene que estar de nuestro lado, ¿de acuerdo?

Ella asintió y lo aceptó. El director tenía razón. Lo único que ella quería era divulgar los detalles de las últimas catorce horas y, con el tiempo, lo haría.

—Gracias, director. —Echó un último vistazo a la escena y se dio cuenta de que había olvidado hacer la pregunta más importante.

—Director, ¿puedo preguntar por qué ha venido aquí? Quiero decir, ¿cómo sabía...?

—¿Cómo sabía que usted no estaba en su casa? No lo sabía. He intentado contactar a Ripley, pero no responde.

Por supuesto que no respondía, porque había descendido al corazón de las tinieblas. La locura había demostrado ser una buena distracción, pero Ella aún seguía pensando en Ripley.

—No he sabido nada de ella, señor, pero ¿cómo ha llegado usted hasta aquí?

—El coche de Ripley tiene un rastreador. Supongo que usted lo está conduciendo. Cuando vi que estaba aparcado frente a la casa

de Andras Rain, supe que algo estaba pasando. Mi apartamento está a tres kilómetros, así que vine hasta aquí. De todos modos, tenemos que arreglar esto. Por favor, váyase. Recuerde sus restricciones.

Ella se alejó de la locura y escapó de la lúgubre casa. Oyó las órdenes y lo único que quería era obedecerlas.

Pero mientras el aire fresco de la noche la dejaba sin aliento, su teléfono comenzó a sonar.

«LLAMADA DESCONOCIDA».

Ella rechazó la llamada y se dispuso a trabajar. De repente supo cómo encontrar a ese hombre.

CAPÍTULO VEINTICINCO

La zona que Mia había estado buscando no podía encontrarse en ningún mapa de Washington, D.C., pero después de tres horas de búsqueda, Mia finalmente se encontraba en la cúspide del nefasto terreno conocido como las Tierras muertas.

No había entrada ni salida en este lugar, por lo que Mia había arrancado parte de la valla metálica que prevenía contra los invasores. La valla no era para mantener la zona a salvo de los intrusos, sino para mantener a los intrusos a salvo de los horrores del interior.

Mia comenzó su viaje a través de las estériles planicies, decidida a llegar hasta el final. Las Tierras muertas ocupaban casi 4 hectáreas, y este lugar antes había sido el lugar de grandes cosas y grandes proyectos. Pero en este momento, era un páramo que Washington, D.C. había borrado de la historia. Era un territorio lleno de gran vergüenza y fracaso, un recordatorio constante de que, por muy poblada, inclusiva y progresista que llegara a ser la ciudad, siempre estaba a un paso de la tragedia.

A finales de la década de 1960, las Tierras muertas se conocían como llanuras del Gran Corazón, y habían sido el lugar de residencia de una feria ambulante. El dueño de la feria era un hombre llamado August Campbell. Un disciplinario severo y devotamente religioso cuya mano de hierro era la ley. August también era el charlatán de la feria, la persona que atraía al público a los espectáculos diarios de fenómenos.

Mia solo lo sabía porque Tobias se lo había contado.

El espectáculo de fenómenos supuestamente era la sección que August más apreciaba. Era la que más dinero aportaba, ya que era uno de los pocos espectáculos de fenómenos legítimos que quedaban después de que la mayoría de las ferias se extinguieran en la década anterior.

Cuando el negocio empezó a menguar, August decidió crear un nuevo fenómeno. Un fenómeno auténtico, distinto de los habituales fenómenos fraudulentos que se exhibían. No más sirenas de Fiji o burros de tres patas. Quería un fenómeno humano.

August violó y embarazó a una de las trabajadoras de la feria, una mujer desfigurada llamada Eva, creyendo que el niño tendría las deformidades de su madre. Tobias no las tuvo, por lo que August se dedicó a mutilar a su propio hijo, convirtiéndolo en el fenómeno humano que tanto deseaba.

Tobias nunca le contó a Mia la magnitud del tormento al que fue sometido, pero insinuó cicatrices, mutilaciones, partes del cuerpo cortadas, lenguas partidas. Cada día, Tobias se sentaba en su cabina y contaba su historia a los curiosos. Les contaba que era el hijo abandonado de dos monstruos de feria, que al parecer había nacido con deformidades que desconcertaban a la ciencia médica. Decía que tal vez un injerto de piel podría salvarlo, si tan solo este pobre muchacho tuviera el dinero para ello.

Pero el plan de August no funcionó. El pequeño fenómeno no aportó ningún ingreso significativo, por lo que Tobias fue retirado de la escena junto con su madre. El niño era un fracaso no deseado y no amado.

«La encarcelaré en el mismo lugar donde me encarcelaron a mí».

El edificio que tenía delante se alzaba como un coloso desde el mar. Decadente, al borde del colapso. Era el anfiteatro, el lugar que Tobias frecuentaba cuando su padre por fin lo liberaba de su jaula subterránea. En el anfiteatro estaban los caballos y los magos. Aparte de su madre, eran las dos únicas cosas que amaba.

Cuando la feria por fin tuvo su tan anunciada muerte a finales de los años setenta, las llanuras del Gran Corazón podrían haber sido el lugar de algo extravagante. Una compañía petrolera se instaló allí con la intención de construir una nueva línea de gas bajo el suelo. Un año después de su puesta en marcha, se produjo una tragedia cuando uno de los gasoductos se agrietó, provocando una explosión que se cobró tres vidas. Algunos dijeron que fue un accidente evitable; otros, que hubo sabotaje. Mia se inclinaba por esta última opción, y si tenía que adivinar, el incidente tenía algo de la mano de Tobias. Él estaba protegiendo su tierra natal, asegurándose de que fuera inutilizable en un futuro previsible. Debido al peligro de nuevas filtraciones, el terreno se consideraba inseguro para su uso, al menos hasta 2054.

Mia llegó al anfiteatro. Un gigantesco granero, antiguamente majestuoso, que había sido despojado de todo su carácter. Ahora era un gigantesco cubo negro. Era el único lugar donde Tobias podía estar escondiéndose.

No había puertas, solo un gigantesco espacio rectangular por el que entraban los visitantes. Podía ver el escenario podrido y las sillas circundantes que se elevaban hacia el cielo.

Ella llevaba dieciséis años esperando esto. Ahora que realmente estaba allí, no sintió nada del pánico que creía que sentiría. Siempre supuso que el día en que viera de nuevo a Tobias en carne y hueso sería el más difícil de su vida, pero el hombre estaba en algún lugar de los alrededores, respirando el mismo aire que ella en aquel mismo instante.

Las Tierras muertas estaban sumidas en una oscuridad absoluta, pero una luz solitaria la guiaba. El pequeño resplandor, que apenas era un destello, estaba en el centro del escenario como una bengala de señalización.

Había otra alma presente.

Mia desenfundó su pistola y se acercó a la luz, sabiendo que en cualquier momento la oscuridad circundante podría devorarla. Un

ataque era inminente y lo sabía. Tobias era un depredador experto y ella tenía que ser más lista que él.

Si conocía a Tobias, las cosas no serían lo que parecían ser. Nunca lo eran.

Se dirigió hacia el escenario, hacia la boca del infierno.

Esta noche terminaría todo.



El hombre estaba sentado con su máscara de médico de la peste; la que había tomado de las posesiones del Coleccionista.

Él observaba cómo la vela se consumiría hasta desaparecer y, cuando lo hiciera, las cenizas se encenderían. Luego se extinguirían y se dispersarían en el viento, como todo lo demás.

Le costaba creer que la vieja señorita Ripley hubiera sido tan tonta. Después de todos esos años de trabajo psicológico, aún no había dominado el simple concepto de la distracción. Mientras miras lo que pasa a la derecha, te pierdes lo que pasa a la izquierda. Cuanto más cerca miras, menos ves.

Lo único que Tobias tenía que hacer era crear una mano derecha y Ripley no tendría más remedio que seguirla.

Entonces la observó, navegando por el escenario a la luz de las velas, apuntándole a las sombras con su pistola. ¿A esto se reducía todo? ¿Así terminaría su historia de amor?

Tal vez Tobias había pensado demasiado en Mia todo este tiempo. ¿Acaso ella había tenido la suerte de atraparlo y él había confundido esa suerte con habilidad? Qué decepción.

Pero, de todos modos, él la necesitaba aquí. Mia Ripley completaría el círculo. Cuando era un niño, su padre los había encerrado a él y a su madre bajo este mismo teatro. Ya había olvidado cuántos años estuvieron encerrados allí abajo, pero no había olvidado las súplicas y los llantos nocturnos que compartía con su madre. Su madre era una mujer enferma, con problemas

mentales y físicos, y el aislamiento la llevó a la locura absoluta. Era como estar atrapado en una jaula junto a un animal con un punzón alojado en su cerebro.

Cada noche en su jaula, Tobias intentaba convencer a su madre de que se suicidara. Tenían una cuerda, y habría sido muy sencillo optar por la salida fácil. Pero Eva perseveró y vivió una vida agónica que nadie debería sufrir. Al final, él mismo la mató y le echó la culpa a su enfermedad. Los forenses se lo creyeron, igual que se habían creído la muerte del mago. Para él, los paralelos eran obvios, pero la policía no podía resistirse al camino más fácil. Por eso odiaba a la gente que perseguía a los asesinos. Ninguno de ellos lo hacía por las razones correctas.

Con Mia fuera del camino, podía continuar con su vida. Ella se colgaría, como nunca lo hizo su madre y corregiría el error que lo había atormentado durante más de 40 años.

La mujer se estaba acercando. Bordeando el escenario, bailando y girando como una artista silenciosa. Se había sentido atraída por la vela como una polilla a la llama, asumiendo que quien la había encendido debía estar cerca.

Pero ese era el truco. Él no estaba cerca del escenario. Estaba observando desde lejos, sentado en el rincón más oscuro del público, donde ninguna luz podía alcanzarle. Podía llamarlo la Mano Derecha, se dijo.

Mia desapareció detrás del escenario, probablemente rastreando la antigua zona de bastidores en busca de cualquier indicio de vida. Luego, tal y como él había predicho, encontraría el camino hacia subir al propio escenario, y en ese momento realmente comenzaría el espectáculo.

Tobias se sentó y esperó lo inevitable. Todo le recordaba a su pequeño juego en 2005. Él la había atraído a la cabaña, se había abalanzado sobre ella y luego había destruido lo más importante de todo: la propia percepción que ella tenía. Aún mejor, Mia se iría a la tumba sin saber la verdad. ¿Acaso todos esos zapatos y baratijas pertenecían realmente a personas muertas? ¿O se trataba de una

ilusión, diseñada para encantar, cautivar y hacer que se cuestionara su propia percepción?

Mia nunca lo sabría. La pregunta la había perseguido durante casi dos décadas y también la perseguiría durante toda la eternidad en el más allá.

Tic-tac, se dijo. La vela estaba a punto de extinguirse en ese momento. En unos minutos, el anfiteatro volvería a quedar a oscuras.

Se produjo la quietud. Podía oírla moverse, arrastrando los pies, frustrándose. Él solo tenía que esperarla. Ya había esperado 16 años; solo tenía que esperar unos minutos más.

Se acomodó y observó la escena, era incluso más hermosa que antes. Siempre supo que volvería allí algún día y, de hecho, aquella noche se estaba desarrollado exactamente como había fantaseado.

Las posiciones.

La vela.

Las ilusiones.

Era exactamente como lo había planeado.

Hasta que no lo fue.

Se le heló la columna vertebral. Se le tensaron las articulaciones. Los pies se le separaron, como si hubiera entrado en un mundo de ensueño y luego hubiera saltado desde una cornisa.

Un clic.

Una voz.

—No digas nada.

Venía de detrás de él. La perra lo había encontrado.

No. No podía ser así, gritó para sus adentros. Todo había sido meticulosamente planeado, preparado, perfectamente ejecutado. No se suponía que las cosas fueran así.

—Levanta las manos.

Él lo hizo, lentamente. Nunca había tenido miedo de morir, pero la mayoría de la gente nunca había tenido una pistola contra el cráneo.

—Toby, no habrá un gran enfrentamiento. No esta vez. En cinco segundos, vas a morir. ¿Entiendes eso?

No hubo respuesta.

Él sabía que ella no estaba mintiendo.

—¿Tienes algo que decir? Cuatro segundos.

Estas eran las palabras por las que sería recordado. Estarían grabadas en su lápida, si le daban una.

—Tres.

—Dos.

—No conté la mitad de lo que vi... porque no me hubieran creído
—dijo el hombre.

—Uno.

Mia apretó el gatillo y disparó tres balas en la parte posterior de la cabeza de él, destrozándole el cráneo como un jarrón de cristal lanzado desde el cielo. Fragmentos de hueso, cerebro y tejido carnoso estallaron en la noche, y el hombre se sacudió violentamente en su silla mientras la muerte se apoderaba de él. Cayó inerte, con la máscara aún pegada a la cabeza. De frente, era un demonio dormido. De espaldas, era un hombre con su órgano más vital en la parte exterior del cuerpo.

El único final que merecía.

Fin del juego.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Ella condujo por las calles, sin querer detenerse en ningún sitio durante demasiado tiempo. El asesino había demostrado que podía encontrarla en cualquier lugar y en cualquier momento, y ahora, por fin, se daba cuenta de por qué.

Las pruebas estuvieron delante de ella todo el tiempo, y ella había estado demasiado pendiente de sus estúpidos acertijos como para darse cuenta. Él le dijo que, si ella jugaba a su juego, le revelaría su verdadera identidad. No dijo que las respuestas a los acertijos lo revelarían. Ella lo había asumido y ese había sido su primer error.

En realidad, lo que revelaba su anonimato era todo el resto, excepto los acertijos. Las pequeñas cosas que decía, las pequeñas pistas. Recién, cuando Edis le dijo que el auto de Mia tenía un rastreador, todo cobró sentido.

Pensó en sus conversaciones telefónicas con este hombre.

«Sí, lo eres. Eres exactamente como yo. Estás haciendo esto por los juegos, las persecuciones y las emociones. Sabes que ninguna vida normal podría superar la euforia que conlleva el heroísmo».

Ella era exactamente como él. La única clase de gente que podía relacionarse con esos sentimientos era la que los habían vivido, experimentado y contemplado.

«Te he visto de cerca. He estado a tu lado, te he observado. Tus mechones de cabello negro azabache me huelen a gloria».

Ella nunca usaba laca para el pelo, salvo en muy raras ocasiones. Sin embargo, esas ocasiones eran siempre en el mismo lugar.

Y también estaba la obviedad. Si hubiera pensado en esto durante más de diez segundos, lo habría descubierto en ese mismo momento.

«El asesinato en serie es una compulsión muy arraigada que trasciende las palabras, los sentimientos y los vínculos físicos. Aunque las aguas estén tranquilas, la verdad está debajo de la superficie, como una bestia esperando a salir». Cuando él dijo esto, no era el asesino el que hablaba. Era Ella. Ella había escrito esa misma frase hace mucho tiempo.

La frase era de su tesis universitaria, «La construcción social de los asesinatos en serie», que había presentado como parte de su solicitud de ingreso en el FBI. La tesis estaba disponible para ser leída, pero no para el público.

Los únicos que podían leerla eran los empleados del FBI, y las posibilidades de que alguien consiguiera infiltrarse en la base de datos del FBI eran casi nulas.

Así que la verdad estaba efectivamente allí, pero la bestia ahora había salido.

El asesino era uno de sus colegas.

Cuando había dicho que Mia Ripley «nunca lo había atrapado», quería decir que Mia no tenía ni idea de que el hombre tenía un lado sádico. Él y Mia podrían haber tenido una estrecha relación profesional y tal vez por eso había llegado a odiar tanto a Ella. ¿Y si quería asociarse con Mia, pero Ella había aparecido y había destruido sus posibilidades? Probablemente creía que Ella no se merecía una oportunidad así, sobre todo porque la habían sacado de detrás de un escritorio.

Redujo significativamente el grupo de sospechosos de los setecientos mil habitantes de Washington, pero el resultado seguía siendo inabarcable. Hasta donde Ella sabía, el FBI contaba con más de once mil agentes especiales en todo Estados Unidos, de los cuales más de 300 operaban desde las oficinas de Washington. Podría tratarse de cualquiera de ellos, incluso de uno de los agentes ubicados en otras sucursales del país. Mia no se limitaba a las oficinas de Washington. Trabajaba a nivel nacional.

Ella aparcó, cogió su teléfono y empezó a buscar nombres, clasificándolos mentalmente como «posibles sospechosos» o «descartados».

La mayoría de los nombres eran de personas a las que había visto una vez, con las que había conversado casualmente y con las que no había vuelto a hablar. Agentes a los que había conocido al colaborar con ellos en un caso, personal de apoyo cuyas habilidades había utilizado en algún momento. No podía imaginarse a ninguno de ellos queriendo hacerle daño.

Excepto uno.

El agente Mark Balzano.

Pero él estaba muerto y los fantasmas no eran reales.

No sabía a cómo seguir. ¿Cuáles eran las opciones? ¿Esperar a que la persona que llamaba se pusiera en contacto con ella? ¿Esperar a la siguiente pista?

El pobre Ben probablemente estaba muy preocupado y la idea la destrozaba. Tenía que resolver esto por él. Sabía lo aterrador que era estar mirando por encima del hombro cada cinco minutos y Ben no se merecía pasar por ese infierno. Él podía aparentar tranquilidad, pero ella sabía que en el fondo temía por su vida.

Ella apagó el motor y golpeó el volante con la cabeza, con la esperanza de que eso activara su cerebro. Desde que había visto el cadáver de Mark Balzano, le resultaba difícil ver los nuevos acontecimientos como casos que debían examinarse y analizarse. Todo era demasiado personal, hasta el punto de que bloqueaba su capacidad de ser racional.

El sudes era un hombre, físicamente capaz, entrenado con armas de fuego, nativo de Washington y trabajador del FBI al que solo había visto una vez. Tenía vínculos con Mia, Ella y posiblemente con Mark.

Miró hacia el firmamento, con las estrellas dispersas en sus patrones habituales.

—Oh, Dios —dijo mientras agarraba el volante—. Oh... maldición. No podía creer que no lo hubiera visto.

Ella buscó de nuevo su teléfono, hizo una rápida búsqueda del nombre de Mark. Revisó sus correos electrónicos mientras buscaba el nombre que necesitaba.

Lo encontró en el décimo correo electrónico. Mark lo había copiado.

Ella hizo clic en su perfil y encontró su información de contacto. Le temblaban las manos mientras guardaba el número en su teléfono. Cuando comprobó su estado, él estaba en línea.

10:30 pm. Tiempo suficiente para resolverlo esa misma noche. Ella escribió un mensaje de texto.

«Si quieres saber la verdad, reúnete conmigo en Gravelly Point. 11:30 pm».

El destinatario vio el mensaje inmediatamente. No hubo respuesta.



Ella dejó su coche al final de un camino de tierra con vistas al río Potomac. Dejó los faros encendidos para que él supiera a dónde ir.

Pero Ella estaba a cien metros de distancia, con la pistola desenfundada, entre un grupo de árboles. Cuando él mostrara su cara, entonces ella aparecería corriendo y haría el arresto.

Tenía que ser él, se dijo Ella. Encajaba perfectamente en el perfil, y si no hubiera estado tan concentrada en sus acertijos, lo habría visto hacía horas. El hombre la odiaba, a pesar de haberla conocido una sola vez. Quería vengarse de ella por lo que le había hecho a Mark, y la muerte de Mark podría haber sido el evento que desencadenó todo esto. Él tendría un conocimiento natural de los asesinos en serie y de los crímenes históricos porque formaba parte de su trabajo y, como llevaba mucho más tiempo en el puesto que Ella, él creía que debía ser el destinatario de la atención de los medios, no ella.

Era la mezcla perfecta de celos, traición y rabia mal canalizada. Casi podía entender su razón para estallar, pero debería haberse enfrentado a Ella directamente, no dirigir su furia contra la vida de personas inocentes. Por ese motivo, tenía que ser llevado ante la justicia.

Había un solo problema. Ella no podía matar a este hombre. Tenía que arrestarlo, mantenerlo con vida y de alguna manera sacarle una confesión, porque por primera vez en su carrera, la muerte no era suficiente. Si lo mataba a tiros, lo único que conseguiría sería despertar más preguntas. Ella podría contarle todo al FBI, pero en tal caso, necesitaba pruebas de que ese hombre era el asesino. Tenía un perfil psicológico sólido, pero la única evidencia que tenía era circunstancial.

Caía una lluvia del cielo, ligera al principio, y luego tan fuerte que la oyó resonar contra el parabrisas. Llevaba diez minutos allí y aunque Gravelly Point era una zona muy extensa, el asesino sabía exactamente dónde estaba porque podía rastrear su vehículo. Todos los coches y teléfonos de los agentes eran rastreados, y el personal del FBI por encima de cierto nivel tenía acceso a este *software* de rastreo. Ella era una anomalía en el sistema porque seguía utilizando su teléfono personal y no tenía un vehículo de la empresa. Los demás sí. Todavía era una novata.

Pero había llevado el coche de la empresa de Mia a cada lugar, a cada escena del crimen. Mia se había llevado su vehículo personal,

así que eso significaba que solo una de ellas era rastreable. Ella se dio cuenta de que Mia debió de saberlo cuando salió a toda velocidad en su Beamer.

Se acercaba la hora de la reunión. Eran las 11:29 de la noche. Ella tenía una vista de todo el camino de tierra sobre el río, así que sería capaz de ver a cualquiera que viniera o se fuera desde lejos. El único problema era si él venía a pie, pero desde donde estaba ella tenía una vista de 360 grados de cualquier peligro que se presentara.

¿Pero vendría este hombre? ¿Y si descubría las intenciones de Ella? Con suerte, el vago mensaje sería suficiente para atraerlo hasta allí, especialmente después de lo que él le había dicho. Si realmente se creía mejor que ella, entonces no podría aceptar el hecho de que ella hubiera descubierto su verdadera identidad. En su mente, él era el amo dominante del acertijo y el juego se desarrollaba únicamente con sus reglas.

Ella comprobó su teléfono. La última vez que se él había estado en línea fue en el mismo minuto en que ella había enviado el mensaje de texto, así que o bien lo había visto y lo había descartado, o bien lo había visto y había actuado en consecuencia. Ella volvió a revisar su pistola para asegurarse de que tenía seis balas listas para ser disparadas. A juzgar por lo que había visto, el tipo era fuerte como un buey y tenía muchísimos músculos, por lo que un altercado físico podría no ser favorable para ella. Sin embargo, las balas no discriminaban. Una en la pierna lo sometería; entonces tendría que encontrar la manera de hacerlo hablar. Tal vez con la amenaza de muerte sería suficiente.

Se hicieron las 11:35 de la noche y no había ni rastro del hombre. Si esto no funcionaba, tendría que encontrar otra forma de atraerlo y no había tiempo para eso. Ben necesitaba tranquilidad. Ella debía volver a la casa para que Edis no supiera que estaba rompiendo las reglas.

La lluvia cesó y el mundo volvió a quedar en silencio. Lo único que ella podía oír era el suave caudal del río.

Luego un clic.

Contra su oído.

El familiar percutor de una Glock .23 siendo amartillada.

—No te muevas —dijo el agente Bradbury.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Mia Ripley se desplomó en una silla del anfiteatro, con los trozos del cráneo de Tobias Campbell en el regazo. Su pesada respiración enturbiaba el aire.

Sabía que todo había sido una trampa. El Coleccionista había mentido, había fingido una lesión y la había enviado a este lugar a propósito. Cuando llegó, sabía que Tobias habría intentado arremeter contra ella. Intentó desviarla hacia la vela, pero ella había visto la extraña máscara de médico de la peste a un kilómetro de distancia. Lo único que tenía que hacer era dar vuelta las cosas y luego acercarse sigilosamente por detrás.

Tenía las piernas cubiertas de sangre y entrañas cerebrales, y se mentiría a sí misma si dijera que no se sintió bien propinando el tiro de gracia. Dieciséis años de provocaciones, juegos mentales y amenazas habían llegado a su fin, pero no habría nada que celebrar. Se había desperdiciado demasiado tiempo, se habían perdido demasiadas vidas. Era hora de poner punto final a todo, seguir adelante y dejar que Tobias Campbell desapareciera de la memoria.

Pero antes de que eso sucediera, Mia necesitaba verlo. Hacía tiempo que no lo veía cara a cara, pero nunca olvidaría aquellos ojos vacíos, los dientes amarillos y las mejillas llenas de cicatrices.

Estiró la mano y le arrancó la máscara de la cabeza, casi decapitándolo. La cabeza del hombre se desplomó hacia atrás en la silla, con los ojos muy abiertos, la mandíbula caída y la nariz ensangrentada.

Mia entró en pánico.

Miró la máscara y luego volvió a mirar al muerto.

A Mia se le aceleraron los latidos del corazón al doble de velocidad.

Ni siquiera el tiempo podía cambiar tanto a alguien.

El hombre de la silla no era Tobias Campbell.

—No conté la mitad de lo que vi, porque no me creerían.

Esa voz. El mismo tono que ella revivía cada noche. Pero ahora que la había escuchado en persona se dio cuenta de que la voz del otro hombre no sonaba como la de Tobias. El tiempo le había distorsionado sus percepciones más de lo que creía.

Mia se dio la vuelta. Iluminado por una sola vela, Tobias Campbell estaba sentado en una silla en el centro del escenario. Con las manos en los bolsillos y una sonrisa de satisfacción en el rostro.

El muy bastardo la había engañado.

Mia fijó su objetivo en él. Balanceaba las manos de un lado a otro involuntariamente. No podía recordar la última vez que tuvo miedo de disparar.

—¿Se supone que debo estar impresionada? —preguntó Mia.

—¿Impresionada? —Tobias se rio—. Un simple doble engaño. No esperaba que te dieras cuenta. ¿Sabes de qué estaba hablando mi amigo?

Mia atravesó lentamente las filas de asientos, sin apartar la vista del objetivo.

—Marco Polo. Lo dijo en su lecho de muerte.

—Aparentemente sí, pero ¿quién lo sabe realmente? ¿No sabes que mucha de la historia es inventada?

—No estoy aquí para una discusión civilizada —dijo Mia—. Estoy aquí para matarte.

—Qué pena. Tengo mucho que decirte.

—Te voy a dar cinco segundos, como le di a tu amigo de allí y luego te irás directamente al infierno. ¿Entiendes?

Tobias se encogió de hombros.

—Por mí está bien. Pero algo me dice que no vas a apretar el gatillo.

Ella se acercó más, ahora a distancia de matar. Desde esa posición, no podía fallar, incluso con la luz intermitente. Le quedaban tres balas y todas estaban destinadas al cerebro de él.

—¿Acaso titubeé hace dos minutos?

—Supongo que no.

—Exactamente. Cinco, cuatro...

Tobias se inspeccionó las uñas, se mordió una y la escupió.

—Sigue —dijo.

—Tres.

Mia comprobó rápidamente su visión periférica. Esperaba una emboscada de otros hombres de Tobias, pero no había sonidos en ninguna dirección. Estaban solos, estaba segura.

—Dos —dijo con reticencia. El hombre evidentemente tenía algo en mente.

—Bueno, has tenido tu oportunidad —dijo Mia—. Uno... —Mia presionó un poco el gatillo.

—Ella va a morir esta noche y solo yo puedo impedirlo —dijo Tobias.

Mia quitó la presión.

—¿Qué?

—Tu compañera. La señorita Dark. Hoy es su último día con vida.

Él estaba fanfarroneando. Ella estaba a salvo en la fortaleza de Mia. Nadie podía penetrar allí.

—Mentira. Solo estás tratando de ganar tiempo.

—¿Por qué no la llamas y lo averiguas?

Mia no podía hacerlo. Tobias usaría la distracción para escapar.

Pero ¿y si estaba diciendo la verdad?

—No. ¿Qué quieres decir?

—He puesto a uno de mis chicos... —se detuvo—. Bueno, a uno de tus chicos para que se divierta un poco con ella.

—¿Uno de mis chicos?

—Ya me has oído. Era una mente débil, vulnerable y desesperada por la validación. Yo se la di.

Mia llegó al escenario y comenzó a subir las pequeñas escaleras hacia la plataforma. Estaba lo suficientemente cerca como para oler el olor natural de Tobias, y era tan fuerte como cuando lucharon por última vez. Terroso, fuerte, pero de alguna manera fresco.

—Explícate —dijo Mia.

—Otro pequeño juego de los míos. Verás, señorita Ripley —se levantó Tobias—. Te quería a solas. Sin distracciones. Así que me aseguré de que la señorita Dark estuviera... ocupada. Diablos, no quiero que muera, pero mi nuevo proyecto está... desquiciado. No puedo prometer que no violará su cadáver una vez que haya terminado con ella.

A Mia se le cayó el alma a los pies. Los pensamientos la abrumaban. ¿Matar a Tobias y ver cómo estaba Ella? ¿Exigirle que la salve? No tenía ni idea de lo que era verdad en este caso y lo que no.

—¿Cómo sé que no estás mintiendo?

—¿Te he mentado alguna vez? —dijo Tobias con una sonrisa—. Tú y yo estamos unidos por la sangre. Somos igual que amantes.

—Di eso una vez más —amenazó Mia, acercándose aún más. Le picaba el dedo en el gatillo, pero se sentía más reacia que nunca a hacerlo. ¿Y si Tobias tenía algún tipo de mecanismo de seguridad? ¿Si él moría, tal vez Ella también lo haría?

—Oh, vamos. He pasado 16 años pensando en ti y no me digas que no se te ha pasado por la cabeza una o dos veces.

—Solo porque he fantaseado con matarte a golpes y mear en tu tumba.

—Entonces, ¿qué te impide hacer eso ahora mismo? —preguntó Tobias mientras se acercaba a ella.

—Porque eres... —comenzó Mia, pero de repente Tobias cayó bajo el suelo. Una trampilla se abrió en el escenario y Tobias desapareció hacia abajo en una fracción de segundo. Mia disparó dos veces al agujero abierto y luego saltó hacia la oscuridad.

Una hilera de focos de luz le indicaba el camino, lo que significaba que Tobias claramente lo había planeado. Era un túnel

estrecho que iba en dos direcciones, pero Mia supuso que ambas llevaban al mismo lugar. El suelo estaba lleno de paja, heno y ratas muertas, y cuando encontrara a Tobias, habría otra alimaña muerta sobre la pila.

Mia corrió hasta donde se lo permitió el pasillo, y entró en una cámara amplia y abierta con algunas bombillas desnudas como iluminación. Dejando de lado los accesorios mínimos y las criaturas en descomposición, la habitación tenía una pieza central que Mia se esforzaba por dejar de mirar.

Una jaula larga y estrecha con barrotes de hierro tan apretados que apenas se podía ver a través de las rendijas.

La jaula de Tobias, donde su padre lo había encarcelado. La puerta estaba entreabierta.

Lo único que hizo falta fue un segundo y la momentánea distracción se convirtió en un par de rodillas golpeándose contra el duro suelo. Tobias se abalanzó sobre ella por detrás, rodeó el cuello de Mia con aquellas largas uñas en forma de garra y la empujó al suelo. Le quitó la pistola de la mano de una patada y la pistola fue a parar a la puerta de la jaula, lejos del alcance de Mia.

La adrenalina se apoderó de ella. Mia recordaba su última pelea con él y estaba muy segura de que esto no iba a terminar igual. Estiró la mano hacia atrás, agarró el cuello de Tobias y le forzó la cara hacia abajo contra el hombro de ella. Sintió que cómo se rompían algunos huesos y que las articulaciones se desplazaban, luego ella logró ponerse de pie y golpearle la cara a Tobias con el puño. La nariz de Tobias se deshizo por debajo de los nudillos, aplanándose con cada golpe hasta que se curvó hacia dentro. Estaba segura de que se había roto la mano, pero se juró a sí misma que lo seguiría golpeando hasta que le fallara el último hueso del cuerpo.

Tobias retrocedió a los tumbos, cayendo sobre una caja de madera. Él sacó la tapa con desesperación y se la enterró en el estómago de Mia, luego la balanceó hacia atrás y la estrelló contra el cráneo de la mujer. El impacto la hizo retroceder mientras se le

nublaba la vista, y luego llegaron más golpes mientras ella levantaba los brazos para amortiguar los impactos.

Mia cayó de rodillas; en ese momento, el monstruo se encontraba encima de ella, arañándola como un animal enjaulado que acaba de ser liberado. A él le brotaba sangre de sus heridas, empapándola y cegándola, y luego Tobias la tumbó de espaldas de una patada. El repentino dolor en la columna vertebral la dejó indefensa por un momento.

—Nunca me matarás —gritó él—. No puedes.

Tobias saltó sobre Mia y se abalanzó sobre ella como ella había hecho con él. Mia jadeaba para respirar y descubrió que no le llegaba oxígeno al cerebro. Se sacudió para quitarse la sangre de los ojos y vio cómo los brazos de su atacante empezaban a cerrarse sobre el cuello de ella.

Se sintió mareada, como si le hubieran dado una dosis de anestesia. Se quedó sin energía y su visión pasó del rojo al gris. Detrás del filtro monocromo, vio la sonrisa enfermiza de Tobias una vez más.

Si moría aquí, estaría defraudando a todo el mundo. Los últimos dieciséis años habrían sido un completo desperdicio de energía. Tobias ya le había quitado demasiados años y no iba a quitarle el poco tiempo que le quedaba.

Y también estaba Ella, la novata que había prometido mantener a salvo desde el primer día.

Mia hacía muchas cosas, pero romper promesas no era una de ellas.

Desde una profundidad que no sabía que existía, Mia se aferró a las manos de Tobias. Se dirigió a la piel entre el dedo medio y el anular, y le clavó las uñas profundamente. Uno de los trucos de Ella, recordó Mia. Las terminaciones nerviosas de ese lugar provocaban un espasmo en todo el cuerpo cuando se las presionaba lo suficiente.

Y funcionó.

Tobias echó las manos hacia atrás, lo que le permitió a Mia tomar una gran cantidad de oxígeno. Ella le clavó la rodilla en el estómago, haciendo que Tobias vomitara un río de sangre. Mia lo agarró por el cuello, lo empujó lejos de ella y luego se arrastró por el suelo.

Tocó algo con la mano.

La memoria muscular le dijo que era una Glock .23.

La levantó, se dio la vuelta y se preparó para disparar la última bala de la recámara, pero antes de que pudiera fijar la mira en Tobias, él se lanzó sobre ella y le dio una fuerte patada en el abdomen.

Mia salió despedida hacia atrás y se golpeó la espalda contra los sólidos barrotes de hierro.

Tobias saltó hacia ella y cerró de golpe la puerta de la jaula. El impacto hizo caer la barrera y ocultó a Mia en su interior.

Ambos se congelaron en el lugar y se miraron. Mia apenas podía reconocerlo con sus nuevas deformidades: la cara destrozada, la nariz ausente y un ojo que escapaba de su órbita. Ella lo había convertido en el monstruo que su padre siempre había querido.

Mia, encerrada en el mismo lugar en el que Tobias había estado de niño, sabía que el juego aún no había terminado.

Tobias le sostuvo la mirada por un momento y luego miró la pistola incrustada entre los estrechos barrotes.

Apuntándole directamente al corazón malvado de Tobias.

Mia sostuvo el gatillo al límite. Un milisegundo era todo lo que necesitaría para acabar con él.

Tobias levantó lentamente los brazos, como si se rindiera.

—¿Sabes lo que pasará si aprietas el gatillo, Ripley? —preguntó Tobias, cada sílaba iba acompañada de una profunda inhalación.

Mia asintió.

—Si me matas, morirás ahí dentro. Nadie vendrá a salvarte. No hay escapatoria.

Lo único que Mia podía hacer era creer que Ella era capaz de manejar lo que Tobias le había enviado. Tenía que confiar

ciegamente en ella, como decía que lo hacía. Ella vendría a buscarla, estaba segura de ello.

—Lo sé —dijo.

Y disparó.

El estallido resonó en la gran sala, ensordeciendo a ambos y haciendo que Tobias cayera al suelo.

Tobias se retorció en el suelo. Le brotó sangre del pecho hasta que quedó tendido sobre un pequeño charco. Él comenzó a arrastrarse, desfalleciendo cada pocos centímetros. El rastro lo seguía y Mia sabía que ningún humano podía sobrevivir a una bala en el corazón. Ella se acurrucó en un rincón, tiró la pistola al suelo y se limpió el líquido de los ojos. Sangre, saliva, lágrimas, sudor.

Tobias se había equivocado.

No iba a morir aquí.

Del bolsillo trasero, Mia sacó su teléfono y marcó el 911. Le dio a la operadora las indicaciones para llegar a su ubicación, aunque la operadora no pudo encontrarlo en el mapa. En cambio, la operadora dijo que usarían la ubicación de su teléfono para encontrarla.

Entonces lo único que tenía que hacer era esperar. Esperar y no morir.

Pero cuando enfocó la mirada, había otro problema. Pensó que la oscuridad le había jugado una mala pasada, pero luego se concentró y vio que era la realidad.

Tobias Campbell se había ido.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Ella levantó las manos. Al tener una pistola apuntándole a la cabeza, no tenía muchas opciones.

—¿Qué quieres decir con «decirme la verdad»? —preguntó Bradbury.

El agente Bradbury había sido el compañero de Mark durante años. «Éramos el equipo perfecto e íbamos a volver a serlo... hasta que llegaste tú». Mark había corrompido a Bradbury con sus mentiras y lo había puesto en su contra, a pesar de que ella no había hecho nada malo. Claro que él querría vengarse.

—Tú eres él, ¿no? —dijo Ella.

—Dame una razón para no meterte una bala en la cabeza —dijo Bradbury—. Soy un rastreador. Puedo oler un cuerpo a un kilómetro de distancia. ¿De verdad creías que iba a caer en tu truco?

Ella se esforzó por descubrir una forma de escapar de esto. No tenía espacio para girar, no había forma de atacarlo y quitarle el arma de la mano, al menos no podría hacerlo antes de que él disparara.

Ella tenía que convencerlo.

—¿Por qué me has salvado antes? —le preguntó.

—Nunca tuve ninguna intención de salvarte.

—Mataste a Andras. ¿Por qué? ¿Por qué no dejaste que me matara?

—Deja de intentar librarte de esto hablando —dijo Bradbury—. Sé lo que eres. Eres una asesina. Te escondes detrás de esta

fachada de chica remilgada, pero no puedes engañarme. Mark tenía razón sobre ti.

—Entonces, ¿por qué descargas tu ira sobre gente inocente? ¿Por qué no has atacado directamente a mí?

Bradbury empujó la pistola contra la parte posterior de su cabeza.

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó Bradbury—. Nunca he matado a ningún inocente. Tú lo hiciste.

Ella no estaba segura de lo que estaba pasando en ese momento. Era la oportunidad de Bradbury de confesar antes de matarla. ¿Por qué seguía actuando como si fuera inocente?

—Bradbury, ¿puedo darme la vuelta? Tienes mi palabra de que no intentaré nada raro.

El agente dio un paso atrás.

—Adelante. Intenta cualquier cosa y recibirás una bala.

Ella se dio la vuelta lentamente, con las manos aún en el aire. Necesitaba mirar a Bradbury a los ojos, leer sus expresiones, ver si decía la verdad.

—Bradbury, si vas a matarme, al menos podrías ser honesto. ¿Eres la persona que me ha estado llamando?

Él entrecerró los ojos y la miró de arriba abajo.

—No sé de qué estás hablando —dijo él—. Lo único que sé es que has asesinado a mi mejor amigo.

Ella no estaba segura de haberlo entendido bien.

—Yo no maté a Mark. No tengo ninguna razón para matar a Mark, pero tu supuesto mejor amigo tenía algunos secretos.

—¿Quién no los tiene?

—Hablo en serio. Mark era un abusador. Me golpeó, me amenazó, me acosó. Pero yo no lo maté. La persona que lo mató fue Tobias Campbell.

Bradbury acercó la pistola a ella.

—Estás mintiendo. Mark nunca haría eso.

—Puedo mostrarte los mensajes que me envió, si quieres —dijo Ella.

Bradbury dudó, como si no fuera verdad si no veía las pruebas.

—Muéstrame —dijo.

Ella cuidadosamente metió la mano en el bolsillo, sacó su teléfono y se lo pasó a Bradbury.

—El código de acceso es 4494. Ve a los mensajes y busca su nombre.

Bradbury levantó el teléfono para no quitarle la vista de encima a Ella. Comenzó a revisar los mensajes. Ella observó cómo cambiaba su expresión y eso le ayudó a obtener una referencia de sus microseñales. Él expresaba sus emociones con los labios y las comisuras de la boca. A eso debía prestarle atención.

—¿Todo esto es real? ¿No me estás engañando? —preguntó Bradbury.

—Lo juro por Dios. Mark tenía grandes problemas. Se desquitó conmigo.

Bradbury bajó el teléfono y rectificó su objetivo.

—¿Y si tenía una razón? No puedo dejar que esto sea el legado de Mark. Esto no puede salir a la luz.

—No fui solo yo. Otras dos mujeres han hablado sobre él. Pregúntale al director.

Ella observó a Bradbury con atención. Una mitad de ella seguía creyendo que él era el responsable de todo esto, pero la balanza se estaba inclinando rápidamente. Encajaba en el perfil e incluso se parecía al hombre que ella había visto en el campo de béisbol y en el sótano de Andras, pero si era el que la había llamado, aquella era su oportunidad de confesar.

Bradbury bajó la pistola a su lado.

—¿Por eso me has dicho de venir aquí? —preguntó.

—No. No he venido a hablar de Mark. He venido a hablar de las tres personas que has atacado.

—Vas a tener que empezar a decir cosas que tengan sentido —dijo Bradbury.

Ella presionó un poco más.

—Las llamadas. Los acertijos. Alguien me ha estado atormentando y creo que eres tú.

—¿Atormentándote? ¿De qué estás hablando? Te he visto durante treinta segundos antes. Eso es todo.

Ella buscó las señales. No había lenguaje corporal defensivo, ni señales obvias. Pero si Bradbury era un psicópata como Ella suponía, sería capaz de ocultarlo.

—¿Dónde has estado esta mañana?

—He estado en la oficina de Washington todo el día.

Ella no podía distinguir si esto era otro elemento de su juego.

—Alguien me ha estado llamando, dejándome acertijos. Han atacado a tres personas, y han matado a dos de ellas. Su objetivo es matarme a mí. He descubierto que es alguien dentro del FBI.

—¿Cómo? —preguntó Bradbury.

—Han estado rastreando mi coche. Solo los agentes especiales y los superiores pueden acceder al *software* de rastreo. Me han dicho cosas que solo alguien del FBI podría saber.

Bradbury la miró y luego relajó su postura. Ella hizo lo mismo.

—No fui yo. No soy un asesino. Si quisiera matarte, te dispararía sin dejar rastro.

—Un pensamiento reconfortante —dijo Ella.

—¿Y dices que esta misma persona mató a Mark?

—No. Tobias Campbell mató a Mark. Encontramos su firma en la escena del crimen, pero aún no han dado esos detalles. Tobias intentó inculparme. Estuve en contacto con él durante un tiempo. Es una larga historia.

—Si recibes al diablo en tu casa, no te sorprendas cuando te sodomice —dijo Bradbury.

—Si lo sabré yo.

—Te prometo que no tuve nada que ver con eso. Pero si hay un asesino ahí fuera, ¿por qué no se lo has dicho a nadie?

—No puedo. Ha dicho que, si se lo cuento a alguien, detonará una bomba. Ni siquiera debería contarte esto.

Ambos agentes se callaron.

—Entonces quiero ayudar —dijo Bradbury.

No era exactamente lo que Ella esperaba.

—¿Por qué? —preguntó ella—. Me querías muerta hacía cinco minutos.

Bradbury se apoyó en un árbol y se rascó la barba de tres días.

—Porque realmente, realmente espero que no hayas matado a Mark. Todavía tengo mis dudas, pero quiero que te quede claro. Si la gente piensa que eres una asesina, podría arruinar nuestra reputación. Eso haría nuestro trabajo un millón de veces más difícil.

Él tenía razón, se dijo Ella. En comparación con otras agencias nacionales, la reputación del FBI estaba casi siempre impoluta. Si algo contaminaba las aguas, enturbiaría las relaciones con las agencias de policía, la CIA, el Ministerio de Defensa.

—Gracias, pero atrapar a este tipo no hará eso. No resolverá el asesinato de Mark. Estos incidentes son distintos.

—¿Lo son? ¿No crees que es un poco extraño que alguien haga esto a los pocos días de la fuga de Campbell? ¿Recuerdas lo que dije sobre las coincidencias?

Tal vez tenía sentido.

—Tobias no está haciendo esto. No es su *modus operandi*. No es su estilo en absoluto. No se escondería detrás de llamadas anónimas y pequeños enigmas.

La mirada de Bradbury se volvió fría como el hielo, como si a Ella se le escapara algo obvio.

—Digamos que te creo —dijo Bradbury—. Digamos que Campbell mató a Mark mientras otro asesino está jugando contigo. ¿Sabes cuántas veces han operado dos asesinos en serie en la misma ciudad a la vez?

—Cuatro veces. California en...

—No es necesario entrar en detalles —dijo Bradbury—. Básicamente, es rarísimo. ¿Sabes cuántos contactos tiene Campbell en el FBI?

Tan solo uno había sido confirmado.

—Uno. Ahora está en la cárcel.

—Uno que ha sido atrapado, probablemente haya una tonelada de otros. ¿Crees que esos tipos se compran sus casas de vacaciones con un sueldo del FBI?

—Entonces, ¿crees que Campbell puso a alguien a hacer esto?

—Viéndolo desde fuera, eso es exactamente lo que diría. Pero no sé cómo eso ayuda, ya que nunca encontrarás a sus hombres.

Ella comprobó la hora. Las 23:48 de la noche.

—Entonces, déjame ayudar —dijo Bradbury.

—Agradezco la oferta, pero ya he arriesgado a demasiado al contarle estas cosas. Si se entera, estoy poniendo cientos de vidas en peligro. Ha sido muy claro en que tengo que hacer esto yo sola.

Bradbury frunció los labios y luego negó con la cabeza.

—La gente está muriendo. No puedes mantener esto en secreto. ¿Qué pasará cuando los federales descubran estos cuerpos por sí mismos? ¿Qué pasará cuando encuentren rastros tuyos en las escenas del crimen? Tienes que atrapar a este desgraciado y luego contárselo todo a Edis. Él lo entenderá.

—Eso espero —dijo Ella—. Pero en el momento en que este tipo vea que hay alguien involucrado... pum.

Bradbury suspiró y comenzó a caminar.

—Tienes hasta el amanecer —dijo—. Luego no tendré más remedio.

Ella se lo pensó. La perspectiva de ayuda era atractiva. La perspectiva de una explosión no lo era.

—Está bien. Pero si creo que no eres mi sujeto, tienes que creerme sobre Mark.

Bradbury se metió las manos en los bolsillos. Observó el río en la distancia.

—Trato hecho. Ahora vete. Tienes seis horas.

Los dos agentes se separaron. Ella volvió a su coche y manipuló la llave en el contacto.

La retiró. No tenía a dónde ir. Si Bradbury no era su hombre, no sabía quién lo era.

Él tenía un buen argumento. El momento en que todo esto sucedía era demasiado específico, demasiado a propósito. La persona que llamaba podía no ser Tobias, pero era imposible que no estuviera relacionada con él de alguna manera.

El sonido del teléfono rompió el tranquilo silencio.

«LLAMADA DESCONOCIDA».

Ella se mordió el labio con tanta fuerza que casi le sale sangre. Este momento tampoco podía ser una coincidencia. Vio a Bradbury alejarse en la distancia y ahora la persona que llamaba había regresado.

¿Bradbury había mentido?

¿O el asesino sabía que ella se lo había contado a alguien?

Ella se lo acercó a la oreja y respondió la llamada.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

— **B**ueno, tenemos un problema —dijo el interlocutor al teléfono.

Ella agarró el volante con la mano libre y contuvo la respiración. Esperó a que continuara.

—¿Srta. Dark?

—Estoy esperando —dijo ella.

—Recuerdas las reglas que te puse, ¿correcto?

—¿Cómo podría olvidarlo?

—¿Podrías recordármelas?

Ella arrancó el coche y comenzó a moverse. Se sentía como un blanco fácil allí.

—Si acierto, te revelarás. Sin ayuda externa. Pero no me sermonees con tus estúpidas reglas cuando eres tú quien las ha roto.

—Nunca rompí ninguna regla. Solo fuiste demasiado estúpida para interpretarlas correctamente. Pero ahora, estamos llegando al final del juego y tenemos un problema.

Solo dilo, se dijo ella. Terminemos de una vez.

—¿Qué problema?

El interlocutor exhaló ruidosamente.

—Este es.

—¿Este es qué?

—El evento principal.

—¿Y qué puede ser?

—Creo que ya lo sabes.

—Yo también lo creo, pero necesito que me lo digas.

—Esta es tu última oportunidad. Si lo haces bien, ganas. Pero si te equivocas, desaparezco. No volverás a saber de mí y esto será una mancha en tu historial perfecto.

Ella esperaba algo más, un comentario posterior, una declaración de traición.

No hubo nada.

Respiró un rápido suspiro de alivio. Volvió a concentrarse.

—He resuelto todos hasta ahora, así que todo está a mi favor. Más vale que este sea muy difícil, porque podría haber resuelto los otros atada de pies y manos.

—Bueno, Srta. Dark, este realmente te va a poner a prueba, porque muy poca gente en la tierra conoce este caso. Incluso alguien con tu acceso tendrá problemas.

—Ah, ¿sí? Ya lo veremos. —Mentiría si dijera que no estaba intrigada—. ¿Otro acertijo, supongo?

—Oh, sí. El último. Una hora. Entonces ella muere.

Ella detuvo el coche y activó su aplicación de grabación. Casi se había olvidado.

—Estoy lista para conocerte —dijo.

—Bien, entonces escucha atentamente. —El interlocutor se aclaró la garganta—. Él puede encender una vela, domar un caballo, dondequiera que vagabundee. Y una máscara carmesí incrimina que el verdugo está en casa.

—Nos vemos pronto —dijo Ella inmediatamente y colgó. Tiró el teléfono en el asiento del copiloto y empezó a atar cabos.

Tres de las palabras le llamaron la atención: caballo, máscara, verdugo.

Bradbury tenía razón. Este hombre tenía vínculos con Tobias Campbell.

Ella escuchó el acertijo sin parar, buscando el hilo conductor que lo uniera todo. El acertijo hacía referencia a Tobias, eso estaba claro, y demostraba más o menos que su interlocutor era alguien del sistema del FBI. Casi nadie conocía los detalles de los crímenes de

Tobias, ya que el FBI los mantenía en secreto y un investigador general no conocería los juegos infantiles de Tobias de matar caballos, o el hecho de que originalmente se le designara con el nombre de Verdugo.

Lo desglosó sección por sección.

«Él puede encender una vela, domar un caballo».

Esto era evidente. En la cárcel, Tobias solía pasar el tiempo haciendo velas. Ella recordaba haber visto algunas en su celda. Y de joven, domaba caballos para su trabajo en la feria y luego les disparaba en la cabeza.

Lo único que le decía la primera línea era que este crimen involucraba a Tobias, nada más.

«Dondequiera que vagabundee».

¿Por dónde vagaba Tobias? Por todas partes. En siete estados diferentes. Pero todos los otros acertijos se referían a un asesino de Washington, así que este también lo haría. Tobias había estado activo en Washington, pero no tenía asesinatos confirmados allí, solo sospechas de tenerlos. Además, ambos lugares estaban al otro lado de Washington y tardaría poco más de una hora en llegar. No podría ser ninguno de ellos.

«Y una máscara carmesí incrimina que el verdugo está en casa».

Una máscara carmesí significaba una cara llena de sangre.

La casa del verdugo estaba en Illinois.

Ella miró el reloj. Ya habían transcurrido cinco minutos.

Rebuscó en sus últimos pensamientos y retrocedió unos pasos. Ninguna de las víctimas de Tobias quedó con la cara llena de sangre. Ninguna en Illinois, ninguna en Washington. Había algunas gotas de sangre en sus escenas del crimen de Washington, pero nada exagerado.

Tenía que significar otra cosa.

—Máscara, máscara, máscara —lo dijo una y otra vez hasta que se le secó la garganta—. Máscaras y sangre. ¿Su máscara de médico de la peste? ¿Qué pasó con ella?

Ella no conocía su paradero actual, pero quizá esa era la referencia. No estaba en los archivos del FBI la última vez que lo comprobó. La única vez que la había visto fue en las viejas grabaciones de las cámaras de seguridad de los asesinatos de Tobias, que también habían sido filmadas en Illinois.

Frenó de golpe y se detuvo en medio de la calle.

—Dios mío —dijo y giró el coche—. No se trata de dónde está la máscara ahora, sino de dónde la hemos encontrado.

Ella le dio un puñetazo al volante y pisó a fondo el acelerador. Su destino era el antiguo pozo.



Ella llegó al antiguo pozo del sendero de Billy Goat después de 25 minutos. Conocía bien la zona, ya que había ido de paseo allí cientos de veces.

Pero esas caminatas eran una mera excusa para ver el antiguo pozo. Algo en él siempre la había intrigado: una reliquia del pasado que vivía entre la naturaleza, como una exposición de museo al aire libre.

Condujo hasta lo más lejos que pudo y luego hizo el resto del trayecto a pie. Se apresuró a recorrer el tramo A del sendero, recordando los atajos que la ayudarían a cruzarlo en tiempo récord. El pozo se encontraba en la intersección entre A y B.

El sendero estaba escalofriantemente aislado, sobre todo a medida que se acercaba la medianoche. No había ni un alma a la vista, aunque eso facilitaba mucho el camino. Llegó a la intersección, se acercó al pozo y asomó la cabeza al interior.

Un antiguo pozo de agua hecho de piedra y seco desde hacía mucho tiempo. Golpeó las palmas de las manos contra las paredes. Durante el reinado de Tobias Campbell, las autoridades habían descubierto su máscara de médico de la peste en este mismo lugar. Cuando la enviaron para su análisis forense, encontraron restos de sangre. Esta era su máscara carmesí.

—¿Hay alguien ahí abajo? ¿Hay alguien? —gritó Ella. Su voz resonó hacia abajo, pero no hubo respuesta.

Registró el perímetro con una linterna en busca de mensajes, cuerpos, objetos personales sacados de su casa. Nada. Iluminó el pozo, pero no pudo ver hasta el fondo. Se adentró en el bosque cercano, pateando arbustos y ramas.

No había nada.

Por lo general, él llamaba cuando ella llegaba al lugar correcto. Se fijó en su teléfono, deseando que sonara.

—Vamos, imbécil. Llámame —gritó.

Las criaturas de medianoche chirriaron en los árboles. Grillos, búhos y cantos familiares de pájaros.

¿Y si se había equivocado? ¿Y si alguna pobre alma estaba al borde de la extinción y ella estaba perdiendo el tiempo en medio de la nada?

No había nada en kilómetros a la redonda. Ninguna víctima potencial, ningún lugar donde esconderse. Esto era demasiado expuesto para él. Incluso si planeaba atacar desde lejos, la oscuridad le impediría hacer un disparo preciso.

Ella repitió el acertijo en su mente, y aunque acertó en ciertas cosas, sintió que faltaba algo. La primera línea le decía que estaba imitando los asesinatos de Tobias. La segunda línea lo confirmaba. La tercera mencionaba la máscara.

A diferencia de las otras, no había una cuarta línea.

¿O la había? ¿Lo había interpretado mal?

Si la tercera línea se detenía en el «incrimina», el lugar más lógico, entonces la última línea sería simplemente «que el verdugo está en casa».

Quedaban 29 minutos en el reloj.

¿Dónde estaba la casa de Tobias? ¿Illinois? Había vivido en las Tierras muertas durante un tiempo, pero una vez más, era demasiado lejos. De cualquier forma, no podría haber llegado allí en una hora.

Él no tenía ningún otro hogar, hasta donde Ella sabía. Tobias iba de un estado a otro, de una ciudad a otra y nunca se quedaba en un sitio más de unos meses.

Ella se desplomó contra el pozo y se dijo a sí misma que esto se podía resolver. Había superado todos los demás, pero quizá el autor de la llamada no mentía cuando dijo que este sería el más difícil. Tal vez había algo sobre la vida de Tobias que ella desconocía y si el autor de la llamada había estado en contacto con él, tal vez era la única persona en el mundo que lo sabía.

De repente pensó en Mia y rezó para que estuviera bien. No tenía ni idea de si Mia seguía persiguiéndolo o había vuelto a su casa hacía tiempo, pero si no podía resolver su propio caso en los próximos treinta minutos, se dirigiría a la casa de Mia de todos modos.

De vuelta a casa.

—Oh mier... —dijo ella—. Oh, Dios mío.

Nadie iba a penetrar en el santuario de Mia, por muy hábiles que fueran. Ese no era el lugar final.

¿Pero su propia casa?

Había sido una escena del crimen todo el día y los oficiales del FBI habían tenido acceso. Qué fácil habría sido para alguien con las credenciales adecuadas entrar allí y echar un vistazo.

Tal vez robar una fotografía de su padre de su colección.

Ella se levantó de un salto y se dirigió a su vehículo. Era eso, pensó mientras le empezaba a bombear la sangre por las venas.

Aceleró, recordando aquellos días de paseo en los que había corrido ocho kilómetros sin sudar. Ahora era un poco más difícil, pero el tic-tac del reloj la empujaba hacia adelante. Inspirar por la nariz, exhalar por la boca.

Ella acomodó el resto del acertijo para no pensar en el agotamiento.

«Una máscara carmesí».

Mark Balzano. Tobias lo había dejado hecho un desastre, con la cara bañada en sangre.

«Incrimina».

Más juegos de palabras. No se refería a incriminar dónde era la casa, quería decir que Tobias la había inculpado por el asesinato de Mark. Y si otra muerte ocurría en el mismo lugar, eso duplicaría su culpabilidad, la consolidaría como asesina.

«Que el verdugo está en casa».

No se refería a la casa de Tobias Campbell, sino a su casa.

«El verdugo está en casa, —quería decir—, está en tu casa».

La ubicación final era su apartamento.

CAPÍTULO TREINTA

Él estaba de pie entre las cortinas, mirando hacia el aparcamiento de abajo. Ella tenía 20 minutos para llegar o él se declararía ganador. La señorita Dark podría haber pasado las pruebas, pero si quería el gran premio, tenía que ganar el juego final.

Entrar en el apartamento de Ella Dark había sido fácil. Casi demasiado fácil.

Especialmente cuando se trabajaba para el FBI.

Solo precisó un rápido vistazo a la placa, una simple excusa sobre el psicoanálisis de la escena. Lo dejaron entrar, sin hacer preguntas. Luego recogió lo que necesitaba y huyó antes de que alguien lo reconociera. El crimen del siglo.

Se paseó por el apartamento mientras esperaba a la invitada de la noche. Entró en el dormitorio de Ella, pasó la mano por sus sábanas y se deleitó con su aroma natural. La verdad era que no la veía de esa manera. De hecho, la despreciaba, pero mentiría si dijera que no había fantaseado con profanarla perversa y violentamente en algún momento. Cuando ella era un simple peón en la Unidad de Inteligencia, definitivamente le gustaba. Pero cuando ella dio el salto al campo, su fascinación se convirtió en aversión y luego en un odio paralizante que mataría por satisfacer.

La biblioteca de Ella era casi un espejo de la suya. Clásicos del crimen real, libros de texto de psicología, conferencias transcritas de las mentes más brillantes de la industria. En otras circunstancias,

podrían haber sido una gran pareja, pero ella fue demasiado lejos, destrozó los sueños que él tenía y ahora debía pagar.

Todo había empezado en 2005. A él le habían asignado un paciente llamado Tobias Campbell. Una figura extraña, casi inhumana según las métricas psicológicas habituales. El hombre era tranquilo, hablaba bien y se interesaba por el funcionamiento interno de la mente humana, a pesar de su infancia arruinada y sin recursos. El hombre carecía de emociones humanas positivas y afirmaba que la única persona que le importaba era su madre. Pero Tobias llegó a matarla para, según sus palabras, tenerla con él para siempre. Su aversión por la humanidad superaba incluso al más acérrimo nihilista y afirmaba que estaría encantado de prender fuego el mundo entero sin pensárselo dos veces.

En ese momento, él supo que Tobias Campbell debería haber sido ejecutado, pero no podía negar que albergaba una profunda fascinación por esa criatura sobrenatural. Esa fascinación se convirtió en una obsesión y, en poco tiempo, Tobias se escribía con él desde la cárcel.

Entonces, cuando se enteró de que Tobias planeaba fugarse, estuvo más que dispuesto a proporcionarle sus servicios. Juntos idearon este plan homicida en la primera noche de Tobias como hombre libre. De hecho, fue él quien ayudó a Tobias a llegar a Washington. Incluso él pasó la noche en su casa y eso fue muy emocionante.

Tobias le había revelado todo sobre la chica. Desde la muerte de su padre hasta sus problemas de pareja, pasando por sus profundas necesidades psicológicas. Tobias comprendía la mente humana mejor de lo que él jamás lo haría y eso que llevaba 26 años estudiándola.

Era la tormenta perfecta. Él había pasado toda su vida acumulando un conocimiento enciclopédico de los asesinos en serie e iba a pasar a ser un agente de campo cuando surgiera la oportunidad. Podía manejar armas de fuego, podía defenderse en

una pelea y conocía a la perfección la compulsión de los asesinos en serie.

Pero solo hizo falta una evaluación psiquiátrica para destrozar esos sueños. En un lapso de 24 horas, se enteró de que el FBI lo había puesto en la lista negra de trabajadores de campo, y que Mia Ripley había elegido a una chica de poca monta y poco conocida de Inteligencia para ser su compañera. Después de todos los años que había pasado persuadiendo a Ripley, proporcionándole información vital, ayudándola a analizar a los asesinos, ella había elegido a una fulana en lugar de a él.

Ambas se merecían lo que les esperaba. Tobias se encargaría de Ripley y él de la chica. Ella le robó todo y, por supuesto, los periódicos se abalanzaron sobre ella. Una joven bonita resolviendo crímenes. Era un sueño húmedo para ellos, y obviamente la chica agradecía la atención. Fingía no hacerlo, pero él sabía que no era así. Esa era la razón por la que lo hacía, para que la gente la quisiera. Ella creía que, si suficientes personas la querían, eso arreglaría todos los males de su vida. Ya no tendría que ver a su padre muerto en sus sueños porque sería amada universalmente por extraños.

Eso lo enfermaba.

Tobias había prometido mantenerlo a salvo pasara lo que pasara, pero él sabía que podía manejar esto solo. Confiaba en que podría llevar a cabo todos esos asesinatos sin dejar un solo rastro. Cualquier cosa que Ella pudiera hacer, él podría hacerlo mejor. Ella le había robado su carrera y había hecho un trabajo mucho peor, pero aun así recibía los elogios de sus admiradores.

Él revisó el rastreador en su teléfono.

La señorita Dark estaba a un paso de distancia.

En cualquier momento entraría en el aparcamiento.

Él fue al pasillo, abrió la caja de fusibles y apagó las luces. Cuando volvió a la ventana, vio que el coche de Ella entraba en el aparcamiento.

Estaba solo en este apartamento. Todavía no había ninguna víctima, pero había una que estaba a punto de arrojarse voluntariamente en sus brazos.

Era hora de la partida final.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Ella levantó la mirada desde el aparcamiento y vio su apartamento envuelto en la oscuridad.

Había dejado la luz del dormitorio encendida al salir.

Había alguien ahí dentro. Era hora de conocer al hombre de los enigmas.

Palmas sudorosas, garganta seca, extremidades doloridas. No se sentía en plena forma, pero no había tiempo para recuperarse. Acabar con ese tipo la acercaría un paso más al objetivo de limpiar su nombre y volver a poner las cosas en su sitio.

Cruzó la puerta de seguridad, subió las escaleras y entró en su pasillo. Sacó su pistola y se dirigió lentamente hacia la puerta de su apartamento. Por la forma en que la puerta estaba suspendida en el marco, se dio cuenta de que no estaba cerrada con llave.

Ella giró suavemente el pomo y entró en un mundo de oscuridad. No tenía sentido ocultar que había llegado porque él lo sabría inmediatamente. Accionó el interruptor de la luz, pero no ocurrió nada. Probó con otro. No hubo suerte.

Él había cortado las luces.

Caminó lentamente, avanzando paso a paso, con la pistola apuntando hacia la oscuridad. Empujó la puerta de la sala de estar, dio un salto hacia atrás y esperó a que se le adaptaran los ojos se adaptaran. Se manifestaron formas familiares, pero las reconoció todas. El sofá, la televisión, la lámpara, los muebles de la cocina. Nada fuera de lo común.

En el interior, el aire olía intenso y rancio, como si el lugar hubiera estado desocupado durante años. Tal vez fuera la sangre que aún fermentaba en su suelo, o tal vez la presencia de alguien más estaba obstruyendo el espacio aéreo. Olía a alcohol y se dio cuenta de que probablemente fuera el líquido de limpieza médico.

Ella revisó los rincones y volvió a salir al pasillo. Su dormitorio era el siguiente destino. De nuevo, no funcionaban las luces. No se veía ni un alma, pero su cama estaba desordenada y hacía unas horas estaba perfectamente hecha.

Ella se movió al ritmo de sus rápidos latidos, pisando una vez cada cinco latidos. Al llegar a la puerta del baño, intentó una estrategia diferente. Sabía que la puerta no se cerraba bien, así que la pateó y entró.

Estaba vacío y la puerta del dormitorio de Jenna estaba cerrada por fuera.

Volvió a entrar silenciosamente en la sala de estar. Comprobó la hora y se maldijo a sí misma. Faltaban dos minutos para la hora límite. Si se había equivocado en esto, entonces perdería el juego. Alguien moriría y el asesino desaparecería.

El acertijo daba vueltas en su mente y cuanto más lo pensaba, más sentido tenía. No podía equivocarse dos veces. No había otro lugar en la ciudad en el que pudiera estar.

Entonces, algo se movió en la oscuridad.

Las tablas del suelo crujieron. Las paredes hablaron. Los sonidos resonaron desde lo alto.

Ahora todo tenía sentido.

Ella preparó su pistola, apuntó a la puerta y esperó, con las sienes ardiendo y las manos temblando. Controló su respiración y se dijo a sí misma que tenía seis balas en su poder, y que nadie podía escapar de eso.

Oyó que se abría la puerta de su habitación.

Luego, pasos en el pasillo.

Las sombras frente a ella se hicieron más densas cuando la puerta del salón emitió un chirrido.

Una figura se manifestó, su silueta más oscura se vio acentuada por las sombras detrás de él.

Ella sujetó con fuerza el gatillo. ¿Debía matarlo mientras tenía la oportunidad? ¿O lo necesitaba vivo para que ayudara a limpiar su nombre? Un sospechoso vivo siempre era mejor, pero a veces las cosas no siempre salen así.

—Felicidades —dijo la figura. La voz robótica había desaparecido y ella no reconocía la que ocupaba su lugar.

—Te lo dije —dijo ella—. Es hora de que reveles tu identidad.

Ella entrecerró los ojos en busca de algún rasgo identificable. Era corpulento, razonablemente musculoso, con el pelo corto, al menos por lo que ella podía ver en la oscuridad.

—Todo es bueno —dijo él—. ¿Por qué no bajas el arma?

—¿Crees que soy estúpida?

—No. Pero tengo mucho que decirte.

—Entonces vas a tener que decirlo con el cañón de una pistola apuntándote a la cabeza. Además, dijiste que, si jugaba a tu juego y ganaba, te mostrarías.

—Oh, vaya. ¿Crees que mis acertijos eran el juego? —preguntó el hombre—. Qué patética. Ni siquiera puedes ver la verdad cuando la tienes delante.

Una pequeña llama se encendió. Unas briznas de luz le iluminaron la cara al hombre. No lo suficiente como para verlo bien.

Ella se dio cuenta de que había encendido un fósforo.

—Bueno, ahora estoy viendo la verdad y no tengo ni idea de quién eres.

—Ese es el problema, ¿no? —gritó el hombre. Lanzó la cerilla, que cayó sobre el sofá a su lado.

Se desató un infierno e hizo arder la habitación con calor y luz. Ella saltó hacia atrás para evitar el fuego, sintiendo las llamas en la cara a cuatro metros de distancia. El fuego abrasó las paredes, volviéndolas negras como la noche. Ahora entendía por qué olía a alcohol.

Por fin, el rostro del hombre se hizo evidente. De mediana edad, calvo, con profundos ojos marrones.

Nunca había visto a este hombre en su vida.

—Debería haber sido yo en tu lugar —gritó—. Me arrebataste mi carrera y ahora todo el mundo sabe tu nombre. Pero vas a morir aquí. Morirás como una agente desprestigiada.

El rompecabezas se completó. Él quería matarla ese lugar. Al otro día, las noticias lo reportarían como un suicidio. Una agente del FBI desprestigiada se suicida y destruye las pruebas de sus fechorías. Un último acto de heroísmo fuera de lugar.

El calor hizo que sus gafas se le derritieran sobre la cara. Se las quitó rápidamente y, en el mismo momento, el asesino arremetió contra ella, con el hombro por delante. Ella disparó dos veces, pero el calor abrasador y la falta de visión hicieron que dos agujeros atravesaran la pared.

Él levantó a Ella del suelo, la estrelló contra el suelo y la agarró por la muñeca. Él la retorció, pero Ella lanzó su arma lejos de su alcance. Prefería que ninguno de los dos la tuviera antes de que él la tuviera. Él la empujó contra el suelo, la inmovilizó y blandió el puño hacia atrás.

Ella levantó las rodillas, se lo quitó de encima de una patada y lo lanzó hacia el fuego. Él plantó los pies y se detuvo antes de llegar a las llamas, entonces Ella se abalanzó sobre él, y ambos se estrellaron contra la pared junto al infierno. Aunque el fuego le chamuscaba el pelo y le quemaba las piernas, ella utilizó el dolor como combustible. Golpeó al desconocido en la cara una, dos, tres veces. La sangre le goteaba de la boca, pero el hombre se sacudió el dolor como una especie de máquina. La agarró por el cuello, la levantó del suelo y presionó para intentar sacarle la vida.

Ella dio una patada para hacer palanca. Consiguió rodearle la cabeza con las rodillas, aliviando así un poco la asfixia. Las apretó con fuerza, presionando las sienes, intentando desesperadamente quitarle la energía. El hombre la desenganchó, haciéndola caer desde un metro ochenta de altura, pero Ella hizo que el hombre

cayera con ella agarrándole la cabeza, haciendo que ambos se estrellaran contra el suelo.

Se dio cuenta de que él era mucho más fuerte que ella. Era el doble de ancho y estaba claro que sabía luchar. Si quería ganar, necesitaba algo más que la fuerza bruta.

Tenía que utilizar los elementos.

El fuego comenzó a extenderse por la alfombra que tenían debajo. El televisor empezó a arder y a expulsar madera.

Ella pensó en huir del apartamento, cerrar la puerta con fuerza y dejar que el fuego terminara el trabajo. Pero eso solo consolidaría su culpabilidad. Surgirían más sospechas sobre ella y no tendría forma de explicar las cosas.

Un golpe repentino en la nuca la desorientó. Este hombre tenía puños de piedra y sabía exactamente dónde golpear para obtener el máximo impacto. Se sucedieron más golpes, luego la agarró por el pelo y la arqueó hacia atrás.

—Dime que no sabes quién soy —le gritó al oído—. Te reto.

Se dio cuenta de que todo se trataba de eso. Ella había tomado de él su supuesta fama, aunque la realidad era muy diferente. Nadie la conocía, pero él creía que sí. Era tan iluso como cualquier asesino en serie con el que se hubiera topado, excepto que él había sido moldeado y formado por otro monstruo. Tenía muchas preguntas, pero tendrían que esperar, tal vez hasta la vida después de la muerte.

—No eres nadie —espetó Ella—. Nadie te recordará. Tendrás un pequeño archivo y un funeral barato.

—¿Quieres que te estrangule hasta la muerte? —gritó—. ¿Es eso lo que quieres?

Él tiró de ella hacia arriba, doblándole la columna vertebral en una dirección en la que nunca llegaría. El sofá en llamas estaba a pocos metros y entre las llamas, vio algo situado en el borde.

Había arrojado su pistola al fuego.

Y estaba mirando el cañón.

Una de las balas estaba en la recámara, cinco no. Eso significaba que, en los próximos tres minutos, las balas que no estaban en la recámara explotarían y la que estaba en la recámara se dispararía.

«Mantenlo en este lugar», pensó para sí misma.

—Si Toby no pudo matarme, tú tampoco puedes —gritó Ella—. Solo eres su pequeña perra.

Él le rodeó el cuello con el brazo y apretó. El dolor era incapacitante, paralizante, pero ella solo tenía que esperar. Soportar el dolor y dejar que los elementos trabajaran en su favor.

Pero entonces él la colocó de espaldas, fuera del alcance de la pistola. Volvió a ponerle las manos en la garganta y apretó con furia, y fue entonces cuando comenzó el mareo. Ella levantó la pierna y trató de quitárselo de encima, pero no le quedaba energía, como si la hubieran vuelto a anestesiarse.

—No necesito a Tobias. Él está haciendo lo suyo. Matando a tu compañera.

No. Ese no iba a ser su último pensamiento. Mia estaba viva en algún lugar, posando con la cabeza cortada de Tobias.

—Él la mató. Me lo dijo —gritó—. La perra está muerta.

—Mentira —gritó Ella. Invocó la vitalidad de alguna profundidad olvidada, envolvió la pierna alrededor del torso del desconocido y lo empujó sobre la espalda. Ella se puso en pie y corrió hacia la pared, creando distancia para recuperar algo de oxígeno para su cerebro.

Dos miniexplosiones inundaron la habitación.

Las balas estaban estallando.

El atacante de Ella se levantó y se acercó a ella una vez más. La agarró por los brazos, maniobró detrás de ella y la mantuvo bloqueada. Le dobló los brazos hacia atrás de forma antinatural, desgarrando las articulaciones de los hombros y los antebrazos.

Juntos, él hizo que ambos se acercaran a las llamas.

El humo le obstruyó los ojos y la garganta a Ella. Las llamas le quemaban la ropa y chamuscaban su carne. Él la utilizó como escudo, protegiéndose del calor mientras Ella soportaba todo.

«Bang».

Uno más. Ya eran tres.

—Quería matarte con mis propias manos, pero tendré que conformarme con esto.

Ella gritó e intentó protegerse la cara, pero las llamas eran demasiado intensas. Se habían extendido por toda la pared, y ahora el televisor y las cortinas se habían unido a la conflagración. El hombre la mantuvo tan cerca como pudo de las llamas, esforzándose por asarla viva.

Otra miniexplosión, que lanzó una única columna de humo desde el interior de los restos ardientes.

Solo faltaba una más, entonces ella tenía que hacer algo o la muerte sobrevendría con fuerza.

No podía ver ni respirar ni pensar, pero lo único que necesitaba era un pequeño movimiento. Una maniobra rápida para salir de la línea de fuego. El hombre la había despegado del suelo y ella logró colocar las plantas de los pies contra las rodillas de él. Cargó el peso sobre los tobillos e hizo todo lo posible para colocarse en la posición que necesitaba.

«Puedes hacerlo —se gritó a sí misma en su mente—. Piensa en Mia, en Ben, en las víctimas, en sus familias. Se lo debes a ellos».

—Vas a morir como una villana —gritó el hombre—. ¿Cómo se siente?

«Bang».

Cinco balas explotaron. Quedaba una.

Ella abrió los ojos, mirando fijamente el arma, que ahora crepitaba en el fuego. Las llamas le quemaron los globos oculares, derretiéndolos, probablemente destruyéndole la vista sin remedio.

—¡Dime tu nombre! —gritó ella.

—No.

La pistola empezó a temblar, a vibrar entre las llamas.

Era el momento.

Ahora o nunca.

Ella le clavó los pies en las rodillas, se impulsó hacia arriba y hacia atrás por encima de la cabeza de él, contorsionándose las

articulaciones en direcciones que la naturaleza nunca previó. El hombre se esforzó por ponerla de nuevo en posición, pero Ella cayó debajo de las piernas de él y se hizo una pelota.

«PUM».

Un disparo ensordecedor salió de entre las llamas. Ella permaneció agachada, esperando, boqueando por el dolor que sentía en las extremidades.

Su atacante cayó encima de ella. Ella se desenrolló y vio en los ojos de él esa familiar mirada vidriosa que le decía que la muerte estaba próxima. Él se agarró el estómago, con un torrente de sangre que se vaciaba por un agujero abierto en su centro.

Ella se apartó del caudal y del calor abrasador. El hombre permaneció de rodillas, como si fuera a caer en cualquier momento.

Lo tenía. Lo agarró por el cuello y lo acercó al infierno. Esto era lo que se merecía, se dijo a sí misma. Debería arder en esta vida antes de arder en el infierno.

—¿Valió la pena? —le preguntó ella.

—Hazlo —tosió él—. Quémame.

Ella lo acercó de un tirón, con las llamas acariciándole el pelo. Su número de muertes seguía siendo un firme cero, pero la tentación estaba a punto de hacerle aumentar el marcador.

—¿Quieres que te mate?

—Tienes que hacerlo. Mátame, como he matado a los demás. Experimentalo.

Ella tensó el brazo. Lo único que tenía que hacer era soltarlo y él se incineraría.

—¡Detente! —gritó una voz. Dos manos la agarraron por los hombros—. Ella, detente. Tienes que salir de aquí.

Agente Bradbury. Ella reconoció la voz, pero ni siquiera se dio vuelta para mirarlo. Estaba analizando en su cabeza cada línea temporal de lo que podría pasar si dejaba que este hombre se consumiera como se merecía.

—¡Ella, vamos! —le gritó el hombre al oído. Él corrió hacia su patio y abrió las puertas de un tirón. Ella echó un vistazo y vio al

servicio de bomberos trepando a su balcón. Bradbury sacó al hombre de su agarre, lo levantó y corrió hacia el balcón.

Ella se quedó sentada junto a las llamas. Dos bomberos aparecieron en su balcón y arrastraron una manguera. Uno de ellos la agarró y la puso a salvo.

Treinta segundos después, las llamas se habían extinguido.

Pero el daño ya estaba hecho.

La noche más larga de su vida había llegado a su fin.

EPÍLOGO

Eran las tres de la madrugada, y Ella y el agente Bradbury estaban sentados en la sala de interrogatorios de la sede del FBI. Ella pensó que debía ser un récord personal. Tres visitas a la sala de interrogatorios en 24 horas.

Aún podía sentir las llamas en la piel, pero los médicos le aseguraron que no se había producido ningún daño a largo plazo. Eran quemaduras superficiales, que se ampollarían, sanarían y desaparecerían en dos semanas. Podía vivir con eso.

Desde que había atrapado a la persona responsable de las llamadas anónimas, había llamado continuamente al teléfono de Mia sin obtener respuesta. Bradbury le aseguró que debía haber una razón lógica para ello.

—Gracias —le dijo a Bradbury.

Él se encogió de hombros.

—No me des las gracias.

—Si no fuera por ti, podría haberlo matado.

—Olvidalo. El director llegará pronto. Cuéntale todo.

Justo en ese momento, el director Edis abrió la puerta, con los ojos más rojos que su apartamento a primera hora de la tarde. Se desplomó en la silla frente a ellos y suspiró con fuerza.

—Explíquese.

—Director —dijo Ella—. Ayer por la mañana recibí una llamada anónima de alguien que decía que quería jugar a un juego conmigo. Dijo que iba a poner a prueba mis habilidades. Mis instrucciones

eran ir a un lugar específico en Washington y si lo hacía, se salvaría una vida.

Edis se cruzó de brazos.

—Bien. Continúe.

—Dijo que era una prueba personal y que no podía contar con ninguna ayuda externa. Sin el FBI.

—¿Y usted siguió esas instrucciones? —preguntó Edis.

—Tuve que hacerlo. Dijo que había una bomba en algún lugar de la ciudad, y que, si se lo decía a alguien, la detonaría.

A Edis se le dibujó en la cara una expresión de conflicto.

—Entendido. ¿Entonces qué?

—Resolví todas sus pequeñas pruebas. Encontré un cadáver fuera del Hospital Santa Isabel. Lo vi dispararle a alguien en la avenida Georgia. Lo pillé estrangulando a una mujer en el parque de béisbol Ángel caído. Investigué y pensé que el asesino podría ser Andras Rain y por eso acabé en su sótano. Para su prueba final, me atrajo a mi propio apartamento. Tengo grabaciones de todas las conversaciones que mantuve con él.

Edis miró a los dos agentes con desconfianza.

—¿Y no le ha dicho nada a nadie? —preguntó.

Ella se dispuso a hablar, pero Bradbury intervino.

—Me lo contó a mí, señor. Estuve con ella desde el principio. La Srta. Dark quería informarle, pero le dije que no lo hiciera. No valía la pena poner en riesgo cientos de vidas.

A Ella casi se le cae la mandíbula. Mantuvo una cara seria, ocultando su gratitud.

—De acuerdo —dijo Edis, echándose hacia atrás en su silla y colocando las manos detrás de la cabeza—. Esto coincide con lo que nos dijo Harvey. Ambos están libres de sospecha.

—¿Harvey? —preguntó Ella.

—Harvey Whitmore. Ha sido uno de nuestros psicoanalistas consultores durante 20 años. Decir que estoy sorprendido es quedarse corto.

Ella tenía preguntas. Si no las hacía ahora, nunca lo haría.

—Señor, ¿este hombre explicó sus acciones? Estoy confundida en cuanto a por qué se dirigió a mí de entre tanta gente.

—Harvey trató con algunos de los asesinos más notorios que han pasado por nuestras puertas. El asesino de Green River, Danny Rolling, Andras Rain, incluso su amigo Campbell. Por suerte, Harvey está contando todo en el hospital. Me contó que sintió una conexión con estos asesinos y que hace unos años solicitó ser agente especial. El rechazo le afectó mucho y al parecer lleva un tiempo trabajando con Campbell. Campbell lo involucró en esto.

Era el psicoanalista de Andras Rain. Por supuesto. Eso explicaba por qué Andras lo miraba como si lo conociera en su sótano. Tenían un pasado.

—Dark, ha hecho lo correcto. Esto debe haber sido una pesadilla para usted. Entiendo que no tuvo más remedio que seguir los juegos de este maníaco.

—Tiene razón, señor. Me di cuenta de que tenía contactos dentro del FBI bastante rápido, pero no sabía que era literalmente uno de nosotros.

Edis palmeó la mesa y se levantó.

—Miren, son las tres de la mañana y hoy me tienta la jubilación. ¿Hay algo más que deba saber?

Sí, lo había.

Era el momento. La ocasión de confesar todo. Sacar todo a la luz y afrontar las consecuencias que se le presentaran. Llevaba demasiado tiempo con este peso auestas y si algo había aprendido en las últimas semanas era que la verdad siempre salía a la superficie.

—Mark me maltrataba, señor. Al igual que lo hizo con las demás. Mentí para protegerme.

Edis parpadeó para ahuyentar el cansancio.

—Nos lo imaginamos —dijo—. Usted está libre de sospecha respecto a eso.

—¿Lo estoy?

Edis combinó su bostezo con un movimiento de cabeza.

—Sí, lo está. Ripley se metió en un lío similar esta noche. Encontró el escondite de Campbell. Es una larga historia, pero puede preguntarle usted misma. Se está recuperando en Royal Oak.

Ella dio el mayor suspiro de alivio de su vida. Mia estaba viva. Eso era lo único que importaba ahora.

—¿Atrapó a Tobias?

—No y ni siquiera debería haber estado siguiéndolo, pero obtuvo resultados.

—Señor, ¿y la bomba de Harvey? —preguntó Bradbury—. ¿Él ha mencionado eso?

—El estacionamiento del edificio de las Naciones Unidas. Se está desactivando mientras hablamos. —El teléfono de Edis sonó. Lo comprobó con un ojo abierto—. Y ya está hecho. Estamos a salvo.

Otro suspiro de alivio. Ella se desplomó sobre la mesa que tenía delante.

—Por favor, fuera de mi vista, los dos —dijo Edis—. Y Ella, aproveche su suspensión, por el amor de Dios.

Los agentes se prepararon para marcharse.

—Gracias, señor. No más juegos para mí.

Salió de la sala de interrogatorios, volvió a darle las gracias a Bradbury y siguió su camino. En el aparcamiento, sacó su teléfono mientras dos oficiales estatales arrastraban a un hombre mayor de pelo largo hacia la comisaría.

Puede que fuera de madrugada, pero ¿quién no quería despertarse con un mensaje de buenas noticias? Además, él se lo merecía.

«Se acabó —le escribió—. Ah, y he encontrado tu sombrero».



Ella entró en la sala del hospital Royal Oak y se encontró con una sola paciente esperándola. Se acercó a ella, la abrazó e hizo lo posible por contener las lágrimas.

No lo consiguió.

—No llores sobre mí —dijo Mia desde su cama. Ella nunca la había visto tan normal. Sin maquillaje, con el pelo desordenado y con la ropa de lujo sustituida por una bata de hospital estándar. Ella tomó asiento, aún sosteniéndole la mano.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ella—. ¿Estás bien?

—Suelta mi mano y te lo diré —dijo Mia.

Ella lo hizo.

—Lo siento. Estaba muy preocupada por ti.

Mia giró el cuello y lo hizo sonar.

—Lo encontré. Lo vi.

—Por favor, dime que lo mataste suplicó Ella.

—No tuve esa suerte. Tuvimos una pelea. Le disparé en el pecho y se cayó. Sinceramente, pensé que estaba muerto, pero unos segundos después, se levantó y desapareció. Desapareció.

Ella golpeó el puño contra la cama de Mia.

—Maldita sea.

—Pero nos estamos acercando a él, Dark. Hemos encontrado su antiguo escondite, podemos encontrar el siguiente también. Lo conocemos. No puede permanecer en las sombras para siempre.

Ella rezó para que eso fuera cierto.

—¿Cómo fue? ¿Volver a verlo?

—Difícil. Maté a uno de sus matones, luego luchamos debajo de un escenario. Vi la jaula donde su padre lo tenía. Me encerró allí. Por eso tuve que llamar a la policía. Si no me hubiera encerrado allí, lo habría matado allí mismo.

—Hiciste todo lo que pudiste. Es increíble que hayas podido encontrarlo. ¿Cómo lo hiciste?

—Él dejó un rastro de migas de pan para mí. Quería que lo encontrara. De hecho, eso fue lo que me ayudó a limpiar tu nombre.

Ella necesitaba escuchar esto.

—Edis mencionó eso. ¿Qué pasó?

—¿Recuerdas cuando mencioné al sujeto Coleccionista? Bueno, lo encontré. Era un personaje muy sospechoso. Yo sabía que algo

estaba pasando. Él y Tobias actuaban juntos. Cuando la policía vino a rescatarme en las Tierras muertas, envié a algunos de ellos a la casa del Coleccionista en Maryland. ¿Adivina qué encontraron? El cuchillo de cocina de tu casa que mató a Mark. Tobias se lo dio al Coleccionista como un regalo. Bueno, más bien quería que lo mantuviera a salvo. Tobias probablemente sabía que, si lo descartaba en Washington, lo encontraríamos.

Ella pensó en los veinte minutos anteriores.

—¿Es un tipo viejo? ¿Pelo largo y gris?

—Sí. ¿Lo conoces?

—No, pero vi a unos policías llevándolo a la comisaría. Supongo que ahora está detenido.

Mia sonrió.

—Bien. No vas a creer las cosas que tiene ese tipo.

Ella hizo una nota mental para hacer una visita a su casa.

—Bien, ¿pero estás bien? ¿No te vas a morir a mi lado?

—Todavía no —se rio Mia—. Tobias me machacó bastante. Para un tipo que ha estado en soledad durante dos décadas, todavía pega fuerte. Pero le gané la partida. Con un poco de suerte, salió cojeando de ese lugar y murió en el campo.

—La esperanza es lo último que se pierde —dijo Ella.

—Pero Dark, aquí es donde las cosas se ponen serias. Tobias sabe que estamos siguiendo su pista. Él no va a parar hasta que estemos fuera de su camino. Somos nosotras o él, y realmente creo que tenemos que apartarnos un poco.

A Ella no le gustaba la idea.

—¿Apartarnos? Pero estamos tan cerca.

—Si sigue vivo, y es un gran «sí», va a ir a lo grande. Hasta ahora, era un juego. Disfrutaba del tormento mental, pero sabe que no queremos apresarlos; sabe que lo queremos muerto. Hemos enfurecido a la bestia y no va a jugar limpio.

No le importaba, se dijo Ella. Que así sea. La guerra continuaría.

—Bien. Eso significa que es más probable que meta la pata.

—Y significa que es más peligroso. Y si no es Tobias, entonces sus secuaces irán por nosotras. Tenemos que ser más inteligentes que nunca. Sé que Tobias quería matarnos con sus propias manos, pero tal vez ya no piense así. No hay nada que le impida enviar a uno de sus matones a dispararnos mientras estamos en el supermercado.

Ella ya sabía exactamente cómo se sentía eso.

—Mia, no quiero decir lo obvio, pero estás en la cama de un hospital público.

—Lo sé y por eso tienes que irte de aquí. Tengo una pistola cargada a mi lado y eso es todo lo que puedo pedir. Vuelve a mi casa y mantente a salvo.

—¿Cuánto tiempo vas a estar aquí?, preguntó Ella.

—Unos días, tal vez una semana. Pero tienes que prometer que no me visitarás. Me pondré en contacto contigo todos los días, pero mi consejo es que pases desapercibida y dejes que la policía encuentre a Tobias. Tenemos un rastro de él ahora y sé que no va a salir de Washington mientras yo esté viva.

Mia era un blanco fácil. La idea le dio ganas de vomitar.

—Le pediré a Edis que consiga algo de protección aquí. Debe saber a qué nos enfrentamos.

—No te preocupes por eso. Solo tienes que ir a casa y mantenerte a salvo.

Mia invitó a Ella a despedirse con un abrazo. Ella lo hizo y luego salió del hospital con una energía nerviosa corriéndole por las venas.

Consideraba la situación desde el punto de vista de Mia, pero a Mia se le escapaban algunos puntos esenciales. Ahora que Tobias estaba aquí, ningún lugar de la ciudad era seguro. No había un solo metro cuadrado de tierra que pudiera decir con certeza que era impenetrable por la mano de Tobias. Él estaba infiltrado en el FBI, en el sistema penitenciario y, a juzgar por su fuga, también en el sistema médico. Bastaría con que un conserje o una enfermera se colaran aquí, y eliminaran a Mia con una bala, una cuchilla o una inyección letal, y ella ni siquiera lo vería venir.

Mia era tan vulnerable como un castillo de naipes. Incluso con un equipo de seguridad armado a su lado, Tobias podría encontrar fácilmente una forma de burlarlos, ya sea por astucia o por fuerza bruta. Si Tobias podía manipular a uno de los psicoanalistas de mayor confianza del FBI, podía manipular a cualquiera. Agentes, analistas informáticos, directores, oficiales de inteligencia.

Había una sola manera de frenar esto y ella tenía que ser la que lo hiciera.

Si Mia estaba fuera de combate, eso significaba que Ella tendría que imponer justicia. No tendría la protección de Mia durante la próxima semana, pero ella misma había atrapado a ese anónimo, así que ¿qué le impedía atrapar a Tobias por su cuenta?

El aire fresco de la noche se le metió en los pulmones. La siguiente parada era la casa, luego dormir y después trazar un nuevo plan de acción. Cuando Mia saliera del hospital, Ella juró que su regalo de recuperación sería la cabeza de Tobias en una bandeja.

No más juegos. Tobias tenía que morir.

Mañana era un nuevo día.

BLAKE PIERCE es el autor de la serie exitosa de misterio *RILEY PAIGE* que cuenta con trece libros hasta los momentos. Blake Pierce también es el autor de la serie de misterio de *MACKENZIE WHITE* (que cuenta con nueve libros), de la serie de misterio de *AVERY BLACK* (que cuenta con seis libros), de la serie de misterio de *KERI LOCKE* (que cuenta con cinco libros), de la serie de misterio *LAS VIVENCIAS DE RILEY PAIGE* (que cuenta con tres libros), de la serie de misterio de *KATE WISE* (que cuenta con dos libros), de la serie de misterio psicológico de *CHLOE FINE* (que cuenta con dos libros) y de la serie de misterio psicológico de *JESSE HUNT* (que cuenta con tres libros).